

# *El* **JARDÍN** *de las* **OBEDIENTES**

MÓNICA CASTELLANOS



Grijalbo narrativa

# *El* **JARDÍN** *de las* **OBEDIENTES**

MÓNICA CASTELLANOS

Grijalbo **narrativa**

*A mis amores más grandes:*

*Ricardo, Marcelo, Federico,  
María Mónica, Andrés, Fernando*

*Y a los amores que los complementan:  
Ana Lucía, Ana Cris, José Manuel, Dany*

“Producción artística realizada con el estímulo fiscal del artículo 159 Bis de la Ley de Hacienda del Estado de Nuevo León, con apoyo del Gobierno del Estado de Nuevo León y del Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León”.

*De omnibus rebus dubitandum est (De todo se debe dudar).*

DESCARTES

*La religión enseña a obedecer, la filosofía a dudar.*

VOLTAIRE

*El propósito de la educación es enseñar a la gente cómo aprender  
por sí misma,  
el otro concepto de la educación es adoctrinamiento.*

NOAM CHOMSKY

# **EL VACÍO**

## 1984

Fabián y el bebé duermen mientras Renata vela una noche más. Intenta conciliar el sueño. Tal vez dos horas continuas antes de que el niño reclame de nuevo su pecho. La idea de no dormir le crea una ansiedad que cabalga por cada parte de su cuerpo, lo palpa, lo inunda. Es una culebra delgada que entra por sus oídos hasta anidar en su cerebro y le provoca un miedo infinito de volver a pasar otra noche en duermevela.

Ese temor carcome su lucidez.

*Lo sé yo, que soy la madre eterna, la siempre viva, la perenne femenina que acompaña a toda mujer cuando se aventura a ser madre. Atada en el tiempo para socorrer a quien me lo pida. Mi tarea empezó desde que me llamaron Gaia, Venus de Willendorf, Deméter, Tonantzin, Isis y una larga lista de deidades. No estoy segura de cómo me dejé convencer de asumir esta responsabilidad porque creo que eso de convencer va contra todo sentido común. ¿Por qué habría alguien de persuadir a otro de pensar igual o de obedecer o de asumir alguna función?, ¿dónde queda la libertad de pensamiento?, me pregunto a veces. Sin embargo, aquí seguimos y seguiremos hasta el fin de los tiempos, exista o sea un mito más de los muchos que han forjado quienes se consideran los elegidos.*

Para no despertar a Fabián, Renata cubre despacio su cabeza con la sábana, así no mira el techo blanco y el reloj junto a la cama que martilla las noches con el lento y desesperante golpeteo del minuterio. A Renata le parece una especie de tormento eso de levantarse de prisa, acudir al moisés, levantar al bebé y acunarlo para que no despierte a su marido. Después, sentarse en la

mecedora, descubrir un pecho para amamantar quince minutos, golpear despacio su espalda hasta que salga el eructo y repetir el proceso con el otro lado para, finalmente, cambiar el pañal. Tiene el tiempo medido. Son cuarenta y cinco minutos si todo va bien, porque hay noches en que el llanto es insistente y ella espera de pie bajo el marco de la puerta mientras ansía que el bebé por fin duerma tres horas. Cuatro y sería el paraíso.

Otros tres meses pasan y el bebé sigue sin dormir parejo.

—Libre demanda —le dijo el pediatra el día que nació—, pégalo a tu seno para que saque el calostro y la leche bajará en un par de días cuando mucho.

Se sabe que una mamá primeriza se distingue por seguir las indicaciones del pediatra como si fueran la única verdad existente. Renata no cuestiona, tampoco pide ayuda. Su celo se convierte en obsesión por la salud del niño.

A veces, el bebé quiere el arrullo de Renata, que le cante: “A la rorro, nene, a la rorro ya, duérmase mi niño, duérmase ya”. Ella da vueltas por la habitación mientras lo acuna, camina y camina en círculos, pero él no se duerme. Desespera tanto, tanto, hasta que finalmente lo zangolotea como si fuera un muñeco de trapo.

—¡Duérmete ya, por favor! —gime.

Quiere pensar que el cansancio, la visión borrosa, el cuerpo agotado y el drenado emocional descarrilan a cualquiera. ¡Culpa, culpa! Una madre no hace eso, se dice con impotencia, una madre buena es paciente y amorosa. ¿Por qué soy así? ¿Es que la maternidad me convirtió en este ser espantoso?, ¿alguien capaz de sentir un enojo tan grande hacia su propio hijo, hacia un bebé tan pequeño? La pobrecilla se horroriza de sí misma.

*Como nos ha sucedido a todas en alguna ocasión en que la paciencia se nos evapora como gota de agua sobre tierra seca.*

Y, por si fuera poco, carga el reclamo de Fabián porque no quiso tener relaciones con él esa noche. Le sucede a Renata que no soporta su cercanía. Lee el deseo en su mirada, nota la avidez que le

despierta su cuerpo, pero a ella le repele su olor. Siente la caricia en su hombro como si fueran cadillos que rasgan su piel. A esta altura del matrimonio, detesta el modo en como mastica, siente deseos de vomitar cada vez que lo evoca chupando el hueso de un mango, relamiéndose los labios. ¿Dónde está la atracción que sentía por él? Tal vez se quedó en la sala de parto, quizá fue desechada junto con la placenta y los otros restos del gran acontecimiento de ser mamá, porque en la cama de su habitación no está.

El ladrido insomne de un perro rompe el silencio de la madrugada. Renata enmudece la respiración del espanto porque el ruido es enemigo del sueño. Del bebé y del de ella. Diez minutos han pasado y el animal no deja de ladrar. Lo va a despertar, lo va a despertar, se lamenta mientras tensa los músculos del cuerpo como si ese acto pudiera llegar hasta el perro y hacerlo callar. Ya se ha acostumbrado a esa tensión que inició desde el día en que llegaron a casa y el bebé dependió de ella por completo. Ya no había enfermera a quien llamar para pedir ayuda, todo le incumbía a ella. Se acerca a la cuna para verlo porque ahora le intriga que el bebé no se haya despertado, y aproxima su rostro hasta asegurar su respiración, teme que deje de hacerlo alguna noche. Este pensamiento la apremia siempre. Le parece una idea horrenda esa de pensar que los pulmones de su bebé se olviden de respirar y su pequeño cuerpo pueda quedar sin vida mientras duerme. Ella y el bebé. Por eso se mantiene en una veladura constante, en una tensión que impide a su cuerpo relajarse hasta dormir a pierna suelta, como acostumbraba hacerlo antes de casarse.

Para cuando el bebé tiene nueve meses ya duerme ocho horas y, sin embargo, esa costumbre de levantarse una o dos veces para revisarlo no la deja.

Esa tarde el calor agobia a toda la ciudad. Algunas nubes oscurecen la habitación un breve instante y, justo en ese momento, una duda surge en su corazón: ¿Vale la pena vivir solo para atender a mi marido y a mi hijo? ¿Será así el resto de mi vida? ¿Por qué no me satisfacen?

Llora como no lo había hecho en mucho tiempo y, sin saber cómo, una Biblia llega a sus manos. La abre y lee un pasaje sobre

una oveja extraviada, un dracma perdido y encontrado, un padre que recupera a su hijo. Todos pasajes estremecedores, pero ella no encuentra consuelo. Siente un enorme vacío, un agujero que traspasa su cuerpo agotado desde el pliegue de sus senos hasta la columna vertebral. Y es desde esa entraña donde se retuercen dos ideas: "Solo he vivido para mí y para cumplir un objetivo: casarme y tener hijos. No he hecho nada por nadie en toda mi vida". En ese instante desierto, decide buscar un sacerdote que la escuche en confesión. La última vez fue un deber antes de casarse, pero esto le parece algo distinto.

## 1986

El pequeño Max crece de modo acelerado y, como no tiene otra referencia, Renata piensa que así deben ser los hijos de todas las mujeres que han tenido que enfrentar la dependencia de un nuevo ser humano. Desprovisto de toda esa parafernalia emotiva que rodea al acontecimiento de tener un hijo, le queda entonces solo la parte visceral: engendrarlo, cargar su peso en el vientre hasta sentir descoyuntarse la ingle, pasar agruras, mareos, vómitos, parir entre dolores que la rompen en dos y, finalmente, recibir un trocito de carne que llora sin descanso por las noches y duerme plácido durante el día ante los ojos incrédulos de su madre.

*Como todas, Renata aprenderá a ser madre a golpe de errores. No sabe todavía que seguirá descubriendo las diferencias entre ser mamá de un bebé, de un adolescente, de un adulto y de un hombre ya entrado en años. Cada época será distinta, pero en ese momento todavía cree que lidiar con un niño pequeño es una tarea imposible. Mudará de piel en cada etapa. Reaprenderá a ser esa mujer nueva, muy distinta de la que era antes de embarazarse. En algún momento podrá llorar, pero todavía no.*

Cuando Max cumple dos años, ella da un rotundo no a la petición de Fabián de tener un nuevo bebé. Cree que sería imposible tener otro chiquillo que corra por toda la casa, tire jarrones y haga tan tremendo desorden como él. Además, dice que esos siete meses de veladura no los olvidará nunca. Nunca. Tan solo imaginarlo la estremece. Definitivamente no dejará que Fabián la convenza. "Como tú no eres el que se embaraza", afirma cada vez que saca el tema a relucir. "Además, el taller de pailería no te da para mantener a otro".

Renata fortalece el hábito de ir a misa los domingos, y hace fila en el confesionario cada vez que la conciencia le reclama los gritos, pellizcos, peleas y las frecuentes impaciencias hacia su familia. La culpa se le mete tanto como el miedo a no dormir. Es como una música estridente que no la deja en paz.

Esa noche acuesta temprano a Max. Ya tiene dos años y al día siguiente irá al preescolar. ¡Alguien más cuidará a mi hijo!, piensa esperanzada. Es un gran paso que anhela desde hace tiempo y no puede esperar a que ese momento por fin llegue. Anticipa la delicia de esas tres horas, de nueve de la mañana a las doce del mediodía. Volver a estar sola, dejar de escuchar la palabra mamá, aunque sea por una parte de la mañana: “Mamá, quiero jugo, mamá, pipí, mamá, vamos a jugar”. Y el más temido de todos: “Mamá, me hice popó”, y como le acaba de quitar el uso del pañal, esas palabras significan bañarlo en la regadera y tallar la ropa interior y los pantalones, que también están sucios. Es una labor nada agradable, sin obviar la pestilencia que a veces le produce arcadas. ¿Cómo puede un cuerpo tan pequeño exhalar esos aromas tan fétidos? Fabián le acaricia el hombro cuando están solos en la habitación. Ella se estremece, lo descubre mirándola con lascivia y lo evade girándose de lado con un largo bostezo.



Un domingo por la mañana, una de sus hermanas llama por teléfono a la casa. No la encuentra y, cuando más tarde le comenta que estaba en misa, ella se sorprende.

—¿Cómo?, ¿tú en misa?

El desconcierto se vuelve entendimiento cuando le comparte esas inquietudes que no la abandonarán ni siquiera cuando tenga la edad en la que todo se olvida, pero esto no: “Solo he vivido para mí y para cumplir un objetivo: casarme y tener hijos. No he hecho nada por nadie en toda mi vida”.

*Esta inquietud la definirá, pero no por siempre, porque lo que cambiará su forma de pensar vendrá con el tiempo. Cuando*

*llegue el día en que se mirará a sí misma y se preguntará: ¿Cómo me convertí en esta mujer? Esa idea permanecerá intacta durante varias décadas. Será la que dé forma a todos sus proyectos y actitudes, la que de algún modo la defina.*

Pero ese domingo su hermana le platica sobre un grupo religioso.

—Estoy muy contenta —dice—, porque he podido aprender más de la religión y, además, tienen asociaciones donde puedes ayudar a otras personas a mejorar sus vidas.

—¡Cuéntame más! —le responde Renata, porque el deseo de saber se vuelve como parte de un gran descubrimiento. Podría ser el lugar donde saciar lo que tanto la inquieta. Los ojos se le agrandan conforme su hermana retrata ese grupo religioso que, a pesar de ser joven, tiene el impulso y la fuerza como para que el papa Juan Pablo II los tenga entre sus favoritos.

—¿Te gustaría ir? —le pregunta finalmente.

—Eso es lo que ando buscando —le confiesa a su hermana con la misma emoción con que un niño descubre un parque de diversiones—. ¿Cómo le hago para inscribirme? ¿Cuánto cuesta? ¿Cuándo empiezo?

*De haber sabido que esa decisión le costaría la libertad para regir su vida y en quién se iba a convertir, quizá hubiera ignorado la invitación, pero a ver, bendita ignorancia, esa que coloca una venda en los ojos para impedir mirar lo que se tiene delante.*

## 1987

Renata se arregla el cabello frente al espejo. Es rubio y abundante. El corte y las luces están hechos en una de las mejores estéticas del Distrito Federal. Detesta desde que era niña el tono oscuro que cubre su cabeza y los ojos negros ligeramente rasgados. Antes sus compañeras, y ahora las amigas, han sido y son siempre castañas o rubias, naturales o artificiales, pero ninguna con ese tono azabache como el suyo. No faltó alguna burlona afirmando que era la herencia en su sangre. Como si la sangre fuera distinta. Infantilismos.

Ha pasado más de una década y Renata aún no racionaliza el prejuicio, lo tiene tatuado bajo la capa de maquillaje con que a diario construye la máscara que le ofrece a la sociedad. La de Renata Morales de Freeman, más conocida como Renata Freeman. Un nombre más acorde con la imagen que se ha creado. Es un apellido raro el de Fabián, y lo porta con orgullo, aunque más de una vez su madre le haya reclamado al ver su fotografía en la sección de sociales sin sus apellidos de soltera. Y es que eso hacemos las madres, reclamar que llevamos a los vástagos nueve meses y los parimos con dolor. Es un derecho inalienable.

Renata aún no tiene conciencia de que detesta su apellido. Ni del propósito que esconde ese afán de crearse un nombre nuevo. Termina de acomodar el fleco que siempre es rebelde y requiere más tiempo con el secador y el cepillo redondo. Mira el reloj y comprueba que apenas tiene veinte minutos para llegar al Centro de Señoras México Sur. El encuentro con Cristo inicia a las diez de la mañana. Sabe que no alcanzará a llegar a la Hora Eucarística de las nueve treinta, pero al menos quiere cumplir con ese compromiso semanal en equipo. Cree que es su mayor fuente de espiritualidad y rehúsa faltar.

El celular suena sobre la superficie de mármol de su baño. Se enfada. Revisa la pantalla del Motorola solo para comprobar que es su madre quien la busca. Piensa que la entretendrá y duda en responder. Finalmente, toma la llamada. Con voz aguda, su mamá le pide que vaya a su casa para ayudarla con el televisor.

—Algo sucede con la programación que no se ve ningún canal, hijita, y ya sabes que no puedo vivir sin televisión —dice. Sin otra cosa qué hacer más que salir con sus amigas alguna tarde, sus días pasan frente al canal de las series policiales. Es su madre y no quiere dejarla así las dos horas y media que dura el encuentro con Cristo, la clase de formación y la misa. Amarás a Dios sobre todas las cosas resuena en su mente. El mandato le acomoda y le dice que no puede ir en ese momento, que pasará más tarde por su casa. La madre refunfuña algo que apenas se entiende y cuelga molesta.

Dios primero y sus mandatos dictan su conciencia. No le importa dejar almuerzos con amigas de la infancia ni las clases de baile. Sus actividades semanales en la sección de señoras tienen prioridad sobre cualquier otra cosa. Lo tiene bien asumido, así que toma las llaves del coche, se inclina sobre la Biblia que descansa abierta sobre un mueble y la besa: “Señor, aumenta mi fe”, murmura esa frase indicada en el manual de oraciones para salir o volver a casa. Parte deprisa.

El tráfico está más denso que de costumbre. Una señora circula delante de ella con la parsimonia de los que van de paseo por la plaza. Quiere clavarle al claxon para hacer que se mueva. Faltan diez minutos para que inicie la reflexión. Desespera. Llega hasta la calle Fuego, en Jardines del Pedregal. No encuentra estacionamiento, el único lugar libre está marcado con una señal que indica que es para uso exclusivo residencial. Avanza un poco más, estira el cuello y otea la calle. No hay ningún espacio disponible. Sabe que buscar a la vuelta de la esquina implicaría otros cinco minutos a pie, así que da reversa hasta el lugar exclusivo y se estaciona. La queja de los vecinos porque no les respetan sus lugares es constante.

—Mucho rezo, mucho rezo y no son capaces de mantener un mínimo de empatía — dicen con enojo y con razón.

A zancadas, atraviesa la calle y se enfila hasta la entrada del Centro de Señoras. A simple vista es una casa cualquiera de un barrio residencial. Nada en el exterior indica la actividad que ocurre entre sus paredes ni la doctrina que se imparte.

En la entrada está una imagen de la Virgen de Guadalupe y una Biblia abierta. Siempre abierta porque es la palabra de Dios, y la palabra de Dios debe mantenerse accesible a cualquiera que entre en ese recinto. Se inclina sobre la Biblia y la besa: "Señor, aumenta mi fe". Cruza a paso veloz el pasillo hasta el salón marcado con el número diez. Es el del fondo. En los otros nueve salones los equipos ya han iniciado su actividad.

Ocho de sus compañeras están sentadas frente a una mesa ovalada. Cada una tiene en las manos un tríptico con los compromisos que semanalmente revisan. Han recitado la oración inicial y la coordinadora lee en voz alta: "Ofrecimiento del día: Sí cumplí, no cumplí, cumplí a medias", responde cada una en su turno. "Meditación diaria: Sí cumplí, no cumplí, cumplí a medias". Lo mismo para el ángelus, rosario, visita eucarística.

Termina la revisión de compromisos y la coordinadora la invita con palabras dulces a leer un pasaje del Evangelio. Renata se aclara la garganta y, con emoción, repasa en voz alta algunos versículos del capítulo 15 de san Juan: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca".

Con las cabezas inclinadas y los ojos cerrados, reflexionan las palabras que acaban de escuchar. Es uno de los pasajes favoritos de Renata. Con el tiempo, Renata ha desarrollado la honda convicción de que Jesús es su amigo y la ha elegido para algo especial. Se siente pequeña ante la idea de que todo un Dios se abaja hasta su condición.

Silencio.

Renata vuelve el pensamiento hacia su madre, sin televisor porque prefirió ir al encuentro con Cristo. La asaltan las dudas: ¿Cuántas clases de amor existen? ¿Se obstaculizan entre ellas? ¿Puede el amor a Dios menoscabar el que siente por sus padres, por su marido, por su familia? Hay días en los que parecen competir.

Como si en los afectos y las responsabilidades existieran primacías. Otros días, la asfixian. Las responsabilidades se vuelven fardos pesados de llevar y, con la suavidad de un río sigiloso, sueña con evadirlas. Siente que cada acto hacia los demás merma su energía. A veces, quisiera dividirse. Una Renata para cada uno de los otros. Renata hija, Renata esposa, Renata mamá, Renata amiga, Renata apóstol.

Silencio.

No comparte sus dudas. No puede permitir que esas ideas enturbien, frente a sus compañeras, la idea superior: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros". Cuando le toca el turno de compartir sus reflexiones, habla sobre la magnanimidad de Dios, que mira la pequeñez humana y se hace uno de ellos.

Cuando terminan la reflexión evangélica revisan el apostolado, es lo que más la satisface. Desde antes de su llegada al Regnum Christi, buscaba hacer algo por los demás. Casada, con un hijo, y un enorme vacío que no lograba llenar. "El fundador es un gran santo", le dicen todos. Dios lo inspiró para fundar a Los Legionarios de Cristo, y a ese grupo contemplativo y conquistador; su liderazgo es indudable, es cercano a varios papas, en especial a Juan Pablo II.

Es justo lo que anhela: nadar en la doctrina católica y trascender en la ayuda a los más necesitados. La invitación llegó en el momento preciso. Una cita pactada entre las manecillas del reloj que se funden en una a las doce del día para aspirar a una santidad viva, como la de su fundador, distinta a la de las efigies estáticas que decoran las iglesias. Es un concepto nuevo para ella. Los santos siempre habían estado allá, a lo lejos y coronando los altares, y ella acá, en el plano terrenal.

La posibilidad de ser santa es una idea sembrada con palabras repetidas de manera constante. En cada curso de formación y en cada retiro espiritual se analiza, se rumia, se destaca esa idea. Cumplir la voluntad de Dios equivale a ser santa. ¿Y cómo saber cuál es la voluntad divina sobre la propia vida? Muy sencillo: cumplir los deberes de esposa, de madre, de hija, de miembro del Movimiento y de buena cristiana. Nada extraordinario.

*A simple vista parecía algo muy sencillo de llevar a cabo. Algo parecido a lo que me propusieron en Egipto y en Grecia y en los Andes y en China y también en esta tierra cuando me llamaron Tonantzin. Ella ya se veía colocada en un altar como santa Renata de Las Lomas.*

## 1988

*Renata entiende a la mala que tener una idea en mente, planear con ella la vida y que esta resulte como desea son dos cosas distintas. Frente a la afirmación de que Max sería su único hijo, se mordió la lengua muy pronto. Por eso, cuando deja de reglar, la sorpresa es mayúscula. Es tan exacta, que sabe que está de encargo, embarazada, preñada, en ese estado feliz que no la llena del todo y, sin embargo, la ilusión de otro hijo prevalece. Dios me dará todo lo que anhelo, piensa con ingenuidad.*

El dinero que Fabián ingresa con su taller de pailería es intermitente. Hay meses buenos en los que ella cree que por fin se han solucionado sus problemas económicos y piensa con euforia que ya no habrá corte de luz, de gas. O que no tendrá que pedir a su mamá un paquete de carne fingiendo que no alcanzó a ir al banco a sacar dinero.

Pero la ilusión pronto se viene abajo. La vida se convierte en un estira y afloja de momentos en que ingresa el dinero y ella corre a comprar medicinas, llena la despensa y piensa que esta vez la hará rendir más. Luego llega de nuevo la escasez de las vacas flacas y feas, y con ella la frustración y el enojo. Un rencor se instala en el centro y acompaña cada uno de sus sentimientos, como esa pequeña semilla de mostaza que luego crece grande.

Es así que recibe a su segundo hijo y deciden nombrarlo Antonio, como su abuelo paterno. Tan pronto se instalan en casa, se propone desoír al pediatra y acostumbra al bebé a comer cada tres horas y a dormir durante los intervalos. A los dos meses de edad, el bebé duerme ocho horas, parejo la mayoría de las noches, y la única preocupación de Renata es que el pequeño Max no despierte.

Una mañana, recibe la llamada de una señora que se hace cargo de dar charlas en Familia de México, una de las obras en las que decidió apoyar. Tienen urgencia de que vaya a dar una plática y no sabe si dejar al bebé. Si es Dios quien lo pide todo estará bien, es su voluntad, se convence. Llama a la joven que le ayuda en casa — porque le podrá faltar el agua o el gas, dejará de salir de vacaciones, pero nunca la ayuda— y le entrega al bebé. “No tardaré mucho, regreso en dos horas”.

Se dirige hacia la avenida Prado Norte, allá en Las Lomas. Recorre con la vista al grupo de mujeres que la esperan, la avidez en sus miradas es un aliciente muy fuerte; ellas anhelan las enseñanzas. Estar frente al grupo la hace sentir importante. “Soy Renata Freeman”, se presenta con una sonrisa amplia, confiada en el poder que tiene sobre ellas.

Ese día les habla sobre la importancia del apostolado para los laicos. Toma el libro *Mensaje*, que contiene cartas del padre Maciel. A un lado, tiene un ejemplar marcado y subrayado de *Christifideles laici*, la exhortación de Juan Pablo II y, para completar, el tomo de Vaticano II con un separador en el decreto *Apostolicam actuositatem*, que se refiere al apostolado de los laicos.

Toma ideas de uno y otro, y se planta frente a las mujeres con autoridad para hacerles ver la importancia de la acción de los seglares para beneficio de la Iglesia, agregando que de ahí viene el que sea santa, católica y apostólica.

—Es un mandato de Cristo y de la Iglesia —les dice con emoción—, es un deber para auxiliar a otros y dar a conocer la buena nueva del Evangelio. Para que así, entre unos y otros, los cristianos buenos se ayuden a alcanzar la santidad.

Responde con seguridad las dudas que surgen a lo largo de la charla. Está en su medio, en el foco, en la admiración, en la alabanza. Y al final, queda satisfecha. Es una especie de alegría onírica, esa que siente, de haber ayudado a Dios. De ser su colaboradora. Y es como se lo repiten constantemente. Dios da el ciento por uno, se dice a sí misma. Si da el uno, que es su tiempo, recibirá a cambio cientos de almas que muestran su gratitud, que ensalzan su sabiduría, que la desean imitar. Pero baja la cabeza

convencida de su humildad porque todo lo ha recibido como un don, nada es suyo. Solo queda esa satisfacción interior, esa especie de orgullo espiritual de saberse distinta al resto.

Recoge a Max del preescolar y, cuando regresa a casa, encuentra todo en orden. El bebé dormido en su cuna, muy en paz. A partir de ese momento, confirma que el apostolado es voluntad del Todopoderoso. Dios primero, la familia después.

*Parece muy conveniente, la justificación perfecta para alimentar la vanagloria de creer que se hace algo por un Dios cuando lo que se busca es la propia satisfacción. Así como la mosca de Esopo.*

## 1989

*Otro óvulo se fecunda y se implanta en la matriz. Un nuevo embarazo puede ser, para algunos, una ilusión tan acogedora y deliciosa como una noche fría bajo las cobijas. Es ese calorcillo que se expande por el cuerpo y lo inunda provocando un enorme placer. Una fiesta así inunda la emoción y la esperanza en ese feto que es propio y es ajeno al mismo tiempo. Una criatura que a los pocos meses pateará, con total independencia de sus actos, dentro de un vientre expectante. No todos los embarazos navegan en aguas calmas; algunos significan tormenta y muerte. La alegría de un embarazo puede ser ilusoria. Lo es en la mayoría de los casos.*

Cuando Renata se embaraza de nuevo, sus sentimientos tienen vientos contrarios.

—Será niña —insiste Fabián, y arregla el cuarto del bebé con cortinas color palo de rosa.

—¿Y si es hombre? —cuestiona ella.

—Va a ser niña, estoy seguro.

Renata tiene sus dudas, anhela una niña, pero teme la desilusión. ¿Es posible desilusionarse de un hijo? ¿De un no nacido?

Durante el embarazo, salen de viaje con los niños. Es el primero en familia, gracias a un contrato que les dejó buen dinero. Acuerdan no averiguar el sexo y esperar la sorpresa. Confían en que, ahora sí, el futuro será bondadoso con ellos. Pasan los meses y el dinero se agota. Renata llora las mañanas en que está sola.

Fabián no encuentra trabajo. Faltan unos días para el parto y no tienen dinero para pagar la maternidad. La sensación de enfrentar la vida sola se abre paso entre otros pensamientos. Estás sola, pero no pasa nada. Muchas mujeres tienen a sus hijos en el Seguro Social,

se intenta convencer y tranquilizar a sí misma, si ellas pueden, yo también puedo tener este bebé en una clínica popular. Por supuesto, sin que nadie se entere de que una niña de Las Lomas ha venido a menos de esa manera. Sería un escándalo y la comidilla en el colegio de sus hijos. ¿Cómo le hará para ocultarlo a su madre y hermanas? Podría decirles que no quería recibir visitas y que por eso no avisaron a nadie hasta estar en la casa.

De milagro, o porque esa vez se aplica en solucionar el problema, a Fabián le llega un contrato que lo saca del apuro, y vuelven a tener un respiro.

—¡Es hombre! —dice el ginecólogo tras un parto rápido y sin complicaciones. Otro hombre. Tres hombres y ninguna niña. No tendrá una hija que le haga compañía cuando sea mayor. Ninguna que vea por ella. No habrá vestiditos ni zapatitos de rosa brillante; los moños y las muñecas quedarán solo en su imaginario. Reconoce, más de lo que acepta, que tenía anidada la ilusión por una niña, ahí en lo más profundo de ese lugar donde se crean las ilusiones en el ser mujer, en el ser madre. ¿Qué hace una madre sin una hija? Será como un árbol sin flores. Como una fuente sin agua. ¿Quién la acompañará de compras? Sus pensamientos la entristecen. Lloro en soledad cuando debería estar alegre. Finge una emoción por el recién llegado que no la habita todavía.

¡Qué poca fe, Renata!, se dice semanas después ya con Juan Pablo en sus brazos. Te olvidaste de que Dios alimenta hasta las aves del campo. ¿Dónde quedó tu confianza en su providencia?

*Siente la culpa como un gusano que se mete por sus oídos y roe su cerebro. Se determina a confesar su falta de fe la próxima vez que vaya a misa.*

## 1993

Todos dicen que cuatro hijos es una familia grande para esos tiempos. Cuando se embarazan de Ángela, la niña tan deseada, la alegría para esa familia, Fabián le plantea a Renata una exigencia.

—Ahora sí son muchos —sonríe—, sería bueno que te operen cuando nazca la niña, sale muy caro tanto hijo.

La propuesta le parece abominable porque significa la excomunión. La repele. No soporta la idea de verse alejada así de la Iglesia y le aterra lo que diría su director espiritual, así que en su mente comienza a idear la manera para bajar gastos. Decide conseguir libros usados para la escuela. Compra zapatos y tenis más grandes, les coloca algodón en las puntas. Todo para ahorrar con esos niños que crecen por segundo. Cada año hereda entre ellos la ropa que queda más o menos decente y con pocos remiendos. Fabián ni siquiera piensa en la posibilidad de hacerse una vasectomía, que otros lo hagan, pero él no, imposible, es ridículo, le quitaría hombría.

El asunto se queda guardado, como los otros temas que también evitan mientras no sea indispensable y para mantener la relación entre ellos más o menos tranquila. El dinero ganado, el dinero gastado y el dinero necesario no se deben mencionar.

Es la tarde de un cálido jueves cuando recibe la nota de la escuela a la que ya asisten los dos mayores. Max está cursando tercero de primaria y Antonio el preescolar. La nota es simple, contundente. Como ya tienen tres meses de retraso en la colegiatura, al día siguiente se les negará la entrada a la institución educativa a no ser que se realice el pago, al menos de un mes, a primera hora de la mañana.

Llama a los niños, los sienta en la alfombra formando un círculo frente a ella.

—¿Qué creen, niños? Nos acaban de avisar que mañana no habrá clases.

Ellos saltan del gusto, ella quiere llorar, pero se contiene y dibuja una sonrisa penosa que ni a los niños convence. Los deja frente al televisor y va a la cocina por un vaso de refresco, al que le agrega un generoso chorro de brandy. Es una bebida poco usual, pero la acostumbra como remedio cuando la tensión la rebasa. Ya es frecuente. Además, el refresco de cola sirve como camuflaje para el alcohol y la culpa. Y es que nadie le dijo, antes de casarse, que el matrimonio y la maternidad serían un constante estrés. Empezó durante la luna de miel y no le ve fin.

Solo porque la esperanza ha sido el paliativo que la ha mantenido en su lugar no se ha decidido al divorcio, aunque cada vez siente con más frecuencia el deseo de hacerlo. En esos momentos, recuerda las palabras de *El silencio de María*, del padre Ignacio Larrañaga, y acepta su situación como voluntad de Dios en su vida, como lo hizo la mismísima Virgen María al pie de la cruz. Es la pedagogía del silencio que le han inculcado desde que era una niña. No hagas ruido, no contestes a tu papá, no te quejes. Esas cosas no las platicues a nadie. La ropa sucia se lava en casa. Y que luego continuó en el Regnum Christi. No se debe hablar mal de las personas, hay que llevar la carga en silencio, nunca criticar a un superior. No quejarse, no cuestionar, no pensar diferente, cuidar incluso la propia fe como un tesoro que puede ponerse en peligro con lecturas inadecuadas, mediante espectáculos inmorales, en conversaciones alejadas del plan de Dios. De todo eso hay que correr, y luego silencio, siempre silencio.

Fabián llega y, de acuerdo con lo que ha aprendido y gracias al alcohol que ya la ha adormecido un poco, le entrega la nota. Él no dice una palabra.

—¿Podremos pagar mañana? —pregunta, pero Renata sabe que él no responderá porque no es la primera vez que da la espalda a los problemas. Está segura de que, si lo enfrenta o le reclama, estallará en ira.

Esa noche toma una decisión. Pedirá becas para los niños en uno de los colegios que tiene La Legión. Cuando está absorta en sus

pensamientos dispuesta a dormir, siente la mano de Fabián bajar por su espalda. Finge estar dormida. La mano áspera pasa por sus muslos tensos. Renata se petrifica, como lo hizo a los ocho años cuando sintió la mano de su padre entrar por debajo de su pantaleta para acariciarle las nalgas.

Fabián se molesta, como lo hace cada vez que ella, “su” mujer, se niega o inventa alguna excusa. Sacude la sábana, la jala y se voltea hacia el otro lado. El cuerpo de Renata queda al descubierto, pero a ella no le importa, prefiere pasar frío. Sabe que en cinco minutos estará dormido y podrá recuperarla para su lado.

¿Cómo se le ocurre? ¿Cómo se atreve a pedirme sexo? ¡Quiero el divorcio, quiero divorciarme!, grita en el pensamiento. Aprieta la mandíbula con tanta rabia que se truenan las muelas. Saca el pedacito, lo deja sobre el buró, pasa la lengua encima del hueco y llora.

—Su marido es un hombre bueno —comenta el sacerdote que la recibe en su sesión de dirección espiritual una vez al mes—. Tenga paciencia con él.

No es la primera vez que le habla sobre su intención de separarse, de los problemas económicos, de sus arrebatos de ira, y siempre sale de ahí convencida de seguir. Pero el convencimiento pasa pronto y vuelve la duda, la rabia, el rencor.

Sin embargo, al padre le parece una buena idea la solicitud de las becas. Él mismo hablará al colegio para recomendarlos. Ya para entonces, Renata realiza un apostolado de responsabilidad al que le dedica un buen número de horas al día. Esa frase le fascina: “Apostolado de responsabilidad”. Significa que es importante y marca una distancia entre las actividades esporádicas que realiza el grueso de las señoras y la acción entregada y generosa, siempre disponible para el Movimiento, que ella realiza.

## **LAS PROMESAS**

## 1995

Un compendio de conferencias que abarca dos años completos de formación es lo que Renata y otras señoras reciben en la sección cada jueves. Cursos estructurados para llevarlas a un conocimiento más completo de la doctrina católica, pero también para inculcar valores que, a ojos del Regnum Christi, son los que deben regir la *sociedad* y los que pueden hacer frente al gran enemigo de la Iglesia. Ese feminismo que, les dicen, atenta contra la vida de los más inocentes. El tema central del semestre es sobre moral, lo que a los ojos de Dios debe hacer un buen cristiano.

Renata es de las primeras en llegar porque le gusta ocupar un asiento al frente. Lo prefiere porque ve de cerca a la formadora, esa mujer con años en el Movimiento y que tiene muy bien entendida y asumida la idea de lo que *debe* ser una mujer hecha a semejanza de Cristo. También porque le gusta ser vista, notada. No está consciente de que ese deseo responde a todas las ocasiones en que su padre y hermanos la hicieron menos.

—Tú no sabes nada, no hables de lo que no sabes —y ella se lo llegaba a creer porque, si lo decía su padre, era cierto. No pertenecía a ellos, a esos hombres que todo el tiempo la ninguneaban igual que a su madre y a sus hermanas.

Pero en el Movimiento es distinto, esa sí es su familia. Ahí se siente querida, respetada y, en ocasiones, admirada. Los sacerdotes y las señoras resaltan sus cualidades, su inteligencia, sus aptitudes para organizar eventos, para coordinar grupos en la sección. El sentimiento de plenitud es algo nuevo para ella. Surge desde que aceptó dirigir una reflexión sobre el Evangelio a un grupo de señoras de escasos recursos, cuando la invitaron a coordinar el apostolado de la sección y también sucede ese día en que recibe *la invitación*.

La asistente del director de la sección le había pedido una cita. Es una mujer que roza el medio siglo, dulce, pero tan firme que a veces inspira temor. Porta uno de los apellidos más reconocidos en la ciudad, de familias ricas desde generaciones atrás. Siempre es una distinción ser llamada a su oficina, por lo que Renata piensa que le darán alguna encomienda relacionada con el apostolado que lleva.

—Renata, ya tienes un tiempo en el Movimiento —comenzó la mujer con voz solemne—. Hemos visto tu generosidad en la entrega a tu apostolado y a las actividades, siempre has dado un testimonio ejemplar, eres querida entre los miembros de la sección y, por supuesto, también por mí. Así que, a nombre de nuestro padre fundador, te hago una formal invitación para pertenecer a un grado de mayor entrega y compromiso en el Regnum Christi. Es un grupo selecto y te requerirá un compromiso mayor, por lo que conviene que reflexiones ante el Santísimo sobre esta invitación que Él mismo te hace para servirle en el Movimiento con una mayor disponibilidad.

Pertenecer a algo más grande que ella.

Ser parte de algo.

Más grande que ella.

Pertenecer.

Esa palabra la inunda cual fuente rebosante. ¿Pertenecer a un grupo selecto? La idea la seduce. Es una amante deseosa de entregarse y ahí está la posibilidad de saciarse.

—¿A qué me voy a comprometer? —en la pregunta va la afirmación de una decisión ya tomada. No importa el costo, no importa la exigencia, lo que importa es que la eligieron para formar parte de ese grupo selecto.

—Tendrás mayor compromiso de oración. Todos los días incluirán oraciones de la mañana, meditación, misa, comunión, rezo del ángelus y del rosario. Semanalmente, la Hora Eucarística. La confesión cada quincena. Mensualmente, retiro en la sección, dirección espiritual con el sacerdote y orientación con una señora elegida entre las orientadoras morales. Y, cada año, el triduo de ejercicios espirituales. En general, te comprometes a involucrarte activamente con tu oración, talentos, tiempo y haberes —concluyó la asistente del director.

Renata conoce bien el estatuto del Movimiento. En muchas ocasiones, no recuerda cuántas, ha dado cursos a nuevos miembros. Sabe que se considera causa de expulsión el mantener pública y obstinadamente ideas o costumbres que son contrarias a la fe y disciplina de la Iglesia. De ahí la importancia de la coherencia en su vida. No puede manifestar a nadie su deseo de utilizar el condón para cuidarse en las relaciones con Fabián. No. Ella no puede dar motivo para ser expulsada. Son su *Familia*, con mayúscula. No soportaría quedar fuera de nuevo, ser relegada otra vez.

Sale de ahí y camina hacia la capilla. Saluda a un par de señoras que la detienen en el trayecto. Es parca en la conversación, tiene prisa por presentarse ante su jefe máximo. Al llegar, se postra.

—Gracias, Dios mío, por darme este enorme regalo —murmura frente al altar. Su alma siente una profunda alegría que brota de saberse especialmente amada. —Tú moriste por mí en la cruz, yo moriré también por ti y por tu Reino.

El resto es contemplación silenciosa entre un alma que se sabe pequeña y su creador.

Al final de un trío de renovación para miembros del segundo grado, toma formalmente y con absoluta honestidad ese compromiso de mayor entrega. A partir de ese momento, deberá guardar silencio sobre su nuevo estado. El común de las señoras no sabe que existe el segundo grado, no conviene que sepan, podrían escandalizarse si llegaran a saberlo.

Aquí inicia un nuevo camino. Es necesario no ver lo que moralmente puede dañar al Regnum Christi, no oír las críticas y calumnias que rondan la vida del padre Maciel y callar cualquier comentario que pueda menoscabar a su persona, su misión, la estructura del Movimiento, a los sacerdotes, a los consagrados y consagradas.

Aquí inicia un nuevo camino.

Uno querido por Dios para ella.

Aunque no tiene los votos de un sacerdote, hace las promesas de vivir la pobreza de espíritu, la castidad dentro de su matrimonio y la obediencia a sus superiores.

## 1996

Ese tiempo de calma vacacional antes de la entrada a la nueva escuela de los niños le sirve a Renata para renovar una esperanza tan gastada que, por momentos, la hizo pensar en la muerte como un remedio a esa vida rota que es la suya. Son tres meses en los que la adaptación al nuevo colegio ha sido la mayor preocupación. Para ella no es problema, conoce a una gran parte de los padres de familia porque son miembros del Movimiento al que asiste. Y los niños se integran pronto, no les cuesta hacer nuevos amigos. Por fin, parece que todo marcha como debe de ser. Ahora ve a Fabián con otros ojos, le urge verlo con admiración, como un hombre responsable de su familia. Con la misma admiración que sentía cuando se casaron y que decayó en los primeros años. A veces piensa que Fabián no tiene ambición, que es comodino y no le gusta esforzarse. Trata de sacudir esos pensamientos, intenta verlo con amor.

Pasan seis meses en la nueva escuela cuando los niños llegan con un recordatorio de pago. Son tres meses de retraso. Otra vez la misma historia. Los sentimientos de Renata son cambiantes cada día. Un sube y baja que no puede controlar. No fueron suficientes las becas del cincuenta por ciento.

¿Por qué se casó con Fabián? La respuesta le llega pronto y ella la deshecha. Ese motivo lo guarda muy dentro. Es algo de lo que no debe hablar. No puede. Es terrible y el pensarlo la horroriza. Ni modo, se dice. Tiene la conciencia de haber tomado una decisión y está convencida de que es su deber sostenerla, aunque no haya sido una decisión del todo libre. En su momento, Fabián le pareció un hombre culto y trabajador, aunque había ciertos detalles que no la terminaban de convencer, detalles que ella hizo a un lado.

—No solo el amor es ciego, también la necesidad —le dijo a Marcela, su amiga, alguna vez.

—¿Necesidad de qué, si cuando eras soltera vivías en un caserón en El Pedregal, con coches del año? Además, tu papá les regaló la casa donde viven en Las Lomas y el coche que traes —respondió ella.

—Sí, pero no todas las necesidades son materiales. Hay otras cosas, otros motivos.

La respuesta dejó a Marcela algo perpleja, sin embargo, no continuaron con el tema.

Cuando los niños están dormidos, Renata extiende los papeles de la escuela en la mesa del centro.

—¿Qué es eso? —quiere saber Fabián.

—Avisos del colegio por el retraso en los pagos de las colegiaturas.

La respuesta es agria y va acompañada de una mirada que no oculta su decepción. Son doce años en los que ha librado una batalla con la razón, con los motivos que sobran para hacerlo, y se ha convencido de no dejarlo. Ha puesto fecha en el calendario y la ha borrado una docena de veces. Los niños necesitan un padre.

Fabián enciende el televisor. Cambia el canal hasta que encuentra una película de acción.

—Esta película es muy buena, me la recomendaron en la mañana en el café.

Acostumbra a ir tres veces por semana con sus amigos antes de trabajar. Supervisa la instalación de la pailería que le contratan para proyectos de construcción, de ahí la intermitencia en su ingreso.

Como la evidencia sobre la mesa no es suficiente para hablar sobre el tema, Renata intenta de nuevo.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunta a su marido.

Silencio es lo que obtiene por respuesta. El televisor la anonada. Ve pasar las escenas y su mente se abstrae. No quiere iniciar una discusión, pero tienen delante un problema que necesita resolverse. Espera a ver si su esposo da indicios. Paciencia, paciencia.

—Ese es un Corvette 1978 —Fabián señala la pantalla—, es uno de los modelos que tuvo menor producción y que están mejor

valorados —ella siente su mirada, que la recorre para después pasarse de nuevo a la televisión.

Como si eso fuera importante en ese momento, piensa Renata. Lo mira de arriba abajo. Las piernas estiradas, el cuerpo relajado y un rostro imperturbable de aquí no pasa nada. Renata quisiera leer los pensamientos que rondan la cabeza de su marido. ¿Se preocupará de los problemas o se evade de ellos? Daría lo que fuera por saber cómo es su mundo interior y entenderlo. A veces lo considera un completo desconocido. Como ella se ha ejercitado en hacer introspección cada día antes de acostarse, cada semana antes de revisar sus compromisos, cada quincena antes de confesarse, cada mes en los retiros y cada año en los ejercicios espirituales, cree que se conoce muy bien. Pero su esposo es un enorme misterio. No lo entiende. Ella se afana con los niños, la casa y el apostolado. Revisa que hagan las tareas y estudien para exámenes; los lleva a los deportes, al médico, a las terapias especiales, a piñatas, fiestas y primeras comuniones; compra el súper, arrea a todos a la misa dominical y a visitar a sus papás.

Renata se frota las manos, nerviosa. Está segura de que Fabián no la entiende, quizá sea porque no tiene la capacidad para mirar dentro de sí o de ponerse en el lugar de ella.

La película está por terminar y ella aún no sabe cómo resolverán el problema. Necesitan pagar o, al menos, hablar con el administrador para que les dé una prórroga. Es buen hombre el administrador, un religioso que hace sus prácticas como un periodo de prueba antes de ordenarse. De seguro entenderá y los ayudará a bajar la presión.

—¿Qué haremos mañana?

—¡Ya déjame en paz! —la voz de Fabián retumba.

—Despertarás a los niños.

—¡No sé, no sé qué haremos! No tengo dinero.

Fabián se levanta enfurecido, azota la puerta de la habitación. Fin de la discusión.

Renata se queda en la sala de estar. No sabe qué hacer, no quiere recurrir a sus padres para pedir ayuda. Ha tratado de encubrir frente a ellos, y ante todos, la realidad de su matrimonio, cada vez

más fracturado. Podría cambiarlos de escuela, otra vez. Recuerda un comentario que Fabián le hizo alguna vez. Él mismo había estado en distintos colegios, pero nunca le preguntó el motivo de tanto cambio. Sabía que su padre no había sido un hombre de negocios. Más bien había temas que no ahondaron: venta de casa, cambios de trabajo, embargos de carros, deudas. Había muerto tras años de vivir entre el desdén de su esposa y el auxilio de los hijos para sacarlos adelante. A Renata le hizo sentido lo que alguien le dijera años atrás, cuando andaban de novios: El que es buen hijo, es buen padre. Entonces, a sus veintiún años, lo había visto como una buena señal. Ahora, veía más bien un patrón repetitivo.

No, definitivamente no iría con sus papás.

Temprano, por la mañana, habla con su orientador espiritual, le explica la situación y concluye:

—Dejaré el apostolado y me pondré a trabajar —dice Renata con seriedad.

—¿Se lo pidió su marido? —la voz tiene cierta preocupación.

—No, pero no veo otra alternativa.

—El problema va a ser, aunque hoy no se lo pida, que en el futuro se lo va a poder exigir —dijo el hombre con seriedad.

—No puedo saber sobre el futuro, padre, lo que sí sé es que no se hace responsable y ya me cansé. Es eso o me divorcio.

—Vaya con el director de la escuela, tal vez tenga alguna plaza en la que pueda apoyarlo.

—No estoy segura de si el colegio sea lo más indicado, no tengo carrera —dice ella avergonzada.

Había cargado la falta de estudios como un castigo por parte de su papá. Una travesura en el colegio que ameritó su expulsión le costó la posibilidad de ir a la universidad, y de casada no tuvo los medios para estudiar.

—Pero tiene todos los diplomados y estudios en doctrina católica. Esos cuentan mucho. Vaya hoy mismo a hablar con el director. Yo le llamaré para avisarle que irá a buscarlo.

Renata decide pedir cita también con Silvia, la terapeuta que visita ocasionalmente cuando las emociones la rebasan. Por lo

general la ayuda a vencer sus miedos y, para su sorpresa, la apoya en su decisión.

—Tú puedes, Renata. Ve y habla con quien tengas que hacerlo. Estoy segura de que encontrarás algo y lo harás bien.

## §

En aquella época, el papa Juan Pablo II había lanzado la encíclica *Evangelium Vitae*, donde afirmaba que cada vida es un don de Dios y, por lo tanto, le pertenece a Él. Es una afirmación fuerte y con múltiples implicaciones. Por un lado, afirma que la propia vida posee un valor sobrenatural. Renata entiende que, si solo Dios tiene autoridad sobre la vida y la muerte, el hombre es un mero transmisor, un operador siempre en servicio, y la carga moral de contravenir su voluntad se vuelve un tema prioritario para llevar una vida acorde a esa creencia. Desde ese momento, ella se forja la idea de no pertenecer a sí misma. Su vida, y por lo tanto su cuerpo, su familia, sus haberes, todo le pertenece a Dios. Debe salir de sí misma y dar su mente, sus ideas, sus opiniones y encaminarse como el resto de las señoras en el Movimiento.

Hablar de la religión, del amor, de la justicia social, incluso captar el mayor número de personas para incorporarlas al Regnum Christi, le parece sencillo, hasta satisfactorio, porque la hace sentir realmente como una santa. El problema surge siempre con el uso de anticonceptivos. Ese era un tema muy delicado de tratar con su marido y con cualquiera en general. Pastilla, condón, DIU, espuma o gel vaginal, ligado de trompas o cortado cuando ya no se quiere meter reversa. Métodos que siempre le parecieron válidos y naturales se volvieron conflictivos, y apareció la culpa. El razonamiento era simple: "Si no es mi vida, no es mi cuerpo y, por lo tanto, no puedo disponer de él". Cada ocasión en que tiene relaciones con Fabián, se vuelve un tormento mental. Una batalla que prefiere perder antes de contravenir las nuevas enseñanzas, hasta que le hablan del Billings.

Asiste a cursos para aprender todo sobre ese método que la esclaviza a revisar todo el tiempo sus prendas íntimas, pero que le

traería paz y, sobre todo, la librería del cargo de conciencia. Decide hablar con Fabián para que él también esté de acuerdo en tomar los cursos y aprender el método.

Esa noche los nervios la agobian. Teme a la reacción de su marido y se esmera en recibirlo con las cosas que le gustan para cenar. Y es que el cambiar de manera de pensar así de pronto le causa ansiedad, es el miedo que ya la habita, porque con frecuencia su marido tiene explosiones de ira que, sin embargo, él se calma pronto, a diferencia de ella, que dura varios días enojada.

No quiere pasar por esa situación. No soporta las discusiones, le recuerdan los gritos violentos de su padre y el juego de evasión del que ella se ha vuelto experta. Sabe que hay muchas formas de evadirse, algunas de ellas probadas cuando era joven.

No en balde sexo, droga y alcohol se volvieron un cliché. Piensa que ese cliché provino de la experiencia que muchos jóvenes tuvieron en hogares rotos, violentos, abusivos, abandonados. ¿Por qué existen padres alcohólicos, golpeadores y violadores? Y madres tan vulnerables, tan aterradas que son incapaces de defender a sus hijos.

Tan pronto escucha el ruido al cerrarse la puerta principal, Renata destapa una cerveza y coloca un plato con botana en la mesa de la sala de estar. Piensa que Fabián es un hombre bueno, pero irascible en algunas ocasiones, sobre todo cuando algo le implica algún sacrificio. Es la clase de hombre que trabaja lo indispensable y lo que piensen sus amigos, uno en particular que tiene prioridad, permea sus decisiones.

Renata se pregunta constantemente cómo puede alguien regir una vida solamente por lo que otro piense, sugiera, decida. Se enoja mucho al verlo desatender el trabajo por irse con ellos a los cafés que les gusta frecuentar antes de iniciar actividades laborales, allá por las diez o diez treinta de la mañana.

—Tu marido es flojo —sentenció su padre al poco tiempo de casados.

Educada para aprovechar cada minuto del día, es enemiga de la pérdida de tiempo, porque ni los domingos su padre los dejaba descansar. Nononono, a las nueve en punto ya estaban ella y sus

hermanos de pie, acicalados para aprovechar el día. “Descansar es cambiar de actividad, no estar tirados sin hacer nada”, les amonestaban.

Hay sentencias de los padres que se guardan en lo más profundo, palabras que se adhieren a cada célula, a cada neurona y, desde su alto trono, rigen, racional e irracionalmente, la conducta. A través de las palabras, su padre ejercía dominio sobre ella. Aunque estuviera lejos.

Fabián se acerca a darle un beso y, con el entusiasmo de quien se dispone a tener un rato de descanso, toma el control del televisor. Duda un segundo, mira el cuerpo de Renata con deseo. Ella alisa una inexistente arruga de su pantalón y espera a que termine de elegir lo que verán esa noche.

Se estruja las manos con nerviosismo. ¿Cómo decirle? Suspira y espera. Él se detiene en un programa de acción. Son los que le gustan. Armas, persecuciones, muertos y sangre, mucha sangre. Tanta sangre que pareciera salir de la pantalla. Nada de dramas ni programas o películas con mucho diálogo.

Tras diez minutos, y durante un anuncio, Renata comenta, como algo casual, que tomó un curso donde aprendió que pueden tener relaciones ciertos días al mes sin tener que usar preservativo. Finge cierta emoción.

—Prefiero sentirte a ti y no un pedazo de hule —declara confiada en que el ego de su marido responderá a la insinuación.

Tras lanzar el curricán, ella queda a la expectativa de su reacción.

—¿Y los demás días? —pregunta su marido.

—Esos nos tendríamos que cuidar —responde—, pero al menos habrá algunos en que podremos sentirnos uno al otro.

El silencio de Fabián anuncia una negativa. Mira el televisor como si su mujer no lo hubiera incomodado con sus comentarios. Si en algún momento lo considera oportuno, ya lo verá con ella. Después. Al día siguiente o en un par de días, tal vez.

Renata quisiera adivinar sus pensamientos. Se ve de adolescente sentada esperando el permiso para ir a un baile, mientras su padre rumia con total omnipotencia. No está consciente todavía de que

mudó la dependencia de un hombre hacia otro, pero reconoce esa misma ansiedad que desde entonces la acompaña.

Es la angustia que le crea la zozobra de que otro decida por ella, de tener que plegarse a ellos porque así son las cosas, así es como debe de ser, aunque en su juventud se haya rebelado alguna vez.

—¿Por qué las mujeres no pueden fumar? ¿Por qué es mal visto? ¡Qué fastidio tener que esconderse en el baño para echarse un cigarro! No entiendo, si todos mis hermanos fuman en casa, ¿por qué yo no puedo? ¡Porque soy mujer, porque no tengo edad, porque ellos son hombres! ¿Cuándo voy a poder fumar?

Renata está acostumbrada a que el no responder equivalga a nada: no es un sí, tampoco es un no, y se convence de que su pretensión quedará en eso, en algo que no merece respuesta.

Aguanta algunos minutos y, en otro anuncio, vuelve al intento.

—Creo que podríamos hacer la prueba —deja caer con suavidad—. A mí me gustaría ver si nos funciona, y si no nos acomoda, pues volvemos al condón.

Fabián se levanta rumbo a la cocina sin responder una sola palabra. Vuelve con una cerveza y ¡wow!, se emociona con la explosión de un coche de la que nadie sobrevive.

La espera y el silencio de su marido incrementan esa ansiedad a punto de desbocarse, pero, con todo, Renata decide hacer un último intento. Siente la batalla interna entre la culpa por seguir usando condón y la liberación de su conciencia. ¡Qué complicación! ¡Qué impotencia! ¡Qué rabia!

—Mucha gente utiliza este método —prosigue—, ahí me encontré a la esposa de tu amigo René Campuzano —sabe que Fabián admira a ese amigo de la universidad y cruza los dedos para ver si funciona el recurso.

—Está bien —responde serio tras un par de minutos.

Entonces Renata respira aliviada. Le alegra haber ganado esa batalla, aunque en su mente ya está firme la idea de que solamente esos días tendrán relaciones. El resto del tiempo inventará dolores de cabeza o alguna otra excusa. Todo con tal de no sentir otra vez esa culpa. La que la mantuvo en vigilia, esa sensación que percibe sucia y que la hace amonestar una y otra vez por elegir el mal.

A veces se rebela y piensa, ¿quién puede decir qué es bueno o malo? Pesadez que gravita y genera sentimientos de desazón, de nulidad.

La culpa, la gran opresora diseñada para provocar vergüenza y arrepentimiento. Un alma muy negra se habrá requerido para crearla. Para pronunciar las palabras que la imaginaron por primera vez. Frases como dardos: "Existen actos aborrecibles a Dios". "Dios todo lo ve". "Dios todo lo sabe, conoce los secretos más íntimos del corazón". "Se debe confesar la culpa, confesar lo secreto".

Cuando llegó al Movimiento disfrutaba del placer que le daba el sexo sin saber que, con el tiempo, esa voz recriminatoria le robaría parte del gozo. Y el gozo se volvería tan complicado como un obstáculo que se debe sortear. Un gran problema.

La culpa anterior, la que más le molestaba, era la de los escarceos amorosos antes de casarse. Después, ya casada, comenzó a sentir esa libertad de tomar a su esposo el día o la noche que le diera la gana, sin ningún remordimiento posterior. Ahora intuye que la culpa es hija de la conciencia de pecado, y que la conciencia de pecado es fruto de la predicación que vuelve razonable la fe.

Una fe en la que decidió ahondar y que la tiene prendada desde el primer día que puso el pie en el Centro de Señoras. Pero con todo, hay algo mágico que la retiene ahí. No lo percibe con claridad. Piensa que tal vez sea ese espíritu de caridad que mencionan con frecuencia. Es el *ethos* que permea ciertos modos y actitudes de las mujeres que asisten y que, de igual forma, ha atraído a los sacerdotes hacia la Legión de Cristo, y a hombres y mujeres hacia la vida consagrada.

Fabián estira su metro ochenta a lo largo del sofá y luego coloca los pies en su regazo, como si fuera un gato mimado en busca de atención.

—Un masajito —suplica—, ha sido un día pesado.

A Renata le molesta esa forma que tiene de asumir que le deleitan esos pies callosos, de uñas largas y duras como punzones que muestran el descuido completo en el que se tiene a sí mismo.

Le dan ganas de decirle: "Quítame tus asquerosos pies de encima", pero se contiene. En cambio, recuerda algunas de esas

frases estampadas aquí y allá en el Centro de Señoras sobre el ejemplo de María a los pies de la cruz. Entonces, toma su metatarso derecho, lo frota con los pulgares. Los movimientos circulares hacen gemir de placer a Fabián, y eso la incomoda más. Se levanta con la excusa de ponerse el pijama y, camino a la recámara, huele sus manos, resiste la arcada y corre a lavarlas. Talla con fuerza la piel hasta que la lavanda del jabón prevalece.

Hay días como ese en que quisiera pedirle el divorcio, pero se acuerda de los niños y espanta la idea. Se regodea con la sensación de que al menos pudo ganar la batalla contra el condón. Ya no sentiría esa culpa.

## §

El colegio está ubicado en una zona privilegiada, justo en Las Lomas. Ahí asisten los hijos de las familias más ricas y poderosas del país. Renata se deja caer de rodillas tan pronto entra a la capilla del instituto. Es su primer día al frente de la coordinación de formación de los alumnos de preescolar y primaria, por lo que no deja de agradecer lo que siente. Más que una oportunidad, un cuidado expreso de Dios. Por primera vez, asume como ciertas las palabras que tantas veces ha escuchado en el Evangelio: “Pedid y se os dará, buscad y hallaréis”.

Los primeros meses se siente nerviosa porque nunca ha trabajado en un colegio. Asiste a una reunión con el resto de los coordinadores, pero no tiene idea de lo que hablan. Es un lenguaje ajeno ese de planes pedagógicos. Toma nota discretamente y, a partir de ese día, estudia los términos desconocidos y los programas académicos hasta que se siente segura para aportar su opinión en las reuniones o proponer nuevas actividades y proyectos.

Los primeros años continúa asistiendo al Centro de Señoras.

—Guarde sigilo sobre su condición de asalariada en el colegio —le habían pedido—, continúe con sus actividades al igual que el resto de las señoras que apoyan el colegio dando las clases de formación a los alumnos. Manténgalo como un apostolado, pero de mayor exigencia.

Una máscara más para pulir la imagen que se ha fabricado antes. Ahora será la señora Renata Freeman, coordinadora de formación de uno de los colegios más importantes de la congregación religiosa. Eleva la frente como si, a la par de su ego, creciera en estatura.

En poco tiempo, Renata se vuelve parte importante en la organización de actividades que involucran a todo el colegio. Conferencias, congresos, eventos familiares, diseño de revistas, el guion para alguna obra de alumnos y cualquier otra necesidad que el director le delega con gravedad. Con la mayor responsabilidad, llegan también las herramientas para cumplirla: secretaria, oficina, sala de juntas, computadora nueva. Se destaca entre el resto de las coordinaciones académicas, se destaca entre las mamás del colegio que apoyan eventualmente.

Todos los lunes, a las diez de la mañana, Renata atraviesa el pasillo que lleva a la oficina del director.

*Saluda a la secretaria, quien custodia la puerta de entrada como guardia pretoriano. No hay forma de acceder sin antes tener la venia de esa mujer entrada en años de voz suave, pero palabras firmes. Es toda una institución dentro de la institución. A veces me recuerda a Hécate. Imposible sortearla para acceder a ese recinto que todos respetan casi con veneración.*

Sentarse en la oficina del director es necesario, principalmente, por tres motivos, ya sea por acuerdos de trabajo con algunos miembros predilectos del personal de la institución, temas de dirección espiritual con personas todavía más favorecidas de la comunidad o cita con padres de familia para ver asuntos delicados de sus hijos.

Renata es de las pocas personas que acude por los tres motivos.

Se ha vuelto indispensable para el director, que recurre a ella cuando necesita, por ejemplo, camionetas prestadas para las vacaciones de los sacerdotes de la comunidad, o si hay que levantar una colecta para pagar una necesidad particular de alguno de ellos.

Esa mañana de inicio de semana, Renata acude a la oficina para los acuerdos semanales. Siempre en lunes para revisar los

pormenores de los siguientes días. Como acostumbra al llegar, toma asiento en el sillón del lado derecho, el contiguo a la ventana desde donde se puede ver la extensión de los jardines siempre verdes del colegio, abre su libreta y quita el tapón a la pluma azul, lista para tomar nota. Siempre la emociona entrar a la oficina del director, le parece una aventura cada vez que cruza el umbral y se sienta frente al joven sacerdote, recién ordenado y apenas unos años menor que ella, para ver con qué reto la va a sorprender.

—Señora Renata, nuestro fundador hará una breve visita a la ciudad este fin de semana y confío en que aceptará una invitación para visitar el colegio el próximo lunes. Prepare un programa tentativo y me lo hace llegar a la brevedad —comienza el director.

Renata trata de ocultar la emoción, siente un batir de alas en su pecho por el gran honor que están depositando en sus manos. Qué privilegio, pero qué gran responsabilidad, será un enorme reto para tan poco tiempo, piensa.

—Me quedan algunas dudas, padre. Durante la visita, ¿estarán todos los alumnos y personal? ¿Se abrirá la invitación a los padres de familia y miembros de los centros de las distintas secciones? ¿Será un programa de un solo día? —indaga ella sin disimular su alegría.

El director responde a la avalancha de preguntas mientras Renata no quita la sonrisa de su rostro. Durante más de una semana, Fabián y sus hijos la ven rebosar de alegría ante la inmensa tarea de organizar todo para la visita del fundador.

Todo significa preparar el programa, conseguir sillones, tapete persa, mesas de la sala de alguna señora, contratar sonido, designar el acomodo de los estudiantes, al frente los alumnos más controlables, al fondo los grados más impacientes. Tendrá que acordar con el encargado de difusión cultural algún espectáculo organizado por los alumnos, tal vez un canto, crear una canción exprofeso que hable de las virtudes y cualidades de ese santo sacerdote que Dios eligió para fundar la congregación. O mejor, una canción sobre la alegría de los alumnos por pertenecer a ese centro educativo. Imagina globos, muchos globos de colores. Que un grupo de niños de preescolar lo reciba en la entrada.

Puede ser una buena idea preparar un ramillete espiritual con las oraciones de la comunidad y que se lo entregue un alumno de sexto de primaria. También, un mural con las frases más relevantes del fundador que se han recopilado a través de los años. Fotos, muchas fotos de los momentos más importantes de la fundación de la congregación. Y una serie de preguntas, como si fuera una entrevista hecha por alumnos de distintos grados. Tal vez un video con la vida del fundador para proyectarlo como cierre del evento. Cuando llega a su oficina, ya tiene perfilado el programa que le hará llegar al director.

Todo tiene que ser deprisa. Antes de terminar la jornada, envía la propuesta al director.

—Muy bien, señora Renata. Prepare el ramillete, yo le haré saber cuando el fundador esté por llegar a la casa de los padres, para que usted esté ahí para entregárselo y hacer la invitación.

Al día siguiente, el director le avisa que el fundador llegará el jueves por la mañana. Ella deberá estar afuera de la casa de los padres para entregarle el librito con las oraciones de los alumnos y el personal del colegio.

La expectativa ante el encuentro no la deja dormir esas noches. Como si su imaginación se hubiera convertido en un torrente furioso, los pensamientos y miedos la atosigan. ¿Qué sentirá toda la comunidad del colegio si dice que no a la invitación? Ella se ha adelantado en los preparativos y tiene apalabrados el mobiliario, los globos y acabado el video con la vida del fundador. Todo está listo y a la espera.

El jueves muy temprano, Renata se apersona como le indicó el director. Su corazón se acelera conforme se acerca y detiene el coche donde viene el padre Maciel. Lo alcanza a ver sentado en el asiento trasero, acompañado de su secretario y de otros dos sacerdotes. Se presenta vestido de civil con un abrigo largo. A Renata le parece extraño verlo sin el alzacuello obligatorio para los sacerdotes de la congregación, pero no le da importancia. Ella le entrega el ramillete que incluye varios cientos de rosarios, visitas al Santísimo, eucaristías, sacrificios y obras buenas.

—Nuestro Padre: soy Renata Freeman, coordino el departamento de formación del colegio, le traigo este ramillete de parte de la comunidad. ¡A los niños les encantaría recibirlo en el instituto! Ojalá pueda hacernos una visita, aunque sea breve —exclama emocionada.

—Muchas gracias, señora Renata, le haré saber al director —responde sin dar indicios de que fuera, o no, a aceptar la invitación—. A ver, hermano, tómennos una foto —el fundador solicita a uno de los religiosos que lo acompañan, mientras Renata se arrebola del gusto. Se coloca junto a él y sonríe—. Pronto se la haremos llegar.

Las horas pasan como si el tiempo trajera una prisa inusual y Renata avanza en los últimos detalles de la organización. Han agregado al programa un canto del coro del colegio que han ensayado *exprofeso*. El director le informa que el padre Maciel decidirá la noche previa si acude al colegio.

Cuando llega el día de la visita, el director del instituto, el subdirector, el coordinador de secundaria y preparatoria, los religiosos que hacen sus prácticas apostólicas, el capellán y veinte niños de preescolar están a la espera para recibir al padre Maciel. Los planes del fundador pueden cambiar siempre al último momento. Renata no es convocada para recibirlo, solo sacerdotes y el equipo directivo al que ella no pertenece. Además, es mujer. Si ese evento hubiera sido con las señoras, otra cosa sería, le habría correspondido recibirlo, pero se limita a observar desde media distancia y, cuando terminan los saludos y se dirigen hacia el auditorio, corre para avisar que estén listos los alumnos y la canción con la que lo recibirán tan pronto se acerque.

Tras terminar el evento, y cuando el padre Maciel va de salida, Renata se apura para alcanzar a saludarlo y pedirle su bendición. Tan solo eso, una bendición de ese hombre al que tantos admiran, del que le han inculcado un amor paternal, una admiración venerable que nace por la misión que Dios le encomienda. Fundar. Fundar una orden religiosa a toda costa un día frío de enero. Fundar un movimiento seglar, con sigilo porque aún no hay permiso, fundar colegios para ricos, para pobres, obras de acción social, para la

familia, para la juventud. Una misión gigantesca para un hombre cualquiera.

Pero el fundador no es un hombre cualquiera. Es elegido por Dios, y Él le dota con las gracias especiales para llevarlo a cabo. Un hombre que ha sufrido la expulsión injusta de un seminario, un sacerdote calumniado, perseguido por detractores resentidos y enemigos que solo buscan acabar con la Iglesia, Santa, Católica y Apostólica. Pero el fundador es un santo a los ojos de Renata, y por eso va, corre y se arrodilla delante de él.

—¡Nuestro Padre, deme su bendición! —le pide, y aquel sacerdote la bendice y le hace un cariño en la cabeza.

Para Renata, basta ese gesto y la fotografía junto al fundador, que pronto recibirá. Desde ese día aceptará cualquier encomienda sin importar el sacrificio que le conlleve.

## 1997

Los veranos son un fastidio para Renata y para otras madres que, de la noche a la mañana, tienen a los hijos en casa a toda hora. Ella inventa actividades y los deja salir siempre con la consigna de no irse lejos. Max, con sus trece años, lidera el grupo. Antonio y Juan Pablo lo siguen a todas partes. El trío encuentra diversión en las cosas sencillas. Armaduras hechas con cajas de cartón que reservan de los juguetes del día de Reyes o tira bolitas, con trozos de tubo plástico encontrados en la construcción de al lado, abandonada hace un año, y que hace el mejor lugar para jugar. Ahí, los espacios se convierten en fuertes y las batallas que libran se parecen a la guerra de Troya. Cualquiera de ellos podría ser Odiseo durante su viaje épico o el pequeño David derribando a Goliat. Antonio, de nueve años, y Juan Pablo, de ocho, miran al mayor con la admiración hacia aquel que realiza actos osados como caminar por el filo de un muro de *block* medianamente levantado o trepar a las ramas más altas de una higuera para hacerse del botín rosado y jugoso.

A Renata le gustaría tener dinero para inscribirlos en algún campo de verano, pero debe comprar útiles y uniformes, además de libros y libretas que deberá forrar con papel lustrina y después con plástico adherible. Los cerros de libros abarcan la mitad de la mesa del comedor. Ya ha etiquetado con su nombre los colores y marcadores de Ángela, que está en preescolar. También lo hace con los de Juan Pablo, que aún es pequeño para hacerlo por sí mismo. Comienza a forrar las libretas, que son las más latosas. Son ocho de cada uno de los cuatro mayores, una por cada materia: matemáticas, español, inglés, religión, historia, música, arte y geografía. En total, treinta y dos libretas que tendrá que forrar dos veces cada una. La tarea implica varios días, por lo que esa mañana se aplica con cuidado y pierde la noción del tiempo. Para cuando

mira el reloj, ya son las tres de la tarde. Los niños debieron haber llegado hace dos horas. Sale a buscarlos a la construcción, grita sus nombres a mitad de la calle y ningún eco le devuelve respuesta.

El trío se había aventurado más allá de la construcción en su inquietud por investigar —porque así son los niños y así han sido todos los niños desde tiempos remotos— y pronto perdieron el rumbo. Renata recorre calles sin encontrarlos, por lo que decide regresar a casa para llamar a la policía. Su corazón retumba como el tamborileo del oeste africano, se le quiere salir por la boca, pero por la boca solo salen sollozos. ¡Sus niños! ¿Cómo pudo ser tan imprudente? ¿Por qué los dejó ir solos? La angustia y la culpa se mezclan en una substancia que nunca había sentido, es una masa negra que forma un túnel negro donde solo hay desesperanza y pánico.

Los niños llegan poco antes que la policía. Tan pronto los atisba por la calle, corre hacia ellos. Los abraza y los nalguea ahí, a media calle, a los tres. No le importa si alguien la mira, si cualquiera la juzga. Uno de los oficiales le detiene la mano a mitad de un frenesí en el que cada golpe grita no lo vuelvas a hacer, no lo vuelvas a hacer, no lo vuelvas a hacer.

¿Por qué golpea una madre? ¿Dónde inicia el desahogo y termina la corrección? ¿Es falta de amor? ¿Se está convirtiendo en una Medea?

Exhausta, Renata hace entrar al trío que llora sus propios miedos y el dolor de las nalgadas. Despide a los oficiales y vuelve a la mesa. Toma un pliego de papel lustrina y coloca una libreta encima para forrarla mientras se repite: Soy una mala madre.

## **EL COMPROMISO**

## 1998

Renata y Fabián aceptan pasar esas vacaciones de Semana Santa en un rancho en el Ajusco. Es de la familia de su amiga Marcela y, año con año, toman el ofrecimiento como la única oportunidad para sacar a los niños de la ciudad. Solo hay un inconveniente, pues Renata tendrá que regresar al colegio muy temprano el Domingo de Resurrección para organizar una misa que celebra todo el Movimiento. Es una ocasión muy importante. Ahí se reúnen los distintos grupos de jóvenes y familias que salen de misiones, los veintidós sacerdotes y religiosos que llevan los distintos apostolados y casas de reflexión en la ciudad, y las veinticinco mujeres que han consagrado su vida a Dios y que participan en el coro con esas voces equiparables a las de los ángeles. El evento incluye la incorporación de nuevos integrantes. Hay que tener listos los crucifijos y dípticos con los compromisos de oración para los jóvenes y adultos que darán ese paso de cara a Dios.

Para algunos de ellos, el momento es solemne. Reciben como un don el haber encontrado ese grupo católico, se nota en la gravedad de sus gestos cuando se acercan a recibir el crucifijo que besan con recogimiento. Para otros, es un estatus social, es pertenencia a un grupo selecto de líderes.

El último día de colegio antes de las vacaciones, Renata había dejado en la sacristía los ornamentos que se necesitaban, entre ellos, las veinte casullas que en días anteriores había recogido de distintas casas para completar esa cantidad, porque en el colegio no hay tantas, además de las albas, copones, cálices, patenas, misales impresos y un sinfín de detalles necesarios para una misa que congrega a tantas personas.

Llega el momento de retirarse del Ajusco.

—Ya te vas otra vez, comadre. Los últimos dos años te has ido también. ¿Qué no hay nadie más que pueda organizar la misa?

—Qué quieres, compadre, es parte de mi trabajo.

Fabián le lanza una mirada reprobatoria. Los niños se cuelgan de sus piernas para retenerla, mientras la comadre solo se encoge de hombros. Ella la entiende.

—Pero si estás de vacaciones —insiste el compadre.

—Ya sé, pero alguien tiene que hacerlo. Además, estoy demasiado agradecida como para negarme. Han hecho mucho por nosotros y por la educación de los niños.

Renata sale a toda prisa en su camioneta, esa miniván que utiliza para que quepan los cuatro niños. Todo el trayecto lo pasa haciendo cuentas de la última vez que menstruó.

La mancha de sangre que para algunas significa dolor por no darse el embarazo, para ella es un anhelo. Tiene días revisando su ropa interior por las mañanas, pasando su dedo por la espesura de su pubis para ver si no hay alguna gota pequeña, rojiza, que indique que está por menstruar, pero solo hay sequedad. Es un retraso. Le parece que ya debía haberle llegado “la Tía”, como ella apoda a su periodo menstrual. Ni una gota de sangre ha manchado su ropa interior y, además, amaneció con ese dolor en los pechos que le anuncia un nuevo embarazo. ¡No puede ser!, se repite pensando que es imposible que esté embarazada si ha sido muy cuidadosa con las fechas.

Además, regaló todas las cosas de bebé. No hay cuna, portabebés, chupones, mamilas, cambiador. Nada. Nada. ¡Ya habían acabado de tener familia! Espera con ansias a que, en un par de días, la molestia se le pase y vea esa mancha liberadora que la alegra, con exactitud, cada veintiocho días. ¿Y si estoy embarazada? Ay, no, Dios mío, no por favor. Fabián me mata.

El siguiente fin de semana se hace la prueba, por costumbre más que por asegurar un hecho del que no tiene duda. Alguna noche, cuando los niños están dormidos, Renata toma el resultado impreso y se lo muestra a Fabián. Las reacciones iracundas de su esposo han crecido con los años, y el miedo de Renata también. Quisiera posponer la noticia, desearía que al día siguiente las cosas

cambiaran, que el quinto embarazo hubiera sido una alarma falsa que le permitiera ser más cuidadosa. Fabián no dice una palabra, se levanta de su asiento, apaga el televisor y se encierra en la habitación. Al inicio, a Renata le cuesta sentir alegría por ese nuevo bebé, pero es una nueva vida dentro de ella y, en lo secreto, se ilusiona. “No hay quinto malo”, la consuelan los que la quieren. “De cumpleaños les regalaré una televisión”, se mofan los amigos de Fabián. “Ya parecen del *Opus Dei*”, comenta alguno de los padres de familia del colegio.

Tener una familia grande en esos tiempos es una afrenta que lleva consigo el castigo social. El juicio de los demás sobre lo que a todas luces es una inconsciencia por su parte. Cinco hijos es una locura. Renata termina los días agotada. Se levanta a las seis de la mañana para bañarse, arreglarse y tomar con los niños un plato de cereal con leche. Arrancan del sillón de la entrada mochilas, loncheras, suéteres y chamarras, y se marchan con el chofer que los distribuye en dos colegios. El de los varones, donde ella trabaja, y el de la niña. Por las tardes, los lleva a las academias.

La niña desea clases de baile, pero el dinero no alcanza. Vacaciones, clases extra, ropa nueva, son cosas que sus hijos desconocen. El chofer es un joven amigable. Junto con su esposa se hacen cargo de la casa, comida, supermercado. Por un tiempo, son un enorme apoyo para Renata, a pesar de que ha intentado durante meses convencer a Fabián de que no tiene motivo para estar celoso del chofer.

—Es muy acomedido contigo y no me gusta. Tampoco que esté tan mamado —dice molesto.

En efecto, los bíceps del chofer resaltan en la camiseta como mangos a medio pelar, redondos y firmes, y Renata no es ajena a ese cuerpo musculoso. Ella se ha dado cuenta de cómo él la observa por detrás; sin embargo, los dos saben cuál es su lugar. Para Renata no es una oferta tan tentadora. Los días terminan a las ocho de la noche y la cama es lo único que anhela. Desde que dan las seis de la tarde, ella saborea la suavidad del pijama y de las sábanas. Pregusta el momento en que doblará las rodillas para acurrucarse en la misma posición que gozaba cuando era un feto. Sabe que dormirá

tan pronto relaje la cabeza en la almohada. Esa es la única forma de cama que desea.

## §

—Renata, por favor, ven a jugar canasta. Tenemos meses sin verte. Aunque sea una vez, no puede ser que te la pases siempre trabajando y con los niños. Tienes que tener vida propia. No conozco a nadie que haga lo que tú. No está bien.

—No puedo, Marcela, en verdad no puedo. Tómense una cerveza a mi salud y dales un abrazo a Raquel y a Georgina. Las extraño horrores. No es por falta de ganas, simplemente es que no tengo tiempo.

Tampoco tiene dinero para devolverles la invitación, pero eso lo calla. Está acostumbrada a hacer paréntesis mentales si la información menoscaba la imagen de Fabián. Despacio, coloca el auricular en el soporte del teléfono mientras llora la añoranza por sus amigas por unos breves segundos. Está a punto de derrumbarse cuando recuerda a Ángela. Corre pijama en mano tras la niña, que danza desnuda por toda la casa. Otro día habrá tiempo de dejarse vencer, pero hoy no es ese día.

## 1999

Ese sábado Fabián ve a Renata agobiada con pendientes escolares, por lo que decide llevar a los niños al parque. Max no quiere ir, sus catorce años lo llaman en otra dirección.

—Ayúdame con tus hermanos.

—No inventes, papá. Ya tengo plan con mis amigos.

—Solo por esta vez.

Suben a los cuatro a la camioneta. Llevan patines, pelotas, pañalera y termos para no tener que comprar nada en el camino para Antonio, Juan Pablo, Ángela y Mariano.

*Renata lleva a Mateo en el vientre, pero aún no lo sabe. Cuando se entere en los siguientes días, la noticia del sexto hijo ya no ocasionará una revolución, pensará, como lo han hecho las mujeres de otras épocas, que Mariano tendrá un compañero para jugar. Y donde comen cinco, comen seis, será su razonamiento tranquilizador cuando reciba a ese bebé a fines del año, aunque como yo lo veo bien podría ser otra Coatlicue y seguir teniendo hijos por los siglos de los siglos y Dios proveerá.*

Fabián disfruta pasar esos momentos con sus hijos. Las risas y los juegos tienen su encanto hasta que llega el pleito por el juguete, por la mano de papá, el regazo de mamá o el último dulce de leche. Fabián tiene la paciencia que a Renata le falta. Ella admira verlo sentado en el suelo armando carritos con Antonio, colocando los tachones y las espinilleras a Juan Pablo, peinando las muñecas y jugando a las tacitas de té con Ángela, o dando el biberón a Mariano. Claro que esto es solo en casa, cuando nadie lo ve. Haría el ridículo si sus amigos lo supieran, ya bastante vergüenza pasa cuando los ha tenido que recoger en el colegio. Renata a veces

piensa que nacieron en la época equivocada, que si hombres y mujeres pudieran compartir responsabilidades de manera abierta como en Estados Unidos o en Europa, las cosas serían mejores para ellos. Pero viven en México y las cosas son así. Le gustaría ver que sus hijos fueran distintos, pero no sabe cómo educarlos lejos del machismo. Se convence de que pequeños actos tal vez podrían ser útiles. Así, cuando no tenga ayuda en casa, les repartirá tareas cotidianas. Limpiar baños, lavar platos, tender camas, recoger juguetes y ordenar sus cosas. Lavar la ropa sería una excepción porque podrían descomponer la lavadora y entonces lavar a mano aquellos cerros de camisas, playeras, calcetines, pantalones deportivos podría ser trabajo de tiempo completo. Eso sería imposible, prefiere hacerlo ella.

Mariano duerme una siesta en la carriola, su sueño es plácido bajo la sombra de una jacaranda. Max observa a su hermano e intuye una certeza en el rostro de un niño dormido, en la suave respiración que eleva su pecho. Es una evidencia insoluta que remite a Dios. Una deuda por el simple hecho de existir. El resto de sus hermanos juega en el césped frente a ellos y aprovecha para acercarse a su papá. Acorta la distancia en la banca antes de preguntar.

—¿Cómo le hiciste para enamorar a mi mamá? Para que te hiciera caso.

A Fabián le cae en gracia la pregunta y se remonta a la época en que compartía la edad de Max. Recuerda el nerviosismo de acercarse a platicar con las niñas, siempre custodiadas por el grupo, amuralladas contra los posibles coqueteos de muchachos uno o dos años mayores que las hacían dar respuestas nerviosas y reaccionar, a veces, contra lo que realmente deseaban. Resuena en su mente la ambivalencia de esas palabras cruzadas apenas, de la hazaña de un “hola” que respondía al saludo. Ese juego de miradas huidizas y coqueteos discretos. Era un sufrir. Siempre vulnerables al rechazo abierto, público. Esas reuniones en las que sacar a una niña a bailar podía convertirse en una victoria ante los ojos de los demás o en comidilla para los amigos.

—¿Te gusta alguien?

—Daniela Santibáñez. Está en segundo.

—Mira, Max, en estos asuntos lo mejor es tratar de apartarla del grupo. Te acercas, le dices quiero decirte algo. Ya a unos pasos la invitas a tomar un helado, un refresco o lo que acostumbren ahora. Así tienes la ventaja de que ella no se siente presionada por las amigas y tú puedes guardarte el rechazo si te dice que no.

## §

Renata sienta a los niños frente al televisor, cierra la puerta de la recámara y revisa la hora. Son las cinco con cuarenta y cinco minutos. Todavía no. Se pasea inquieta por la habitación, la expectación la agita, pregusta el momento. Esa anticipación que le permite imaginar cómo va a ser en esta ocasión. Será un día afortunado. Un par de veces se ha quedado a la espera y la desilusión la entristece, por un lado, pero por otro le da la tranquilidad de no haber hecho nada malo.

Cuando sí se da la ocasión, la recorre un hilillo de emoción que le sube desde el vientre y le explota en la garganta. La hace tartamudear. El timbre del teléfono reverbera, ella lo deja sonar un par de veces, sonríe al escuchar al otro lado de la línea la voz grave del director que le llama a las seis de la tarde. Cada tarde, sin falta. Hay ocasiones en las que no atina a descubrir el motivo de la llamada, simplemente se arremolina en el sillón para disfrutar esas notas que le aceleran el corazón.

El director es un poco más joven que ella. Lo que al inicio es respeto, al paso del tiempo se convierte en cariño, admiración y gratitud. En especial, sentía un agradecimiento desbordado, tal vez desproporcionado. Veía a ese hombre, sacerdote y director, más preocupado por el bien de sus hijos que al propio Fabián. Así lo entendió cuando la encargada de la caja le dijo: "Ayer en junta de revisión para las becas, el padre pidió las solicitudes de tus hijos. Las colocó encima para darles prioridad".

Renata saboreó el comentario como un halago íntimo. Una comunicación unidireccional que ella se guardaba para sí. Había descubierto que le gustaba pasar tiempo con él, conversar de la

Iglesia católica, del papa Juan Pablo II y alguna de sus nuevas encíclicas o de los apostolados que pasaban por problemas. El dinero era un tema para cualquier actividad en el colegio. Así fuera tan solo para colocar un arco con globos en algún día especial para los alumnos, siempre se necesitaban fondos.

El padre la saluda con voz triste.

—¿Qué pasa, padre? —le pregunta ella preocupada.

—Voy a darle una mala noticia, señora Renata. El hermano del profesor Miguel acaba de salir de mi oficina, rece mucho por él.

Renata no dice palabra, espera, porque sabe que basta estar del otro lado del teléfono para que el sacerdote se desahogue con ella.

—El profesor tuvo un accidente y está muy grave en el hospital —dice muy triste el director.

Ella sabe el cariño que él tiene por ese maestro de deportes, una de esas personas que son queridas por todos, un hombre joven, delgado, simpático.

—¿Sabe? —la voz de Renata está cargada de enojo—, a veces no entiendo los planes de Dios.

—A Dios no hay que entenderlo, hay que fiarse de Él.

—¿Como que fiarse, padre?

—Abandonarse, Renata, como un hijo que confía en su padre.

Renata recuerda a su padre y en absoluto le parece una imagen afortunada. La llamada se extiende durante veinte minutos más. Fabián entra a la recámara y ella le hace señal de que no hable, de que salga.

—¿Con quién hablabas? —le pregunta Fabián, arrastrando cada palabra. Su rostro tiene el color de la granada. Se le nota la ira y los celos contenidos que intenta disimular, pero que Renata conoce tanto como conoce cada lunar de su propio cuerpo: el redondo y claro detrás de la pantorrilla derecha; el pequeño bajo la ceja izquierda que tantas miradas de varones ha atraído desde que era adolescente; el del abdomen, cerca del ombligo, con un tono más oscuro y que la avergüenza cuando usa bikini.

—Con el padre.

Solo esas tres palabras bastan para definir la relación entre ellos. El padre es el tercero en el matrimonio. El que dicta y rige gran

parte de sus vidas. El padre que, en la dirección espiritual, recalca la necesidad de ser coherente con las directrices de la Iglesia sobre la anticoncepción.

La figura que no está físicamente, pero que pesa sobre las decisiones que se toman en esa familia. El padre con quien le gusta conversar, que la entiende, que es capaz de ver su interior como ella misma no puede hacerlo. El sacerdote que le comparte sus angustias y preocupaciones sobre su vocación, sobre algún asunto del colegio, sobre su familia, a la que ella conoce y quiere también.

—Al pie de la cruz, como María, señora Renata. Imite sus virtudes, ella es madre y es maestra. Aprenda de ella.

Cuando termina la llamada, Fabián la mira con rencor. Le disgusta que ella pueda interesarse por otra persona, o peor aún, enamorarse.

## 2000

Esa calurosa tarde de mayo, en su oficina del colegio, Renata revisa material para estructurar el curso de formación humana que impartirá al grupo de señoras. Aprovecha que sus hijos están en las academias de futbol para investigar más tiempo, poco más de una hora. Ingresa al sitio web de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes que ya cuenta con artículos importantes y busca alguno sobre el relativismo postmoderno —que tanto aqueja a la Iglesia— y su influencia a través de la literatura.

Su buscador está tan lento que, mientras espera, se pasea por la oficina. Se detiene frente a la imagen de Maciel, obligatoria en todos los salones de la escuela. Si bien ha estado ahí siempre, es la primera vez que la observa. Le parece que tiene una mirada clara y amorosa, el rostro con los labios entreabiertos como si fuera a pronunciar alguna palabra. Tal vez una bendición.

El timbre del teléfono la sobresalta. La recepcionista del colegio le informa que la buscan de su casa. “Es Ángela y llora”, le hace saber.

—¡No quiero hacer la tarea! ¡No me gustan las sumas ni restas, mamá!

—Tienes que hacerla, ya lo sabes. La tarea no es negociable, Ángela —no tiene que mirarla para saber que el llanto de la pequeña se confunde con el agua que gotea de su nariz.

—¡Eres una bruja, mamá!

El golpe del teléfono al colgar emite un sonido que la aturde. Piensa que esa niña la hará batallar más que el resto de sus hermanos.

Abre el archivo del Power Point que ya tiene la introducción y apartados sobre el feminismo, el comunismo y la teología de la liberación como ideologías. Le faltaba completar el curso con los

temas de hedonismo, relativismo y otras corrientes filosóficas de pensamiento.

Mientras pasa las páginas del volumen 599 de los *Cuadernos Hispanoamericanos*, encuentra un artículo de Blas Matamoro titulado "El hipnotizador de Alemania". Lo que lee la inquieta: "La misión providencial de Alemania en el destino de Occidente y la comunidad misteriosa que liga a los miembros de una tribu entre sí y con su caudillo redentor".

Un intenso escalofrío le recorre la espalda y, a partir de ahí, empieza a dudar: ¿Y si la santidad del fundador no fuera como se la recalcan todo el tiempo en el movimiento? ¿Si esos abusos que algunos exlegionarios sostienen resultaran ser verdad? ¿Podrían la congregación y el Movimiento ser una obra de Dios? ¿O son una mera fabricación para otros fines? Recuerda la insistencia de vivir en la castidad, de rechazar la homosexualidad y todo lo relativo a esos temas que, se supone, están buscando acabar con la familia.

Una frase simple que lee un poco más adelante la obliga a indagar más sobre la campaña de propaganda de Goebbels y el método que utilizaron para convencer a toda una sociedad. "Hitler, como el mago del cuento de Thomas Mann, consiguió hipnotizar a todo el mundo..."

Mientras investiga, su asombro crece, recuerda que el fundador había afirmado que la teología de la liberación, el comunismo y el feminismo eran los enemigos de la Iglesia y enemigos que también amenazaban a la familia desde diversos frentes, siempre con el objetivo de destruirlas como instituciones. La teología de la liberación porque promovía y justificaba la defensa de los pobres, incluso con el uso de las armas; el comunismo que negaba toda religión desde el Estado y el feminismo que buscaba sacar a las mujeres de sus hogares, de su rol de esposas y madres para que prefirieran su desarrollo profesional. Así la familia no sería el centro de la sociedad y, al desbaratar a la familia, sería más fácil manipular a los individuos. De manera sutil, como un velo que se desliza, Renata piensa que tal vez ese enemigo común haya sido un pretexto fabricado, un invento para generar mayor cohesión y pertenencia al movimiento. Niega con la cabeza mientras se convence de que no

puede ser cierto, aunque Goebbels sí lo haya hecho de esa manera al crear un enemigo común para unir a los alemanes: ese enemigo eran los judíos.

*Me entristecen los razonamientos en los que Renata se debate, si ella supiera que ya desde Platón se manejaba ese tema del enemigo común, que para Grecia fueron los bárbaros, creo que le produciría cierto asombro, pero es que así es la naturaleza humana. Hermanos contra hermanos. Bien decía Aquiles que los troyanos no eran sus enemigos, que era un conflicto creado por Agamenón, porque los de Troya no se habían llevado ni sus vacas ni sus caballos, ni sus cosechas.*

Renata intenta ahuyentar sus conjeturas; sin embargo, sigue leyendo y descubre, con más pesar que horror, cómo en las escuelas promovían el antisemitismo, nombrando a los judíos como los asesinos de Cristo, puercos que no merecían tener ningún derecho. Comunidades que, poco a poco, pasaron del gueto libre al carcelario, de sus pueblos a los campos de concentración, a los trabajos forzados o al exterminio. Entiende las aulas como el espacio para cultivar y hacer crecer cualquier ideología. Se ve a sí misma revisando los contenidos de la clase de religión que se impartía en preescolar y primaria. Material dirigido a moldear las mentes desde la infancia como había sucedido con ella en el colegio de religiosas donde había estudiado. Desde ese momento, comprende la grave responsabilidad que lleva auestas.

En seguida lee aquellas palabras que narran los últimos días del Führer y de Magda Goebbels en el búnker, la mujer que había aceptado casarse con Joseph Goebbels para estar cerca de Hitler. La mujer del Tercer Reich, como la llamaban, la que aparecía en todos los eventos públicos, quien había formado y cuidaba la imagen de la perfecta familia alemana. Una mujer capaz de asesinar a sus cinco hijas y un hijo para luego suicidarse con su esposo. Ella dejó una nota justificando que no podía concebir que sus hijos vivieran en un mundo donde no existiera el nacionalsocialismo. De inmediato, se

compara con ella, intenta mirarse a sí misma en el acto de introducir una cápsula de cianuro dentro de la boca de Max, apretar su quijada, repetir uno a uno, hasta que los seis han muerto. El pensamiento la horroriza. Lo sacude de su cabeza. ¿Qué le metieron en la cabeza a Magda Goebbels para ser capaz de realizar un acto tan irracional? ¿Qué método utilizaron para adoctrinarla? ¿Cómo logró Hitler engañarla de esa forma tan atroz?

Renata se levanta de la silla y vuelve frente a la fotografía del fundador. Quisiera tenerlo delante para cuestionarlo, para pedirle claridad sobre esas dudas que la asaltan y la confunden en un vaivén de justificaciones. No puede ser cierto, el fundador es un santo, es un santo, grita en su pensamiento. "Hitler es otra cosa. En el Movimiento somos buenos. El nacionalsocialismo y sus atrocidades no tienen justificación. Cristo ya lo dejó claro: "El árbol bueno da frutos buenos". El fundador debe ser bueno y lo demás son puros inventos de los enemigos de la Iglesia, intenta convencerse. Abre una Biblia y se dispone a leer un evangelio cuando Max y Juan Pablo entran como ráfagas.

—¡Mamá, ya acabamos! Rápido, vamos al tae kwon do.

El trayecto al dojo de clase lo realiza ausente, horrorizada de pensar en una madre que puede asesinar a sus propios hijos por una ideología. ¿Qué le inculcaron a esa mujer? ¿Qué palabras incidieron en su pensamiento, en su modo de ver la vida, como para cometer un acto así? ¿Cómo pasa una persona de un pensamiento libre a uno acotado, restringido por las ideas de otros? Recuerda, de pronto, el salón de clases de su infancia, la capilla, el velo sobre la cabeza, los cantos en latín. Todo orientado hacia la experiencia religiosa. Experiencia que acrecentó durante los cursos intensivos que tomó en el Centro de Señoras y que ahora ella imparte.

De pronto, deduce que Hitler era cristiano y que Jesús es judío. Porque para el cristianismo el Jesús de la cruz es judío. Queda perpleja frente a esa idea que nadie le inculca, que brota de sí misma y que enfrenta todo aquello en lo que cree: las tradiciones, el catecismo, los mandamientos, los sacramentos. La confesión. Reflexiona un momento en si debiera ir y confesar esos

pensamientos que van contra las enseñanzas de la Iglesia y que la siguen atormentando.

El judaísmo es el enemigo del nazismo.

El feminismo es el enemigo del catolicismo.

Se propone averiguar más sobre estos temas y busca en las hemerotecas, en revistas de la época. Un artículo sobre el silencio de Pío XII llama su atención. La controversia no es menor. Mientras algunos defienden la falta de información sobre la verdadera situación de los “campos de trabajo” de los nazis, ya que la Iglesia no podía condenar algo que no sabía, además de que el silencio era una forma de proteger a los judíos cuando los escondían y ayudaban a escapar; otros pensaban que el silencio era complicidad. Tendrá que llegar un papa de nombre Francisco para abrir los archivos secretos del Vaticano y despejar la sospecha. Pío XII recibió en 1942 una carta de Lothar Koenig, un jesuita que formaba parte de la resistencia antinazi en Alemania, y estaba dirigida al secretario personal del papa en el Vaticano, el padre Robert Leiber, en la que se le informa que los campos de trabajo en Belzec, Auschwitz y Dachau eran en realidad campos de exterminio. Su reacción había sido un discurso navideño en el que condenaba de manera general los crímenes por razones de etnia.

Conforme Renata averigua sobre el Holocausto, esa imagen que se ha clavado en su mente vuelve una y otra vez. Es el primer día de mayo de mil novecientos cuarenta y cinco. Magda se inclina sobre su hija Helga, de doce años. Es la mayor. Para este rito, conviene mejor empezar por la más grande, la que podría oponerse, la que ya sospecha que les han mentado, que las explosiones de los tanques no son truenos de tormenta. Si hay tormenta, ¿por qué no llueve? Preguntas sutiles, suaves como su voz.

Magda sabe que Helga podría rebelarse a ese acto de amor que no puede entender, porque solo es posible hacerlo para una madre. Una como ella, la primera dama del Tercer Reich, la mujer que todos en Alemania idolatran. Ese amor no puede entenderlo cualquiera. Es un acto que los preserva de un futuro imposible de imaginar, uno en el que el nacionalsocialismo no es la estructura fundamental de la sociedad aria. Una época que, para ellos, sería catastrófica. Serían

señalados por un mundo estúpido, incapaz de ver la grandeza de Hitler, de su amado Fürher.

No. Definitivamente el mundo sería inhabitable para sus pequeños. Magda se inclina y besa la frente de esa joven de ojos claros que le devuelve una sonrisa parca. Repite el rito con cada uno de sus hijos. Hildegard, Helmut, Hedwig, Holdine y, finalmente, la pequeña Heidrun, de apenas cuatro años. La única nacida durante la guerra.

El doctor aplica una inyección de morfina a cada uno y, cuando están aletargados, es ella, Magda, la que coloca una cápsula de vidrio con cianuro dentro de sus bocas y aprieta sus mandíbulas hasta quebrarlas. No duda siquiera cuando le toca el turno a la más pequeña.

Renata trata de adentrarse en los pensamientos de aquella madre. Intenta entender el laberinto que debe haber sido su interior. Ambas tienen seis hijos, Magda cinco hombres y una mujer, mientras que ella cinco varones y una niña. Se coloca en su lugar, se mira a sí misma apretando la mandíbula de cada uno de sus hijos y no soporta la idea. ¿Por qué no permitió que se los llevaran? Tuvo varios ofrecimientos para sacarlos de ahí. Albert Speer, el arquitecto cercano a Hitler, fue uno de ellos.

¿Eran convicciones o consecuencias de un modo de pensar? ¿Cómo se forma una convicción así?

Renata toma un momento para averiguar más sobre esa mujer. Hay incógnitas que deben ser contestadas porque no dejan en paz. Así le sucede, por lo que, sin esperar más, abre la computadora y teclea Magda Goebbels en el buscador de Google. El servidor desgrana los resultados de la búsqueda. Da clic en el que está arriba de todos. Lee la historia con avidez y se fascina. Descubre con asombro que su padre biológico había sido un hombre judío que embarazó a su empleada doméstica. La madre internó a Johana María Magdalena Ritschel en una escuela católica.

Encuentra también que, a los veinte años, se casó con el empresario Günther Quandt, de quien tuvo a su hijo Harald. Cansada de la rigidez de la ultraderecha conservadora, encontró en Chaim Vitaly Arlosoroff, un joven estudiante ruso de origen judío, el

escape a la vida aburrida que la ahogaba. El asombro de Renata se convirtió en incredulidad al enterarse de que esta mujer, en su juventud, había apoyado el sionismo.

Catolicismo, sionismo, nacionalsocialismo. ¿Sería que Magda Goebbels fue una mujer necesitada de pertenencia? La pregunta se desliza como una hoja que cae silenciosa hasta descansar en la quietud del suelo.

Existe una joven que se enamora de un empresario.

Existe una mujer que se convierte en la amante de un artista judío que apoya el sionismo.

Existe una joven de padre judío que se enamora del nacionalsocialismo.

Existe una mujer que piensa: "Es mejor que mis hijos mueran a que vivan en la vergüenza y el oprobio. Nuestros hijos no tienen lugar en una Alemania como la que habrá después de la guerra".

A veces, Renata también piensa en el futuro de sus hijos. ¿Será que estos niños por los que lucha tendrán un lugar en México? ¿Valdrá la pena luchar por ellos?

A su mente viene ahora la imagen de María, en ese silencio propuesto por el padre Larrañaga. Dos mujeres en orillas opuestas de un precipicio sin puente. Y ella se siente entre las dos. Lee de nuevo la carta que Magda dejó a su hijo Harald antes de cometer ese acto impregnado de irracionalidad.

## 2001

Aquella mañana del once de septiembre, Renata ve las noticias en el televisor. Las Torres Gemelas vomitan densas columnas de humo. Primero comentan que un avión privado se estrelló contra la estructura, pero después dicen que no, que fue un avión comercial. Dos aviones se han estrellado y, tiempo después, se desploman cubriendo con escombros y polvo a una incrédula ciudad de Nueva York. Nadie entiende lo que sucede, pero el golpe a la soberbia de ese país es tan estrepitoso como puede serlo una avalancha de agua o de nieve. Quien lo ha vivido lo sabe.

¡Es un ataque al World Trade Center! ¡Fueron misiles! Ve imágenes de horrorizadas personas lanzándose al vacío, el mundo entero observando aquello. Cuando el terror atrapa las mentes y voluntades de las personas, se convierte en una especie de virus que se contagia. Los pensamientos forman una cadena que acerca la cordura, la encapsula y le impide razonar. Inferencias arbitrarias que obligan a sacar conclusiones sin pruebas suficientes. Pensamientos que sacuden a Renata, a su familia y a todo el orbe. La histeria es la hija más delicada del terror, piensa con sarcasmo.

Al pasar de los días, las noticias se multiplican. Se informa sobre el rescate, se crean escenarios, surgen teorías conspirativas. Los testimonios llenan los canales de televisión y las redes sociales y, de entre toda esa maraña, se distingue la punta de un hilo llamado coraje, rencor y odio a todo lo que parezca o tenga relación con el islam.

Renata escucha el caso de una consagrada conocida que, desde el celular, se mantuvo en contacto con sus papás hasta que la llamada finalmente se cortó. Las flores que cubren las aceras del cerco de la zona cero no son suficientes para paliar el odio.

Renata los odia también por asesinos.

Dicen que fue Al Qaeda, dicen que fue el mismo Gobierno de Estados Unidos, dicen que en las torres no había judíos, dicen tantas cosas que Renata decide investigar. Le disgusta no entender, pero más que todo desea averiguar cómo fue posible que los hombres que pilotaron los aviones hubieran cometido un acto tan inhumano. ¿Por qué un ataque a civiles? ¿Por qué ese ataque y no otro? ¿Qué les ofrecieron? ¿Dinero? ¿Beneficio para sus familias? ¿O quizá los obligaron? ¿Qué motivo los impulsó a mirar de frente un edificio, ver a través de la ventana a las personas que iban a impactar y, aun así, seguir pilotando el avión? ¿Cómo endurecen el alma de esos hombres que no fueron capaces de pensar, tampoco, en los pasajeros? ¿O sí lo pensaron? Demasiadas preguntas para responder.

Renata busca y lo primero que entiende es que el islam no es equivalente a terrorismo. Entre las víctimas hubo muchos musulmanes, también católicos y judíos, personas de ochenta países distintos. Un nombre se relaciona con los ataques: Osama bin Laden. Diecinueve terroristas, distribuidos en cuatro aviones, siguieron sus órdenes para atacar a la población civil de las Torres Gemelas, el Pentágono y un cuarto avión cerca de Pensilvania, que no llegó a su objetivo pero que también se estrelló cuando los pasajeros quisieron quitar el control a los terroristas. Diecinueve. El número ronda su cabeza. ¿Qué significado tiene? Son como los doce apóstoles, que representan a las doce tribus de Israel. ¿Hay algún diecinueve que tenga relación con la religión islámica, con los atentados?

En la televisión, el presidente George Bush comparte un mensaje para el que tenga oídos para oír: “Como saben todos ustedes, nuestra nación está en guerra en este momento. Vamos a defender a los Estados Unidos y defender los valores que apreciamos. Y nuestra nación está unida en la defensa de nuestro país. No estamos en una guerra contra los musulmanes. No tenemos ninguna queja de los musulmanes. Queremos ser amigos de los musulmanes y de los niños musulmanes”.

Entonces, si no es enseñanza de la religión islámica, qué es lo que aprendieron estos hombres, se pregunta. ¿De dónde vienen?

Tras horas de investigación, por fin lo entiende. Los que practican el islam son musulmanes. El islamismo es un movimiento político que busca adaptar los principios del islam a todos los ámbitos de la vida pública. Así, mientras que el término "islámico" remite al mundo musulmán, "islamista" se refiere a la corriente ideológica del islam político. Y luego está el "takfirismo", que ese sí es el grupo que recurre al terrorismo para alcanzar sus fines. Se le conoce como yihadismo, pero no está bien decirlo así, porque una yihad es un principio del islam que define la voluntad ética y religiosa de los musulmanes para buscar el bien y alejarse del mal, es una lucha personal interior, tal cual lo hacen los católicos y cualquier otro grupo religioso.

Es un principio universal que nos invita a no confundir fe con fanatismo ni religión con violencia. Pero ¿qué significa en términos prácticos el takfirismo y cómo opera? ¿Cómo convencen a un joven de adherirse a su organización? y, sobre todo, ¿cómo convierten la yihad en terrorismo?

Descubre un documento que ilustra muy bien el proceso por el que se forman los terroristas. Es el trabajo de fin de grado, doble grado en Criminología y Trabajo Social, de María García-Calvo Conde, publicado para la Universidad Pontificia de Comillas. Es un documento muy interesante e importante que la afectará de diversas formas.

Durante la noche, Renata no duerme. Encontró muchas semejanzas con lo que ha vivido en el Regnum Christi.

En el documento que encontró, la autora se pregunta: "¿Cuáles son las motivaciones que llevan a estos sujetos (normales) a pasar por un proceso de radicalización violenta para unirse a un grupo terrorista?". Responde con el modelo de las 3N, establecido por Webber y Kruglanski.

Lo primero son las necesidades o motivación del individuo. Uno podría pensar que es la venganza, el deseo de humillar al poderoso o el dinero, pero no. La motivación que destaca es la búsqueda de significado, esa necesidad de sentirse importantes para sí mismos y para los demás, es una especie de darle sentido a la vida. Recuerda aquella tarde cuando se sintió así, vacía, sin propósito. Ese día en

que se cuestionó a sí misma por qué ser esposa y madre no era suficiente. Ella supo que necesitaba aspirar a algo más, lograr algo más grande que ella, por eso la actividad apostólica la llenaba tanto, porque le daba significación.

Renata lee que las narrativas ideológicas de la cultura del individuo son el segundo punto del modelo, y son descritas como la importancia que tiene la ideología a la hora de elegir los medios y los objetivos para obtener el significado propio o grupal. En el caso de los terroristas, la ideología defiende el uso de la violencia y el terror para alcanzar los objetivos sagrados que tienen como colectivo.

“Estos objetivos son sagrados”, se lo han repetido a ella también para definir el Regnum Christi: “Un movimiento eclesial de apostolado que busca hacer presente el Reino de Cristo por la santificación de sus miembros en el estado de vida que Dios los ha llamado, y por una acción apostólica que lleve a todos los hombres a encontrar en Cristo la salvación”. Lo sabe de memoria.

En su mente, se confunde esta sacralidad de los objetivos del grupo terrorista y los del movimiento al que ella pertenece. Ella se percibe como una célula y al terrorista también. Ella forma parte de un equipo y de un grupo y de una sección. El terrorista está inmerso en un grupo. No puede evitar la comparación. La enorme diferencia está en que a ella no la han enviado a matar gente, sino a salvarla.

Decía la autora en su trabajo que la interacción entre la presión grupal y la influencia social que ocurre dentro de la red social del individuo es el tercero de los puntos de la metodología de adoctrinamiento. A Renata eso le pareció como un golpe directo en la cara. Se vio a sí misma con todas las dudas que tenía, con ese continuo agobio por ser una madre diligente, maquillada en todo momento y sin un cabello fuera de su lugar, con un comportamiento del que sus seis hijos se sintieran orgullosos. Todavía tenía fresco ese evangelio de Juan, el de los discípulos elevados a la categoría de amigos. Y esa idea de que ella era alguien especial.

Recuerda la invitación a pertenecer al segundo grado. La emoción que sintió fue tan real; en verdad creyó que ella era alguien especial, alguien a quien Dios había mirado con particular amor y que no le quedaba otro remedio más que responder entregando su

vida, sus haberes, su tiempo. El tiempo que le pertenecía a su familia, el tiempo que también se debía a ella. Todo.

Sigue leyendo, ávida de entender, molesta por hacer esas comparaciones que le parecían un avasallamiento total a la persona, a los fundamentalistas, a ella, a sus compañeras en el Centro.

Primero: Islam Fundamental (movimiento espiritual brotado de la decisiva experiencia de Dios realizada por Mahoma y conservada, como un rescoldo vivo, en los mejores de sus seguidores).

Segundo: Islam Fundamentalista (es el mismo movimiento espiritual convertido en estructura de poder, sobre todo porque elaboró una peculiar manera de concebir la inspiración verbal de la Escritura, tenida por revelada, y confeccionó una doctrina que le hace estar convencido de que no solo el contenido, sino hasta la última letra, es de origen divino, con lo que el Corán se convierte en una especie de ley que regula la vida en todos sus detalles).

Tercero: Fundamentalismo Islámico (surge cuando esa religión petrificada por la lectura objetiva del Corán y vencida por el poder se convierte en una ideología que empujará a sus seguidores al establecimiento de un sistema sociopolítico cuya única y principal función será la aplicación y defensa, al pie de la letra, de la *sharí'a* o ley islámica, y luchará por todos los medios, incluidos los violentos, por el advenimiento del reino de esa ley, cambiando el código genético del Islam Fundamental de espiritual a temporal. Es la tentación constantiniana de la que no escapa ninguna religión).

Renata apaga la computadora. Al día siguiente, tendrá su reunión semanal y duda de querer asistir.

## §

Renata es la primera en llegar. Besa la Biblia y musita: "Señor, aumenta mi fe". Las palabras brotan de su boca, pero no de su corazón. Antes las recitaba con fruición, convencida de estar invocando a ese Dios que le han ido enseñando desde que entró el primer día. ¿Qué son las palabras cuando no poseen el significado que deben?, piensa desanimada. Es inevitable que surja el tema de los atentados, de las muertes, de los testimonios y de los conocidos

o conocidos de conocidos que estaban ahí. Inicia la oración para la meditación y una de las señoras lee en voz alta:

Jesús, hoy quiero adorarte y bendecirte.

Tú eres lo mejor que tengo en mi vida.

Gracias, por ser tal y como eres.

Eres maravilloso, Jesús,

¿quién puede compararse a Ti?

Me has amado hasta el extremo,  
me has amado como nadie podrá jamás hacerlo.

No merezco tanto amor...

No lo merezco, pero lo necesito.

No me abandones jamás.

Te amo y te agradezco todo el amor que me tienes.

Te suplico que en este momento de encuentro personal contigo me des la gracia de experimentar un poco más el inmenso amor que me tienes, de tal manera que no pueda sino amarte más y ser un reflejo de tu amor para los que me rodean.

Como hecho a propósito, el evangelio que meditan es el de Mateo 7, 15-20. “Cuidado con los falsos profetas. Se acercan a ustedes disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conocerán. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los cardos? Todo árbol bueno da frutos buenos y el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos y un árbol malo no puede producir frutos buenos. Todo árbol que no produce frutos buenos es cortado y arrojado al fuego. Así que por sus frutos los conocerán”.

Una señora toma la palabra.

—Debemos dar gracias a Dios porque nosotros estamos en la fe verdadera. Agradezcamos todo lo que hemos recibido aquí y no como esos pobres musulmanes que fueron capaces de cometer esa masacre —dice la coordinadora del grupo.

—Es que somos privilegiadas por tener todo este amor que Dios nos da, por todo lo que nos enseñan aquí —agrega una señora.

—Tenemos que agradecer también por Nuestro Padre y porque lo eligió para inspirarle este Movimiento que tanto bien hace a la gente.

Renata no aporta, guarda silencio mientras escucha a las demás, pero en su interior una gran duda se ha sembrado. ¿Cuáles son las necesidades que ella tiene? ¿Cuáles son las motivaciones que la han hecho ser parte de este grupo?

Reconoce que ahí se sintió como parte de una familia, la que ella no tenía. También, que ha visto a un padre en la figura del fundador. Tanto se ha hablado de él. Un hombre atacado y calumniado, que es un santo, dicen las señoras, los padres y las consagradas, y ella todavía lo cree. Son tantas las muestras que Dios ha dado de preferirlo. Esas historias que les han narrado sobre la fundación, a inicios de 1941, contra las acciones del demonio, que deseaba impedirla a toda costa, y esa frase tan acuñada que les repiten una y otra vez: porque han de saber que, aun dentro de la iglesia, el demonio no descansa. Sin embargo, finalmente la fundación pudo llevarse a cabo, porque Dios así lo quiso.

Es voluntad de Dios.

Deseo de Alá.

El Führer lo quiere.

Magda Goebbels, los yihadistas, ella. Los pensamientos recurren y la sacan de donde está. Tendrá que hablar de este tema en su siguiente dirección espiritual.

¿Tendrán orientadores también los de la yihad?

## 2002

Mientras Renata se debate entre sus creencias religiosas, en otro lugar del Distrito Federal, Rebeca y Gaya, dos jóvenes hermanas, exalumnas de uno de los colegios legionarios de la ciudad, asisten a un desayuno en un restaurante sobre la avenida Masaryk. Ese día, Nancy Salzman, la prefecta, como la nombraban, se presenta para hablarles de una comunidad que busca empoderar a las mujeres y responder preguntas importantes sobre lo que significaba ser humano. Les dice con toda parsimonia que forma parte de una organización joven fundada en Estados Unidos y dirigida por Keith Raniere.

*El gancho, porque siempre en toda la historia que involucra a mujeres debe haber alguno, desde el rapto de Europa por Zeus, o el de Perséfone o el de las Sabinas, hasta llegar a este grupo femenino que sucumbe al hecho de que hijos de expresidentes y grandes hombres y mujeres de negocios forman parte de esa agrupación selecta y que estaba ahí porque amigos cercanos suyos habían elegido sus nombres para ser invitadas a NXIVM.*

Beca y Gaya habían crecido en un ambiente donde nada les faltaba y nada que les apeteciera era inalcanzable. Dos jóvenes apenas salidas de la adolescencia a las que la invitación las sacaba del tedio habitual, de un ambiente solitario donde sus padres siempre estaban ocupados en negocios y en sus compromisos sociales, y que preferían enviarlas a internados en Suiza que hacerse cargo de lidiar con sus exabruptos de caprichosas adolescentes. Siempre, siempre les dijeron que era para mejorar su educación, pero la verdad para ellas se sentía como si fueran un engorro y mejor estar allá lejos.

—Sobre todo, es importante para nosotras las mujeres —dijo la prefecta en tono convencido—. ¿A qué mujer no le atrae la idea de empoderarse? Cuanto más si ha crecido en un ambiente que la minimiza o borra por completo.

Para las hermanas, el incentivo era tan fuerte como la botella con el letrero “bébeme” que encontró Alicia en la madriguera del conejo. Bebieron y se adentraron en el universo de NXIVM.

—¿No es mucho siete mil dólares por un curso, Gaya? —la mirada de Rebeca oscilaba entre la burla y la preocupación real.

—Tal vez, pero lo valemos, hermanita.

Esa mañana les dicen lo que desean escuchar y ellas alargan el oído como quien no quiere la cosa, pero se prestan a oír esas palabras, así fueran mentiras repetidas hasta convertirlas en verdad o porque tenían un hueco en el pecho que llenar. Quizá les carcomía el deseo de pertenecer y ser reconocidas, o cualquier otra de esas necesidades que tienen en común y para las que, de alguna manera, buscan una recompensa, aunque fuera la recompensa de Alicia en el País de las Maravillas: una que las haga crecer o, tal vez, encoger.

Nancy dice que el seminario se impartirá en un edificio en Albany, Nueva York, por lo que el primer paso es encontrar una excusa para convencer a sus padres de asistir al curso. No es difícil, les basta decir que en él participan grandes personalidades como actrices, hijos de expresidentes, de empresarios y magnates. Si ellos estaban ahí, mucho de bueno debería de tener ese nuevo curso.

—¿Y cómo es Keith? —Quiere saber Beca.

—Es el más inteligente de los hombres. Tiene un IQ altísimo, también es el más honorable y exigente en el momento de hacernos crecer. Espera lo mejor de cada uno —dijo la prefecta.

Ese tono entre admiración y veneración le recordó a Gaya la manera de referirse de los padres y consagradas cuando hablaban del padre Maciel en el colegio. Pensó que quizá Raniere sería igual de santo.

Las hermanas ansiaron conocer y ser notadas por Keith Raniere.

Hay quienes pueden pensar que tener dinero y posición social, en automático, crea un bienestar mental y psicológico, pero esa afirmación está lejos de la realidad.

Esa mañana, el director llama a Renata a su oficina. A ella le parece extraño, ya que es un jueves. Como siempre, se sienta en el sillón cercano a la ventana. Nota que el sacerdote tiene el semblante serio cuando le informa, sin más, que será trasladado a una comunidad en Venezuela. Renata se congela con la noticia. Sabe que así son las cosas en la Legión, es parte del voto de obediencia, pero a ella se le viene el mundo encima. ¡Son seis años de trato diario! Lo conoce tanto o más que a su marido, porque con el padre siempre pudo dialogar en ese intercambio que a ella le encanta.

*Como nos sucede a todas las que hemos hecho de la palabra casi un motivo de vida, sin importar si pertenecemos al mundo mítico, antiguo o moderno. La mujer —o el ser femenino— dialoga con quien tenga a la mano y la quiera escuchar; comunica sentimientos, enojos, espantos y asombros; expresa acuerdos y desacuerdos. Sabe que lo extrañará, ya lo extraña desde ese momento de la triste noticia.*

—¿Cuándo se va, padre?

—Pasado mañana dejaré el colegio. El padre Scott O'Connor me va a sustituir. Ya está aquí y tomará la dirección del colegio la semana entrante.

—¿Tan pronto?! ¿No le haremos alguna despedida o algo?

—Usted conoce los criterios: sin grandes despedidas.

—Al menos vaya a casa a cenar con mi familia.

—Muy bien, mañana en la noche paso por ahí.

Renata sabe que en el Movimiento se evitan los apegos, ella ha visto pasar distintos directores por la sección de señoras, capellanes en el colegio, pero en este caso su corazón libra una lucha que nunca imaginó. Hurga dentro de ese lugar que alberga sus sentimientos y se da cuenta de que, además de la gratitud y la admiración, hay cierto amor y no del tipo que debería sentir por un hombre consagrado a Dios. Está enamorada del hombre bajo la sotana y no lo quiere lejos. Lo quiere ahí para ella, al alcance de una

llamada a las seis de la tarde, a la distancia de unos pasos entre los pasillos del colegio y al placer de esos encuentros por trabajo o en la convivencia familiar.

Cuando Renata sale de la oficina del director y se dirige a la capilla, la humedad llena sus ojos, los rostros que encuentra en el camino se vuelven borrosos. Se arrodilla en la primera banca, muy cerca del altar y del crucifijo que siempre atestigua con paciencia las cuitas de los que se le acercan. No dice nada, no le reclama en esta ocasión. Más bien suplica que lo cuide en su nuevo destino.

A la mañana siguiente, llama al colegio y avisa que no irá. Argumenta que se siente mal por algo que comió. Es la primera vez que falta en los seis años que tiene ahí. El pesar es más fuerte y no logra sacudirlo. Lloro a ratos sin entender el motivo. Así transcurren las siguientes semanas en las que atraviesa también por el enojo. Se irrita con sus hijos, no quiere ver a nadie. En el fondo está enojada porque le quitaron al único hombre que creyó en sus capacidades y la impulsó a organizar grandes eventos, el único que confió en su potencial y alcance, tanto que le asignó funciones directivas. El que la retó a mayores metas y todas las consiguió. Pasan varias semanas hasta que asume que ese gran hombre, sacerdote fiel a su ministerio, quedó fuera de su vida.

Renata no termina de amoldarse al nuevo director venido de Irlanda, con un acento curioso y un modo de trabajar con el que ella siempre está en desacuerdo. El nuevo es rubio, el anterior moreno. El recién llegado es hosco y el otro toda dulzura. Las constantes comparaciones y los lamentos por los seis años de cercanía con el director anterior la hacen querer dejar la institución.

Fabián está en la sala de televisión cuando ella llega a casa al terminar unas charlas con padres de familia sobre educación sexual. Aunque ella no las imparte, coordina la actividad, pasa registro de asistencia, recibe a la doctora que dará la charla, convive con los asistentes y es la última en irse.

—Voy a renunciar.

Fabián la mira sin comprender.

—Ya estoy cansada. Estoy muy cansada, agotada. Además, quiero tener más tiempo para ir al Centro de Señoras. He

descuidado mucho mi vida en el movimiento los últimos años.

—Como tú veas. Tú sabrás.

Tras la distracción, Fabián vuelve al centro de la pantalla.

—¿Ya viste esta película? Es la nueva de Cameron Díaz.



Aquel día, Renata llega temprano al Centro de Señoras y, gracias a eso, encuentra lugar para estacionarse en la entrada. Besa la Biblia que está en el vestíbulo y recita con fervor: “Señor, aumenta mi fe”. La recibe el silencio que pronto se verá incordiado por las voces de las señoras, pero a esa hora todavía no. Pasa a la capilla y se sienta en la última banca. No reza, tampoco lee la Biblia que descansa sobre el regazo. Solo mira el crucifijo. Se pierde en ese cuerpo clavado, muerto y que, sin embargo, percibe vivo.

Se lo han repetido tantas veces: “Murió por ti, por tus pecados”. La estremece la idea de que cualquiera pueda morir por ella, pero que lo haga todo un Dios, la rebasa. Sabe que ese concepto de amor extremo es el fundamento del cristianismo, pero ella no puede conciliar muchas de esas ideas.

La fe y la razón entran en conflicto y ella se vence, doblega sus pensamientos para adherirse a lo que no entiende, pero que enardece sus emociones. Medita un momento y comprende que los botones que oprime para sujetar la razón son precisamente las emociones. “Si Jesús murió por ti, tú debes hacer lo mismo”, le han dicho. Morir por tus semejantes. No como una muerte física, sino una que hace frente a tu egoísmo, a las veleidades, al pecado, a todo eso que te aleja de la imagen perfecta de Dios, que te creó a su semejanza.

Se abre la puerta de la capilla y entra una señora algunos años más grande que ella, y cruza el pasillo hasta la primera banca. Camina despacio, con actitud de mucho recogimiento. A veces le parece exagerado ese modo de andar con la cabeza baja, las manos juntas y los hombros echados hacia adelante que algunas de las señoras acostumbran, sobre todo después de recibir la comunión, como si sostuvieran algo extremadamente frágil.

Lo curioso es que ese modo es femenino. Nunca ha visto a un sacerdote con esa actitud. Solo señoras y consagradas que se esparcen esas formas como si fuese algo contagioso.

Como parte del Encuentro con Cristo, al final se revisa un caso de vida, alguna situación que haya hecho reflexionar de manera especial y que puede ser vista a los ojos de Dios.

—Ayer vi a una mamá en el supermercado jaloneando a su niño, de unos cuatro años, con mucha agresión —comenta una de las señoras—. Se le veía desesperada, en verdad frustrada y a punto de llorar, por lo que me acerqué a tratar de calmarla y para que dejara de lastimar al niño, que lloraba a grito partido. La señora me miró como si volviera a la realidad, como si hubiese estado en otro lado y apenas tomara conciencia de lo que hacía. Yo les confieso que, muchas veces, he perdido la paciencia con los chamacos y que alguna vez les metí un pellizco o les di una nalgada bien dada, pero lo que tenía ella era distinto.

—Y luego, ¿qué hiciste? —quiso saber otra de las señoras más jóvenes del grupo que con frecuencia perdía la paciencia con sus propios hijos y la culpa la agobiaba de continuo. No lo dijo, pero pensó que ella se moriría de la vergüenza si alguien la viera cuando maltrataba a sus hijos.

—Saqué un carrito que traía en la bolsa, siempre traigo algunos juguetitos justo para distraer a los míos cuando se enclochan.

—¿Cuándo qué? —preguntó alguna.

—¡Ash! Cuando les da por hacer berrinche.

—Déjala seguir —intervino una de ellas a la que le era difícil tolerar cuando todas interrumpían, y la que exponía el caso se quedaba a medio camino porque no había forma de meter orden.

—Bueno, pues le di el carrito al niño y se calmó con la distracción, pero la mamá, que estaba a punto de estallar en una crisis de nervios, me abrazó llorando. Yo no hice nada más que quedarme ahí y dejarla estar, pero fue algo bizarro. A mitad de uno de los pasillos del super dos mujeres abrazadas, y una de ellas llorando a mares. “Ya no quiero ser mamá”, me dijo de pronto al oído, “no es como yo pensaba. En verdad hay días en que ya no puedo”. “Te entiendo” atiné a decirle, “yo también he pasado por

todas las frustraciones habidas y por haber, solo que no lo digo. Porque ahora me doy cuenta de que ninguna lo hacemos". Al final, la señora me abrazó unos minutos y se fue más tranquila; sin embargo, a mí me dejó llena de dudas. Me parece que la maternidad ha sido romantizada y por eso viene el desencanto cuando no es como se ha imaginado.

Todas asienten en silencio.

—Yo no digo muchas de las cosas que a veces me pasan en casa, porque no quiero ser juzgada como una madre maltratadora, pero me hacen ver mi suerte todo el tiempo. Son demandantes y no puedo hacer nada de lo que me gusta porque siempre tengo que cuidarlos —confesó apenada otra mujer.

—Y no se diga la batalla para que hagan la tarea, estudien para los exámenes, tiendan su cama o cualquier responsabilidad que les pidas cumplir.

—El trabajo en casa es mucho más pesado que el de oficina, pero nos venden imágenes de mujeres panzonas con bebés en brazos y caras de felicidad —agregó una más.

—Pues a mí me parece que ustedes exageran. Ser madre debe ser la mayor aspiración de cualquier mujer. Mis dos hijos no me dan nada de guerra y yo estoy feliz.

—Pues cómo te la van a dar si tienes dos nanas, chofer, maestra de planta y un ejército de ayuda en tu casa. Así cualquiera.

Renata las escucha con el asombro de quien se siente a años luz de distancia. Para ella todo es una carga, desde levantarlos, ver que se vistan, llevarlos al fútbol, las peleas y los berrinches, hasta la lucha para bañarlos y luego la lucha para sacarlos del agua. Las interminables tareas desde preescolar hasta secundaria que aún debe supervisar porque con tantos es muy fácil que los grandes evadan la responsabilidad y luego vienen las malas calificaciones y los exámenes reprobados, más los pleitos con el que recién entró a la universidad por los horarios de salida y de llegada. Todo es lucha, esfuerzo, cansancio. Pero recuerda esas palabras escritas en la entrada del Centro: "La mujer del Reino se reserva el Cielo para descansar" y asume que en ella no debe caber la fatiga, la apatía, ni el desaliento. Hay que soportarlo todo, amarlo todo y con buena

cara. Como María, siempre al pie de la cruz, aunque eso signifique su aniquilamiento.

La vida es un hastío tal que aniquila, piensa Renata.

Marcela, una de las compañeras que al paso de los años se ha convertido en una amiga entrañable para Renata, llega al final del encuentro. Los ojos abotagados y el rostro sin maquillaje la alarman apenas la ve llegar al salón. Ella no dice ni una palabra, no aporta ninguna opinión, solo escucha hablar a sus compañeras y lo que oye le parece superfluo, sin importancia. ¿Qué importan las vidas de otros cuando lo que está en juego es la propia? Se pregunta en silencio.

—¿Qué pasa, Marce?

—Ahora te digo, dame un segundo.

Cuando se quedan solas en el salón, Marcela señala una zona de su mama derecha.

—Hace un mes sentí un bulto aquí, cerquita del pezón —le empieza a contar a Renata—. Traía algo de dolor, así que pedí cita con el ginecólogo. Él me mandó a mamografía y a ultrasonido. La imagen no les gustó, por lo que me hicieron una biopsia. Fueron días tremendos, amiga, sobre todo la espera del resultado. Creo que ha sido la peor semana de mi vida.

Renata no tuvo que preguntar, el cáncer se le lee en el rostro. Cáncer. Relacionar esa temida palabra con Marcela la aturde por un momento. Nunca alguien tan querido le había dado una noticia así. No sabe cómo reaccionar.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Solo Raúl sabía y no tenía caso preocupar a la gente. La verdad, pensé que no iba a ser nada. El doctor me había dicho que había un veinte por ciento de probabilidad de que fuera algo malo y en eso me confié. “No va a ser nada”, me repetía cada cinco minutos. Pero sí fue.

Los ojos se le anegan, pero no derrama ni una lágrima frente a ella.

—¿Y qué sigue ahora?

—El doctor dijo que me van a dar quimioterapia y radiación para hacerlo chiquito. Si todo va bien, luego me lo quitan. ¡Maldito

cáncer! Nunca me imaginé que habría de darme a mí. A la vecina, a la prima, a cualquier otra menos a mí. ¿Por qué? Tengo tanta rabia todavía y tanto miedo, Renata.

—Hay que confiar en que todo saldrá bien —Renata no cree del todo estas palabras porque tal vez la voluntad de Dios sea otra, sin embargo, continúa—; necesitas agarrarte de Dios y no soltarte. Tú has visto cómo algunas señoras del Centro han sufrido o están sufriendo enfermedades y las sobrellevan con mucha valentía. Con una entereza que solo puede venir de Dios. Para el hombre, la enfermedad no tiene sentido, solo visto desde Dios puede tener un valor de redención. Ofrece cada día tus preocupaciones y pídele a la Santísima Virgen que no te suelte de su mano.

Cuando Renata termina de hablar con Marcela se va a la capilla y ahí, delante del Cristo crucificado, se arrodilla y llora las lágrimas que no dejó salir frente a su amiga: “Mándame a mí los dolores que quieras, Señor, pero aligéraselo a ella”. La confianza que tiene en el Dios del Sagrario es fuerte, siente que no la va a defraudar: “A cualquiera, Dios mío, pero no a Marce. Tú todo lo puedes. Por favor”.

## 2004

Están en un restaurante en Polanco durante el festejo de cumpleaños de una de sus hermanas cuando reciben la llamada. Su papá está internado en cuidados intensivos del hospital, tiene ochenta y dos años. De camino a la oficina se sintió mal y le pidió al chofer que lo llevara a urgencias.

—Espérame aquí, no tardo —le dijo.

Renata corre al hospital. Cuando pasa al cubículo donde lo están atendiendo, le aflora ese miedo que la domina cada vez que tiene que estar a solas con él. Su padre gesticula en el aire, parece que gira la cerradura de la caja fuerte.

—Hola, papá —Renata busca la mirada de su padre que vaga por la habitación sin detenerse en ningún lugar.

—Los documentos, Renata —su conciencia ronda entre la realidad y un mundo diverso, en un lugar que no es el hospital; cree que está de vacaciones—. Pregúntale a tus hermanas si ya pagaron el hotel, si todos tienen cuartos.

La respuesta la deja anonadada, ¿de qué habla su padre, cuál hotel? Pronto entiende que él ha perdido la cordura. En su alucinación, cree estar en otro lugar, uno más plácido.

—Sí, papá, yo les pregunto.

—Les dejaré el negocio del hule a ti y a tus hermanas. Que lo dirija el administrador.

—Está bien, papá.

Su papá extiende un brazo, como si quisiera tocar a alguien.

—Martha, Martha —es su hermana muerta a quien llama.

Es la primera vez que Renata ve a su padre así de vulnerable. Pasan diez días en los que su condición se deteriora día a día.

—Deberíamos traer a uno de los padres —sugiere una de sus hermanas.

—¿Para qué? No se va a confesar y ni pensar en los santos óleos. Ahí sí que lo correría a patadas —en el fondo Renata lo quería castigar. No merecía un arrepentimiento final cuando toda su vida había sido anticlerical, irreligioso, abusivo, horrendo. No. Que se vaya al Infierno, pensaba, que se pudra ahí toda la eternidad.

Con todo y su oposición, le trajeron a un sacerdote conocido. Estuvo largo rato con él. Al salir, dijo que se había quebrado cuando habló de Pepe, el hijo menor, el que había muerto hacía cuatro años. Pepe había recibido el mayor peso del alcoholismo de su padre y no pudo soportarlo. Murió de mal querer antes de cumplir cuarenta años. No fue un suicidio, fue dejarse abatir por la vida con tres cajetillas de cigarros al día, mala comida, mala condición física, sobrepeso y el alcohol como evasión a una vida que le exigió más de lo que pudo dar.

Para Renata, Pepe era como algo sagrado, era su hermano menor. Se veían una o dos veces por semana. Compartían noches de cine y carnes asadas el fin de semana. Renata lo protegió de la violencia de su padre mientras vivió en casa, pero cuando ella se fue, Pepe quedó a la deriva. El único *punching bag* con el que su papá se desquitó durante cinco años.

Parece poco cinco años, pero para Pepe significó el tiempo necesario para creer lo que su padre le decía constantemente, mientras el tono de la voz aumentaba hasta convertirse en un grito.

—Eres un pendejo, no entiendes. A ver, haz lo que te digo, así, como te lo estoy diciendo. Dale vuelta a la tuerca. ¡Con la Stillson, no con la perica! De veras que eres pendejo. Stillson, Pepe. Ahora atora la tuerca, aprieta —Pepe sudaba el nerviosismo, erraba, dejaba de pensar del miedo hasta que su papá le arrebatara la llave—. Mira, así se hacen las cosas. Para que aprendas —Y así en cada encargo, cada día, en el negocio o en la casa.

Que su padre se hubiera arrepentido, fuera exculpado y hasta con indulgencia plenaria le provoca a Renata una tristeza infinita. Saber que su padre se condenaría había sido su único consuelo. Se fue a la capilla del hospital y lloró de rabia. Delante de una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, recordó tantas tardes en su casa frente a esa misma imagen a la que le pedía con ardor que se

llevara a su papá, que se muriera y los dejara en paz. No se siente capaz de reclamar a Dios por perdonar a su papá, pero el sentimiento de que ese Dios que se supone tanto la ama le ha fallado, anida dentro de ella. Habrá de eclosionar en su momento, pero todavía no. Apenas es una idea sembrada en lo oscuro, en tierra lista para recibirla.

Ese mismo día muere su papá.

El funeral es grande, como corresponde a un empresario de la ciudad. La iglesia se abarrota de saludos, de comida, de alguna lágrima de su mamá. Renata no llora. No sabe qué sentir. No quiere admitir que está feliz, le parece poco apropiado, prefiere el término paz. Está en paz, y lo siente cuando entra de nuevo a casa de sus padres y la sombra de ese hombre ha desaparecido. Finalmente. Cuarenta y cuatro años y recuerda el terror que le provocaba desde que tenía siete. Treinta y siete años de vivir con ese terror en silencio.

Entra a su habitación y lo primero que ve es el escritorio con los cajones de archivo que tenían prohibido abrir. Se sienta en la silla y observa el abrecartas, la engrapadora, la caja imantada de los clips, la calculadora. Objetos prohibidos de un espacio prohibido. Toma cada uno y los observa, pasa su mano sobre ellos, como si en ese acto abusara de su padre. Una hija no puede abusar de su padre, pero un padre sí puede abusar de su hija, piensa Renata con desdén.

Abre el archivero y va pasando las carpetas. Ahí están los estados de cuenta de los bancos, las inversiones. Renata no tiene idea de nada. No sabe cuánto dinero tenía su padre. Se asombra al darse cuenta de las cantidades. Hasta ese momento entiende que su padre pagó las carreras a sus hermanos y pudo haberle dado una educación también a ella y a sus hermanas, pero no quiso. No quiso el cabrón. A ellas no, por ser mujeres. No lo necesitan, les decía. ¡Qué equivocado estaba! Ella sí necesitaba los estudios, ella sí tiene que abrirse paso con seis hijos y un marido que no aporta gran cosa, piensa Renata mientras cierra el archivero. Se levanta del escritorio para reunirse con su familia en la sala. Suaviza el enojo al ver a su madre llorosa. ¿Sabía ella lo que hacía su padre? ¿Habría sido solo

víctima o, de alguna manera, también cómplice? ¿Es posible para una madre voltear la vista hacia otro lado por garantizar su seguridad? ¿Qué justificaciones podría tener? A Renata le asombra que lo llore si todo el tiempo se quejaba de él, de su mal genio, de sus gritos y maltratos.

Al día siguiente, Renata se confiesa antes de la misa de cuerpo presente. Entre sus variadas ofensas a Dios, agrega haber faltado a la honra de su padre.

—No puedo quererlo, no puedo perdonarlo —le dice al sacerdote; no obstante, la absuelve también a ella.

En el panteón intenta sentir algún dolor. Busca alguna memoria de la que se pueda asir para honrar a ese hombre tan desconocido para ella y, sin embargo, solo encuentra esas imágenes de su padre con el vaso con Buchanan's en la mano y el rumor de los hielos que chocan entre sí mientras los mueve con el índice.

—Vámonos ya, Fabián.

—Espera.

Renata se da la vuelta con intención de marcharse, pero Fabián la retiene pues desea despedirse de todos, así que mantiene la presión sobre la mano de su mujer en un gesto de dominio. No es la primera vez que él la retiene o la obliga a quedarse donde no quiere, en fiestas o con amigos que no le gustan.

—No entiendo cómo te gustan tanto los funerales. Para ti es como ir al café con amigos. A los funerales se va a saludar a los deudos y ya, no a hacer bola. Ya me quiero ir, por favor, ya me quiero ir.

## §

El teléfono timbra varias veces. Renata corre desde el baño para responder. ¡Qué tino!, piensa con enfado, de seguro ha de ser la hermana de Fabián, no le falla. Del otro lado, la sorprende otra voz.

—Hola, hija, ¿estás ocupada? Quería ver si me puedes hacer un favor.

—Sí, mamá, ¿qué necesitas?

—No sé cómo hacerle para saber cuánto dinero tengo en la chequera.

—Ay, madre mía. Ya pasó un mes desde que papá murió. Voy para tu casa.

Hasta ese día, Renata se da cuenta de lo dependiente que su mamá había sido en todo, incluso en esas cosas tan pequeñas. Se sienta en el escritorio de su padre, toma el abrecartas y, de un tirón, rasga los sobres que se apilan. Saca los fólder con los estados de cuenta, reconoce los trazos de la letra y los números, las observaciones anotadas. Corre el saldo de las dos chequeras y se da cuenta de que hay muy poco en la cuenta corriente.

Revisa las inversiones y los pagos recurrentes. Su padre recibía una cantidad mensual del negocio, muy pequeña para el ritmo de vida que llevaban. Cuando intenta explicar a su madre el manejo de las cuentas, cómo conciliarlas, ella simplemente dice que no entiende.

—Mejor hazlo tú —le pide y, a partir de ese momento, la responsabilidad de llevar la administración de la casa de su madre recaerá sobre Renata.

Cada sábado, sin falta, acudirá a revisarle las chequeras y los saldos, a calcular los gastos del mes y a programar las transferencias de inversiones. Por las tardes, la llevará a misa.

Durante un año, sus hermanos se hacen cargo de los negocios, incluido Rollermex, que se supone será de las mujeres. Para entonces, la carga de los seis hijos se había vuelto demasiado pesada para Renata y Fabián. Ella había dejado el trabajo en el colegio un par de años atrás y ahora le pesa.

—Deberías hablar con mis hermanos para regresar a trabajar a Rollermex —le sugiere a su marido—. Ahora que papá no está, no debería ser problema.

Sus hermanos acceden y, durante un año, Fabián asiste al negocio.

Hay días de la semana que Renata desearía que no existieran. El domingo es uno de esos días. En una jornada sin ayuda en casa todo corre por su cuenta, la mañana se convierte en una pugna para bañar niños, arreglarlos, reunirlos para ir a misa en familia. Se van en dos coches a la iglesia que está cerca de casa.

—¡Vamos, que llegaremos tarde! ¡Apúrense! Fabián, por favor, no vamos a encontrar banca libre.

Le emociona entrar por el pasillo central con todos sus hijos tras de ella. Los mayores ya ocupan más espacio, son adolescentes que, con cara de fastidio y porque no les queda más remedio, acuden a la celebración dominical. Pero es una batalla mantener quietos y atentos a la liturgia a seis hijos de seis a veinte años. Al menos, los de ella son inquietos, se molestan unos a otros, ríen. La solución es separarlos. Intercala un grande y un chico entre ella y Fabián.

La gente los mira y ella se enorgullece.

—¡Qué linda familia!

El halago es infaltable y para ella es alimento. Tiene una familia ejemplar hacia el exterior, pero para ella son una carga muy pesada de llevar. Siente que el peso lo lleva ella. Y en efecto así es. Fabián ya no sabe cuánto se gasta en la casa, cuánto pagan de colegiaturas, cuánto de las mensualidades que ella cubre tras la última camioneta que le embargaron a Fabián.

Desde el día que murió su padre, Renata llega a visitar a su madre con un sentimiento de tranquilidad, de descanso, de cierta alegría que antes no había experimentado. Ya no existe esa zozobra que la mantenía en una alerta constante, esperando el ataque. Ahora puede diluirse por las habitaciones sin sobresalto, sentir suyos esos muros vacilantes, ánforas que contienen el alivio que nunca tuvo. La ansiedad queda atrás, como atrás queda el polvo de un camino recorrido con pesar. Sin el agrio acecho de su padre las memorias le saben distintas a Renata. Su figura no aparece en las nuevas fotografías, su voz no se escucha más.

Construir nuevos recuerdos se vuelve importante para ella, porque una gran parte los ha dejado al olvido. A veces algún detalle, una palabra, un ruido se los trae de vuelta, y el cinto golpea de nuevo sus nalgas, sus muslos de niña, y la vergüenza se pinta en su

rostro frente a los azorados ojos de sus hermanas. Esas memorias es mejor enterrarlas, darles varias capas de tierra gruesa, estratos gordos que las oculten por completo para que no hagan daño. Como si no existieran, como el cuerpo inerte de un asesinado que se debe ocultar a cualquier ojo inquisidor. También están los otros recuerdos, esos que no puede articular con palabras todavía. Recuerdos de lo que su padre le hizo y la culpa por odiarlo que nunca la abandona. La culpa se le ha vuelto una piel grisácea que no puede, o más bien no quiere, cambiar. Sabe que cuando alguien perdona y se perdona a sí mismo se libera, y ella no desea esa liberación.

Ese es el nombre para esa piel que la recubre, o tal vez sea ella la que recubre la piel de esa culpa que anida, alimenta y la observa tal y como se ve algo a través de un cristal opaco, con la mirada difusa entre ella y su conciencia.

Piensa si es posible que un alma y un cuerpo atormentados tengan disculpa sobre sus actos. Si el bien y el mal definido por su religión son absolutos, o si pudieran, de alguna manera, tener relación con las circunstancias. ¿Cuándo matar es bueno? ¿Cuándo robar? ¿Cuándo mentir?

No se ha dado cuenta Renata, todavía, de que el bien y el mal existen solo cuando ella los piensa. Tardará algunos años en descubrirlo porque, en ese momento, en esa casa que ahora puede habitar sin miedo, todavía pesan sobre ella las definiciones impuestas por la Iglesia católica, las palabras del papa y los consejos de los legionarios.

Aún piensa que beber agua es bueno porque así se lo han dicho; tardará muchos años todavía para deducir que beber agua de un río contaminado es malo, beber agua estancada también, por lo tanto, beber agua no siempre es bueno. Tardará en aprender que el bien y el mal, en ocasiones, dependen de las circunstancias, son relativos.

## 2005

La mañana es fría y lluviosa. El tráfico de la avenida Paseo de la Reforma parece un gusano que no se mueve de lugar, se arrastra penosamente. Renata se desespera, pero aprovecha para ver de nuevo el mapa que le dibujó Fabián para llegar a la planta de rodillos. Toma la curva que va a la empresa y se adentra en la colonia San Juan de Aragón. Es una colonia industrial a la que nunca había ido. Las fábricas succionan a las filas de obreros que, cada mañana, se presentan para trabajar sus ocho horas diarias. El miedo que siente no la doblega, más bien es un aliciente, una adrenalina que la estimula a enfrentar esa situación nueva.

Abre la puerta y saluda a la secretaria. Es la única empleada que conoce, y es a través de ella que recibe la primera información del negocio. Le pide que haga un rol de citas, desde el gerente de planta y pasando por el contador, hasta los vendedores y obreros de planta. A Fabián, que lleva el área de ventas, lo cita también.

—Hay algo importante que debemos entender, Fabián. A partir de este momento, de la banqueta para adentro seré tu jefa, y de la banqueta para afuera soy tu esposa. Es muy importante que tengamos claras estas reglas.

Fabián acepta sin discusión, pero sin estar convencido. Cree que Renata no durará en el ambiente del negocio. Años atrás, él había trabajado ahí, hasta que los filosos reclamos de su padre, siempre exigente, se volvieron insoportables.

—Ya basta, papá, le pediré a Fabián que renuncie.

—Tu marido es un flojo, ¿no te das cuenta? Deberías divorciarte.

—No sabes lo que dices.

Claro que lo sabía, y ella también, pero la detenían sus hijos. Se había propuesto a toda costa mantener la imagen de Fabián frente a

ellos. Nunca una queja, nunca una crítica. Nada que pudiera denostarlo.

Renata entra a la planta. Es un territorio hostil que la recibe con el ruido de la maquinaria que aún no sabe identificar, y con ojos atónitos que se posan en ella. No están acostumbrados a ver mujeres ahí. Solo la mujer de intendencia, que limpia los baños y el comedor, pero entre las máquinas ninguna mujer había entrado hasta ese día. Es un día que Renata guardará en la memoria, tanto por el miedo que tiene como por lo que implica su presencia. Una mujer al frente es inconcebible, por eso siente en la espalda esas miradas que intentan descifrarla.

Fabián trata de explicarle lo que están haciendo, pero ella lo detiene. Se acerca al molino, donde un joven delgado de aspecto agradable agrega hule y polvos que completan la formulación que prepara en ese momento. A Renata le parece como un enorme bulto de plastilina.

—Buenos días, soy la Sra. Renata Freeman, hija de don Ernesto, ¿cómo está? ¿Cuál es su nombre?

—Bien, soy Gumaro Salinas —responde él, sin quitar la vista del molino.

—¿Qué hace en esta máquina?

—No, pues aquí se preparan las formulaciones del material que va a recubrir los rodillos —sigue Gumaro con la vista y las manos puestas en los enormes rodillos que hacen presión sobre el material.

—No lo distraigas, Renata, puede perder una mano si se la agarra el molino —interrumpe Fabián, tomándola del codo.

Ella asiente, le da la razón y reconoce que ese es un universo nuevo para ella. Recorre la planta con precaución, se detiene en cada máquina y saluda a su operador. Este ritual lo hará cada día al llegar a la oficina. Así se entera de que, a Juventino, el que maneja la calandra, esa máquina con la que se construyen las placas para recubrir los rodillos, se le enferma uno de sus niños y anda preocupado. Los rodillos de ese día salen con globos y los clientes los reclaman.

En los tornos está Francisco Mejía, uno de los más antiguos trabajadores. Es un tipo callado, enfocado en su trabajo, lento, pero

bueno para dejar los diámetros como están especificados en la orden de trabajo. Cada vez que pasa por la autoclave siente un mal presentimiento. Ve cómo la llenan con rodillos, cierran la puerta de dos metros de diámetro y la encienden para vulcanizar. No sabe bien por qué ese aparato le provoca tanta inquietud.

Con el tiempo, Renata entiende todo el proceso y lo compara con hacer pan.

*Como lo han hecho las mujeres desde que el trigo y los granos formaron parte de la alimentación de los seres humanos y cuando quizá, por accidente, descubrieron esa forma de paliar el hambre.*

Todo empieza con una fórmula que para ella es como la receta del pan, tiene la misma importancia, ya que de fallar un ingrediente o variar las proporciones, el resultado podría ser distinto; una masa más suave, con más densidad o humedad. Luego viene la mezcla, el reposo de la masa, la cobertura de las almas de acero o el vaciado en molde, dependiendo si el rodillo será de poliuretano, tipo una gelatina, o si será construido capa por capa, como una masa de hojaldre. Luego la cocción y el acabado.

Descubre las durezas que se necesitan para uno y otros procesos. No es lo mismo un rodillo que pinta a uno que jala, o el que debe soportar el contacto con materiales abrasivos. Se maravilla cuando ve surgir del trabajo de esos hombres baterías de rodillos minúsculos de no más de cinco centímetros de largo, así como poleas que solo se pueden mover con grúa y varios operadores.

Una tarde, encuentra en la oficina un libro sobre elastómeros. Lo estudia hasta aprender todos los conceptos y su visión cambia. Ya no es la masa para el pan.

Uno de sus mayores retos vino cuando el contralor citó a junta. Le entregaron un paquete de hojas con los estados financieros. No tenía idea de cómo abordarlos, no entendía eso de costos de venta, utilidad de operación, utilidad neta, depreciación, impuestos y tantos términos que jamás había escuchado. Suspiró. No quería renegar,

pero habría sido más fácil si le hubieran heredado una tienda de ropa.

—Tío Daniel, no entiendo esto del costo de ventas —el contralor era su tío. Un hombre al que le tenía gran cariño y respeto. Alguien con quien pasó junto al asador las noches de jueves de carne asada en compañía de sus hijos. Hubo días en que deseaba haber vivido en esa casa, con ese padre. Su tío le enseñó con paciencia los trucos para leer un estado financiero.

Son muchas y variadas las emociones que la abruman esos días. Por la noche sueña, ese mismo sueño que la visita desde hace meses. Ella está en un centro comercial con un niño de la mano. Al borde, hay un precipicio del que no se ve el fondo. Al otro lado, una feria invita con su música, sus luces y juegos mecánicos. El puente que une ambos abismos es de cristal, transparente como si lo acabaran de lavar. No hay barandales que resguarden el cruce y el niño lucha por soltarse de su mano. Ella lo aferra con fuerza, hasta que lo deja ir. Avanza un trecho, tiembla a cada paso, hasta que el pánico la paraliza. El niño no voltea a verla, tiene fija la mirada en un objetivo y avanza.

Decide ir a terapia para aliviar las tensiones que ya la descolocan de su centro y, sin darle importancia, mencionar ese sueño recurrente.

—Tú eres el niño y también la mujer, Renata. Eres tú misma impidiéndote hacer todo lo que puedes —le sugiere la terapeuta—. Eres tú la que se fija el obstáculo. Tu niño interior no teme. Ten confianza en ti misma, sabes que puedes. Has vencido muchos retos, Renata. El trabajo en el colegio, los eventos que organizaste, la asociación que lanzaste. No veo por qué no podrías continuar con el negocio.

—Esto es otra cosa, Silvia —responde con inseguridad—. Es industria, son máquinas, es otro mundo. Son treinta familias las que dependen de mí, no puedo tomarme a la ligera esa responsabilidad.

—Tú puedes, Renata. Ve poco a poco.

Silvia ha sido su terapeuta desde que era joven. Con ella habla de los problemas con su papá, pero siempre se guarda esos recuerdos de los que no puede hablar todavía.

Al día siguiente, asiste a su reunión semanal en el Centro de Señoras. Una noticia tiene a toda la sección conmocionada, y es que el padre Maciel renunció a la dirección general de la Legión. Es de entenderse por su edad. Un sentimiento de tristeza por no tener a ese gran santo al frente invade a Renata. Ella, como todos, lo admira y lo quiere.

Para finales del año, Renata tiene el negocio dominado. Cuando su tío la felicita por tener la administración, las ventas y la fabricación como engranes bien engrasados, por fin ella alivia la tensión. Sabe que los cambios drásticos no son bien aceptados en una organización, por lo que, poco a poco, modifica el esquema de ventas, adquiere equipo de cómputo y capacita al personal. Con estas decisiones, logra un incremento de un veinte por ciento en las ventas. Además, aprieta el cinto a los gastos y mantiene al día el pago a proveedores, y consigue un equilibrio en el flujo de efectivo. El negocio comienza a crecer las utilidades, pero no para mantener a su familia.

—Este negocio era la afición de tu papá —le dijo un día el contralor. Con ese comentario, entiende por qué se lo había heredado a las mujeres. Le queda tan claro ahora que se ríe de sí misma.

## §

La misa por el aniversario de la muerte de su papá es a las siete de la noche. Cuando regresa, Renata abre una lata de cerveza y bebe deprisa. Abre una segunda y no encuentra consuelo ni paz en el frío líquido amarillo que baja por su garganta, pero que aún no ha llegado a su cerebro, a las terminales nerviosas que esperan ser adormecidas. Desespera. Da un sorbo a la tercera cerveza cuando comienza a sentir ese delicioso sopor y su espíritu ahora es solo un suave trozo de seda que cae. No es posible que un muerto siga haciendo daño, piensa con tristeza. Decide hacer cita con Silvia.

—No hay disponibles hasta dentro de una semana —le informa la secretaria.

—Es urgente —insiste ella.

—Muy bien, ¿puede venir mañana a las cinco de la tarde?

—Sí, ahí estaré.

—¿Qué pasa, Renata? —pregunta su terapeuta al día siguiente, cuando comienza la sesión. La voz de Silvia es suave, el aroma de incienso llena el ambiente y a ella no le salen las palabras. ¿Cómo confesar algo que se ha guardado durante cuarenta años? ¿Cómo colocar las palabras para decir una verdad tan dolorosa? ¿Qué palabras se utilizan para compartir con otro lo que se ha llevado tatuado dentro de la piel? Oculto a la vista, pero tan significativo como uno visible. A Renata le cuesta elegir las palabras. Nunca lo ha hablado con nadie.

Su único confidente, cuando era niña, había sido la estatua del Sagrado Corazón de Jesús, que presidía su casa y que no abría los ojos a lo que ahí ocurría. A esa imagen le rogó tantas veces que detuviera a su padre, que lo hiciera entender, que se lo llevara pronto porque ya no aguantaba, ¡o a ella! Así continuaban sus ruegos hasta que, con el paso de los años, entendió que solo era un bulto de yeso. Una estatua sorda y ciega. Muda. Un pensamiento iconoclasta que la mantuvo alejada de la religión durante su juventud, su matrimonio y sus primeros años de casada.

Algo dentro de ella se compadece de esa niña carente y dolida, aterrada de manera permanente, cada día, todos los días, en especial durante las noches, los sábados por la tarde en que su padre se quedaba en casa. Esos días, al salir de la habitación para ir a la cocina, era necesario pasar por la sala de televisión. Ahí, en el sillón estaba él, bebido, en pijamas que traslucían su sexo, con la abertura por la que lo dejaba salir para frotárselo delante de ella. Evitaba cruzar, lo hacía de puntillas, con la respiración contenida, para que no la viera, no la oyera, tampoco la sintiera. Porque tenía esa habilidad, la de sentirla.

—¿De qué me quieres hablar? —insiste la terapeuta.

—Es algo sobre papá.

—No tengas miedo, este es un lugar seguro.

Renata abre mucho la boca y aspira una bocanada grande que le da seguridad para tomar esos recuerdos de la memoria y traerlos frente a ella de nuevo.

—Él me violentó. Ocurrió muchas veces —Silvia no está segura si se refiere a un acto de violencia o a otro tipo de abuso, sin embargo, no la interrumpe—. Siempre, cuando estaba bebido. A veces me tomaba por la cara y me forzaba a dejarle mis labios de frente para que los besara. Abusaba, Silvia. Hacía cosas horribles.

La terapeuta la deja llorar. Le acerca un pañuelo desechable mientras espera que ella pueda continuar.

Silvia entiende el camino que tomará la sesión, observa que Renata batalla por encontrar las palabras.

—Hagamos una cosa, Renata. Voy a colocar una silla aquí. Imagina que ahí está sentado tu papá. ¿Qué le dirías? Dile lo que sientes.

—¿Así nomás?

—Sí, dile todo lo que quieras. Lo que nunca le dijiste, lo que te habría gustado decirle cuando eras niña, lo que le dirías ahora.

Renata vuelca todo el odio y resentimiento sobre esa silla vacía. Ahí borbotean de su boca las palabras que recriminan, las que condenan, las que terminan por decir: “Se suponía que debías cuidarme. Se suponía que tú eras el hombre que me habría de proteger, de amar. Más que ningún otro. ¡Cómo pudiste! Te odio, me alegré tanto de que murieras”.

Un silencio mudo de emociones se instala en el ánimo de Renata tras hacer la afirmación. Es espacio vacío, aligerado.

—Cámbiate de silla. Ahora tú vas a ocupar el lugar de tu papá. ¿Qué te dirías? ¿Qué palabras te gustaría escuchar de él si viviera? ¿Qué quisieras que le dijera a la Renata niña y la Renata adulta?

—¿Qué? ¿Cómo dices?

—Me escuchaste bien. Cámbiate de silla.

Renata nunca pensó que una terapia pudiera llevar a explorar estos caminos. Nunca se había puesto en el lugar de su padre. La sorpresa la abruma por un momento. Es incapaz de hilar las ideas.

—Perdóname, hijita —murmura, incómoda en esa silla—. Perdón por no pensar en ti, ni en tu mamá, ni en tus hermanos. Perdón por mi soberbia, por no aceptar mi alcoholismo, por todo el daño que les hice. Perdona esas mañanas en las que tu mirada me dijo que te había lastimado la noche anterior y no pude recordarlo.

Renata no pudo continuar, por lo que su terapeuta le pidió hacer el ejercicio por escrito en casa, y luego quemar las palabras.

No es fácil ver arder las palabras cuando las hemos hecho tan propias, piensa Renata. Tantas palabras malditas han ardido en las hogueras para borrarlas de la memoria, y ella teme poner por escrito lo que antes solamente fue aire expulsado desde su boca. Palabras que han formado parte de su vida tantos años, quedaron tan incrustadas que, removerlas, daña de nuevo.

Además de ser suyas, son las palabras que reflejan a otro. Escribir el horror es recrearlo y ella lo que quiere es borrarlo. Hará su hoguera de palabras para eliminarlo de su vida y, aunque quisiera que nunca hubiera existido, ahí está. Ahí está viendo pasar el tiempo, como la puerta de Alcalá. El pensamiento la hace reír de momento, y la risa aligera el ejercicio.

## LA DUDA

## 2006

Cuando la llama el sacerdote que coordina las actividades apostólicas de la localidad, no le parece extraño; sin embargo, el tono de su voz delata un nerviosismo que ella antes no le había escuchado.

—Señora, hay algo serio que necesito decirle —Renata no responde.

—Mañana saldrá una noticia en los periódicos, pero he preferido enterarla directamente.

—Me asusta, padre, ¿qué sucede?

—Usted sabe que, durante años, se ha acusado al padre Maciel de haber cometido algunos actos indignos, y más para un sacerdote.

—Claro, todas esas falsas acusaciones venidas de sacerdotes resentidos.

—Nos informaron de la dirección general que esas acusaciones no eran falsas.

—¿Se da cuenta de lo que me está diciendo? No puede ser.

—Entiendo su estupor. Lo mismo sentimos mis hermanos en la Legión cuando nos dieron la noticia.

Renata queda aturdida, como si una roca la hubiera golpeado en la frente. Las palabras se suspenden en su mente, tarda unos segundos en procesarlas.

—¿Usted lo sabía? ¿Los demás padres? ¿El papa sabía?

Un estallido de ideas e imágenes saturan su mente hasta formar un cuadro fantasmagórico de colores delirantes, imposibles de entender. En un segundo, su vida se desploma. El dogma, la fe, el amor, todo aquello por lo que había luchado cada minuto del día. Como en un vagón de tren, las imágenes pasan frente a ella. El cumplimiento diario y estricto de sus compromisos de segundo grado, las horas de estudio en los cursos de formación, su

preparación como orientadora moral, la dedicación para todos los apostolados que ejerció durante veinte años y que robaron tantos momentos de su familia por sentir que la misión era más importante. La batalla contra su conciencia y por acallar una razón que la increpaba de continuo a ver con objetividad todo aquello. Terminaba siempre pensando que la salvación de las almas era más importante que ella y su pequeño mundo. Ese pensamiento se sobrepone a cualquier otro. ¡Cuánta ceguera! ¡Cuánta ingenuidad!

Recuerda la cita que tendrá al día siguiente con el director de una fundación para recibir un donativo para el colegio Mano Amiga. ¿Con qué cara se presentaría? Imposible ir.

Pronto, los rostros de esos niños convertidos en profesionistas que tan bien conocía acudieron a reclamarle. Vio a Otoniel Córdoba, el niño que había llegado al colegio sin zapatos y que, con el tiempo, se convirtió en arquitecto. De un cuarto hacinado donde nació, pudo construirles una casa de dos pisos a sus papás. Rebe, que se convirtió en dentista. Y al doctor Juan Hernández, que terminó como director del Departamento de Cardiología de uno de los más prestigiosos hospitales capitalinos.

Esos niños no eran el padre Maciel, ella tampoco. Ni las señoras, los jóvenes y los señores que habían levantado tantas obras de apostolado.

Hurga dentro de ella y comprueba que su incorporación al Regnum Christi había sido con el objetivo de aprender más de la doctrina católica y hacer algo de bien por los demás. No había sido por el padre Maciel, aunque esa historia del joven seminarista nacido en Cotija, un lugar tan pequeño como Belén, y llamado por Dios para instaurar el Reino de Cristo, resultaba atrayente. Un momento histórico, porque todos los que estuvieran en vida del fundador serían cofundadores. La idea había sido muy seductora.

Luego, el apostolado. Todos esos campos de acción donde se ayudaba a personas de pocos recursos, pero también a los grandes líderes, ¿por qué no?, ¿acaso no merecían también la salvación? Además, eran indispensables para el principio de eficacia, de vértice a base. Convertir a un empresario hacia Dios abría la posibilidad de convertir a todo su personal, a otros empresarios en los que podría

influnciar. Tantos nombres relacionados con ese afán. Viudas que abrieron gozosas sus arcas para edificar obras como el colegio Cumbres.

Renata piensa que tanto bien no puede tener el mal como origen. Dios escribía en renglones torcidos. Si la Legión y el Regnum Christi existían, era porque Él así lo quería y ella no era quien para cuestionarlo.

Al día siguiente, llega puntual a la fundación. Saluda al director, un hombre que ha visto pasar muchas solicitudes para distintas asociaciones benéficas. Renata se sienta al borde de la silla, con las manos asidas al asiento, como si un huracán estuviera a punto de sacarla volando de ese lugar.

—¿Usted sabe la noticia que salió hoy en la mañana en el periódico? —Renata intenta mantener la voz firme mientras el hombre asiente en silencio—. Es una situación que nos sorprendió a todos y que nos causa un enorme dolor.

Las lágrimas le escurren a pesar de estar haciendo un esfuerzo por mantenerse serena, el corazón se le contrae con cada palabra. El director la mira con compasión, la deja hablar.

—Los niños de Mano Amiga no tienen la culpa de esto que está pasando, pero entiendo que tal vez ustedes deseen reconsiderar el apoyo —la voz de Renata es un balbuceo casi ininteligible.

—No se preocupe, Renata. Nosotros comprendemos la necesidad de las becas de estos niños y sabemos que es independiente de lo que hizo el padre Maciel.

—Gracias, esto es muy difícil.

—La entiendo y, por favor, no se preocupe. Siga haciendo lo que hace por esos niños.

Renata se despide con un cariño particular. Al monto del donativo prometido que lleva en el cheque, le suma la empatía del director de la fundación. No hay juicio de su parte y, de alguna forma, el no saberse condenada la hace sentir pequeña. Un golpe a su soberbia y a ese sentimiento de creer que La legión de Cristo y el Regnum Christi eran especiales, únicos en esa época, elegidos por Dios para santificar la sociedad, preferidos de los últimos papas y, como consecuencia, ella participaba de esa gloria que la elevaba por

encima de los demás, y que tanto había luchado por la Nueva Evangelización, tan querida por el papa Juan Pablo II.

Al salir se dirige al Centro de Señoras. El tráfico en Reforma es denso, por lo que en el trayecto repasa los acontecimientos del día anterior que no comprende del todo, pero entiende la gravedad de ellos. Entre risas y lamentos piensa que ahora será Santa Renata de Las Lomas bajada de su pedestal.

Sigue sin entender qué pasó y por qué no supo leer las señales, hacer caso a su intuición.

El Centro de Señoras está repleto. La convocatoria urgente reúne a todos los equipos a la hora del ángelus para escuchar un mensaje importante. El director territorial está al frente y, con voz carente de emoción, da la noticia que Renata ya conoce. Al silencio inicial, en el que no alcanzan a entender todavía, le siguen reacciones variopintas: las lágrimas de las más sensibles, seguidas de un general “¡No puede ser!”. Algunas, las menos, expresan palabras cargadas de coraje. Son las que tienen menos tiempo en el Movimiento y a quienes el aparato de seducción aún no las había obnubilado todavía.

—¡Ya se me hacía raro que tacharan de mentirosos a los exlegionarios que acusaron al padre Maciel!

—No podemos estar seguras, quizá es un nuevo ataque a la Iglesia.

—Pero si nos lo está diciendo el director territorial, no seas tan ingenua.

—Ya antes esos hombres habían mentido a los investigadores. Podrían estar mintiendo de nuevo. Así pasó hace tiempo.

—Qué tristeza, en verdad. Pobres padres y consagradas, ¿qué va a pasar ahora con ellos?

—¿Qué dices? ¿Y los que fueron abusados?, ¿esos qué?

—¿Seguirán adelante la Legión y el Regnum Christi? ¿Nos van a disolver?

La incógnita no la puede responder ni el mismo director territorial. Cuando lo cuestionan, solo informa que la Santa Sede hará una investigación. Hay que *cerrar filas*, mantenernos con *espíritu de cuerpo* en torno a esta situación. Ya lo saben, ante todo

la *vivencia de la caridad*: no critiquemos a nuestros superiores, ellos sabrán cuál será el mejor camino para nosotros. La caridad, esa virtud que en la Legión era un voto no escrito, pero sí vivido a rajatabla. Nunca hablar mal de los superiores, nunca criticar. Un voto, como se vería más tarde, que fue lo que mantuvo en silencio a tantos niños de la apostólica que fueron abusados por el padre Maciel o por sus superiores. Caridad que, para el derecho canónico, en su artículo 1395, estipula: "El clérigo que cometa de otro modo un delito contra el sexto mandamiento del Decálogo, cuando este delito haya sido cometido con violencia o amenazas, o públicamente con un menor que no haya cumplido dieciséis años, debe ser castigado con penas justas, sin excluir la expulsión del estado clerical cuando el caso lo requiera".

Renata se propone hacer su propia investigación. Acude a la hemeroteca del periódico *Milenio*. Encuentra una carta del 8 de diciembre (día de la Inmaculada Concepción de la Virgen María) de 1997, en la que un grupo de exlegionarios solicitan al papa Juan Pablo II que se abra el caso contra Maciel. Es una carta extensa, sustentada, que justifica su silencio y la espera para denunciarlo.

A SU SANTIDAD JUAN PABLO II  
Autor de la Carta Encíclica *Veritatis Splendor*  
Ciudad del Vaticano

Santo Padre,

Es con voz de la Biblia y apoyados en el espíritu de la tradición cristiana como solamente deberíamos dirigirnos a Vos, para pedir justicia y que, como reza el título de Vuestra Carta Encíclica Homónima, el esplendor de la verdad se manifieste más allá de todo cálculo de interés humano. Acudimos a Vos recordando que el Concilio Menor de Sárdica, inmediato al Concilio Primero de Nicea, autoriza a cualquier cristiano para apelar directamente al Papa. Nos acercamos, pues, sin temor de no llegar a ser reconocidos u oídos, no obstante, las cerradas barreras con que a veces el mismo Vicario

de Cristo se ve cercado cuando es un grupo menor, sin poder político, económico, social o eclesiástico, el que intenta hacerse escuchar por encima de fuerzas establecidas de la naturaleza mencionada.

Somos un pequeño grupo de exmiembros de la Legión de Cristo los que, con pleno derecho, y ahora aún más en legítima defensa, nos decidimos a declarar la terrible y dolorosa verdad del oscuro mal oculto, casi desde la fundación de su institución, durante más de cuatro décadas, acerca de la encubierta conducta inmoral del mismo fundador y superior general de la Legión de Cristo, el Padre Marcial Maciel Degollado, en quien penosamente, de alguna manera, aún creíamos antes de descubrir que el caso de nuestro abuso particular no era aislado ni único, sino muy general, y que había sido envuelto en palabras engañosas que nuestra poca edad entonces y la devoción y obediencia ciega que estábamos obligados a tenerle como padre y superior nos hicieron creer.

...

Estados Unidos de Norteamérica/ México, mes de noviembre de 1997.

Responsables de la publicación:

Félix Alarcón Hoyos, José de J. Barba Martín, Saúl Barrales Arellano, Alejandro Espinosa Alcalá, Arturo Jurado Guzmán, Fernando Pérez Olvera, José Antonio Pérez Olvera, Juan José Vaca Rodríguez

Renata se arrepiente de haber leído esa carta. Hay una exculpa en la ignorancia de la que ahora no podrá sustraerse. Ahora sabe.

## 2007

La secretaria le llama cuando ella estudia los estados financieros. Es diciembre, y las ventas del negocio caen casi a la mitad. Renata analiza los años anteriores y se da cuenta de que ese suele ser un mes malo, pero que se recupera en enero. No entiende la causa, pero sí las consecuencias. Bajas ventas impactarán en el flujo y no tendrá el dinero suficiente para cubrir los gastos del mes, más los aguinaldos. No tiene idea de cómo resolverlo. Si tan solo hubiera estudiado algo. Decide salir a la planta a saludar a los trabajadores. Tiene dos días sin ir, se disgusta con ella misma.

Apenas cruza la puerta y se topa con Fabián.

—No tienes nada que hacer en la planta —el tono molesto de su esposo la irrita. No entiende a qué viene su enojo. Son sus trabajadores, ahora dependen de ella.

—Lo siento, Fabián, pero es algo que debo hacer. Lo siento si no te gusta.

—Me humillas con tu forma de actuar.

—¿Te humillo? He tenido a tus hijos, pasado los dolores de parto seis veces, sufrí desvelos con cada uno, trabajé para conseguirles educación y me dices que te humillo.

—Esto es distinto, me rebaja como hombre.

—No te rebajo yo, lo haces tú mismo desde el momento en que tus hijos no te han importado.

—¿De dónde sacas eso?

—De que no fuiste capaz de hacer ningún sacrificio por ellos ni por mí.

Fabián sabe que él siempre estuvo con sus hijos, los llevó a los parques cuando Renata estaba cansada, hizo los viajes al colegio cuando ella no podía y siempre asistió a los partidos de futbol que además disfrutaba y aprovechaba para socializar.

—No inventes cosas que no son.

—No son inventos, ¡bien lo sabes! De una u otra forma, yo tuve que hacerme responsable por ellos, por sus tareas, sus uniformes, sus libros, medicinas, por cada una de sus necesidades.

A Fabián le parece que su mujer exagera, él los ha cuidado bien. Es cierto que no tiene el dinero que quisiera y que los negocios no le han salido como esperaba, pero no es un mal hombre. No es borracho, ni jugador. No la golpea, ni le es infiel. ¿Qué más quiere ella? No la entiende, pero le irrita su actitud de superioridad, en especial cuando lo hace sentir que no lo necesita y más lo enoja la posibilidad de que algún otro hombre llame su atención. Ese es su mayor temor, aunque no lo confiese.

—No seas mentirosa, Renata. Yo te he dado más de lo que tú me has dado a mí. Hasta te cuidé las dos veces en que te emborrachaste, ¿ya se te olvidó?

Cuando quiere herirla, Fabián saca esos episodios que a ella la avergüenzan. Sabe que ella siente una enorme culpa por esas dos ocasiones de las que no recordó nada al día siguiente.

—Rompiste un cenicero, le desabrochaste la camisa a uno de los invitados —le espetó en la cara. La sola idea de verse así, de parecerse a su papá, le provocaba tal remordimiento que acababa con cualquier defensa.

—Ya no voy a discutir. Pasaré a la planta porque tengo que hacerlo.

No quiso recordarle los carros que ella había pagado con mucho sacrificio y que les habían embargado por sus deudas, por esa forma de administrarse que no lo dejó superarse. A los pocos minutos, se arrepiente de su arrebato. Piensa que debió quedarse callada como siempre lo hacía, como la habían enseñado desde niña. Así no le daría pie a echarle nada en cara por la noche.

## 2008

La llamada que recibe esa mañana la hace responder de inmediato. Es Luisa, su nuera. La esposa de Max. Es muy extraño que la llame, por lo que sin dudarlo responde.

—Hola, tía, perdón que te moleste, pero es que estoy muy preocupada.

—Tú jamás molestas, hijita.

—Es Max, tía. Tiene un año yendo a unos cursos carísimos, que se supone son algo así como de superación.

—¿Por qué te preocupa?

—Pasa ahí días completos y paga mucho dinero por tomarlos. Dice que son cursos que lo van a ayudar a ser mejor empresario.

—Ay, hija, no le veo nada de malo. Pero si quieres hablaré con él.

—Es que tal vez no sea bueno que sepa lo que yo te dije, tía.

—No te preocupes, déjame pensar a ver qué se me ocurre.

### §

Es el último lunes de junio y Max asiste a la primera sesión de un curso de cinco días. Más vale que las doce horas de cada día justifiquen los sesenta mil pesos que cuesta, piensa. Su amigo Rubén lo había convencido de ir mientras le aseguraba que sería la experiencia de su vida.

Al llegar, les piden que se quiten los zapatos. Como los chinos, piensa Max. En la pared del salón cuelga una fotografía de Keith Raniere, “la persona más ética e inteligente del mundo”, le habían hecho saber desde el primer día. *Proctor* Paola preside la sesión.

—La misión para salvar el planeta no es cualquier cosa —dice ella. Su cabello recogido hace pensar a Max en alguien muy profesional—. Ustedes están aquí para iniciar un camino especial —recorre con la mirada a los cinco hombres y tres mujeres—, este

camino es único y no cualquiera puede acceder a él. Están a punto de romper, para siempre, con esos pensamientos que los tienen atados y no los dejan desarrollarse. ¡Bienvenidos a Executive Success Program! —dice mientras saluda a cada uno con las dos manos, la izquierda de ella por encima siempre. A Max le parece extraño, como si fuera demasiada efusión para un saludo con alguien que acabas de conocer—. Hay algunas reglas y rituales de nuestra organización de los cuales les quiero hablar.

¿Rituales? A Max le desagrada el término. Con el índice derecho ensortija un mechón de cabello como ha hecho siempre desde que era niño, cuando su profesor de fútbol les explicaba la alineación que utilizarían en el partido de la semana, como lo hace también Renata cuando necesita entender un proceso en el negocio o cuando creaba programas en el colegio. La *proctor* explica que el propósito es que entre aspiraciones, respeto y tributo, el fin último sea cumplir la misión de ESP.

—Como el programa está diseñado para crear personas integradas y enteras, se necesita primero descubrir desintegraciones e inconsistencias en tu sistema de creencias y en tu comportamiento —continúa la *proctor*.

¿Rituales? ¿Desintegración? La incomodidad de Max es notoria para Rubén, por lo que en un murmullo le pide calma. Se conocen desde el preescolar. Juntos habían hecho travesuras, algunas más graves que otras. En particular, le viene a la memoria aquella inolvidable cuando Max lanzó cohetes al techo donde dormía el religioso que los cuidaba durante un retiro espiritual. Tres días de suspensión para ambos. Por lo general, los castigos siempre eran para los dos, ya que cuando uno ideaba el otro secundaba, o viceversa. Es una amistad forjada como el acero de una espada. Si uno es la empuñadura, el otro es la hoja.

—Lo primero que deben aprender es la misión en doce puntos, que deberán repasar en cada sesión. Recuerden que su misión los ayudará a controlar el dinero, las riquezas y los recursos del mundo. Al final de cada enunciado, diremos: “Gracias, Vanguard”, como un reconocimiento al fundador. Cuando entre uno de los miembros de la jerarquía, deberán ponerse de pie en señal de respeto —explica con

calma *proctor* Paola y después los anima a recitar—. “El éxito es un estado interior de conocimiento claro y honesto de lo que soy, mi valor en el mundo y mi responsabilidad de las reacciones que tengo ante todas las cosas. Gracias, Vanguard”.

—Ultimadamente no hay víctimas, por lo tanto, no elegiré ser una víctima.

—Gracias, Vanguard.

—Estoy comprometido con mi éxito. Comprendo que todos debemos elevarnos a nosotros mismos —y, por lo tanto, elevar a todos los demás— al igual que todos los demás nos elevan. Esto es interdependencia.

—Gracias, Vanguard.

Max escucha hipnotizado. La idea de formar parte de ese grupo donde están el hijo de un expresidente mexicano, empresarios y hasta actrices estadounidenses le parece emocionante. No es poca cosa, por algo lo habrán invitado, algo le habrán visto de valor, piensa convencido.

—El éxito obtenido por mis propios medios es éxito ganado. El verdadero éxito no se puede robar, copiar u obtener por azar. No aparentaré ser exitoso por estos medios o por ningún otro. Me ganaré mi propio éxito.

—Gracias, Vanguard.

Siguen enunciando puntos hasta que llegan al de la confidencialidad.

—Los métodos e información que aprenda en ESP son para mi uso personal. No hablaré de ellos ni daré a conocer a otro conocimiento de ellos fuera de ESP. Parte de la condición de ser aceptado en ESP es mantener toda su información confidencial. Si violo este compromiso, estoy faltando a una promesa e incumpliendo mi contrato, pero más aún, estoy deteriorando mi honestidad interior e integridad.

—Gracias, Vanguard.

Comunicador como es por naturaleza, el no poder hablar del curso lo tiene algo inquieto. Max se siente incómodo con este punto, pero se convence de que algunas mentes pequeñas no entenderían, y de ahí el secretismo.

Le llaman la atención unas bandas de colores colgadas en la pared.

—¿Para qué son esas? —pregunta al que está junto a él.

—Las usan los nexianos según el grado de conciencia, o algo así —le responde.

Más adelante aprenderá que las blancas pertenecen a los estudiantes, las anaranjadas a los procuradores y las verdes a los procuradores *seniors*. Vanguard usa una blanca, simbolizando al eterno estudiante, pero del doble de ancho, dada su superioridad.

—Muy bien, grupo. Vamos ahora a iniciar nuestra exploración emocional. Todos tenemos recuerdos que nos han causado gran dolor. Vamos a autoexaminarnos para encontrar esa memoria.

Max intenta concentrarse, pero no puede. No sabe cómo ver adentro. Todos tienen los ojos cerrados y él los observa. Paola le lanza una mirada de entendimiento, como si le dijera “A mí me pasó lo mismo”, y el joven cierra los ojos. Ese gesto tan simple le bastó para confiar en ella.

Tras unos minutos, Max recuerda algo. Sus papás ven televisión y él trae las calificaciones con cuatro materias reprobadas. No está seguro del grado, tercero o cuarto de primaria, pero eso no es importante. Cuando su padre revisa la boleta, lo mira y grita: “Eres un inútil *buenoparanada*. *Buenoparanada*, ¿me entiendes? ¡Te voy a sacar de la escuela que tanto trabajo le cuesta a tu mamá! ¿No te da vergüenza? Vete de aquí, yo no te voy a firmar esas calificaciones”. La escena se repite los siguientes meses hasta que, al final del año, Max tiene que hacer cursos especiales para aprobar. “Eres un inútil”, es el aprendizaje de ese año.

Max trata de entender la interpretación que tiene de ese recuerdo. No le ve mucha significación, su papá cree hasta la fecha que su hijo mayor es un inútil. Sin embargo, mientras más vueltas le da, se da cuenta de que el inútil había sido su papá por no haberlo ayudado a superar su dificultad para la escuela. También entiende que los pensamientos de su papá son solo eso. Lo que una persona piense de ti no tiene que afectar tu propia valoración. Para Max, fue un momento de iluminación. Se sintió ligero, renovado.

Al mediodía toman una hora para comer. Por la tarde, tendrán que responder un cuestionario como parte del autoconocimiento nexiano y les será asignado un *coach* con el que tendrán llamadas dos veces por semana para darles el seguimiento.

Las doce horas que duró esa jornada del ESP se le hicieron pesadas; sin embargo, al terminar el día, supo con certeza que estaba en donde pertenecía.

## §

Subir en la organización no es un gran problema para Rebeca ni para Gaya. Ellas piensan que Vanguard y la prefecta en verdad son personas excepcionales que las ven por sí mismas y, aunque al principio obedecer les costó gran trabajo, poco a poco aprendieron a realizar cualquier acto sin sentido, solo por el hecho de haber sido ordenado. En esas ocasiones, Rebeca recuerda aquella anécdota que les contaba un padre en la escuela: “Aprendí en la Legión a enterrar una lata de sopa sin cuestionar para entender el sentido de la obediencia ciega”. Igual que ellas en NXIVM. Y es que la obediencia es la base de todo en esas organizaciones, pues sin ella nada funciona. Las hermanas así lo asumen.

Por eso, cuando les pidieron que se fotografiaran sin ropa en una pose en la que se exhibieran por completo, no lo dudaron ni un instante. Era requisito y garantía para pertenecer a DOS, Dominante Sobre Sumiso, y asegurar que nunca lo abandonarían, les dijeron. Debían ser sumisas a Allison. ¡Qué fortuna la mía, se alegró Gaya, que ella sea mi Ama es algo que nunca podría haber imaginado! Luego, cuando mi Ama lo considere, podré pasar a servir a Keith, como las otras cinco que forman el grupo de mujeres más selecto dentro de NXIVM. Una entrega, así como la que vivimos cuando estábamos en el Regnum Christi, pero que luego dejamos. Ahora es distinto. Nuestra entrega será total e incondicional.

Las hermanas no lo han comentado entre ellas, pero ambas consideran que estar cerca del Máster es un privilegio y distinción tan grande que una fotografía no significa más que confianza total.

## 2009

Como cosa inusual, Max se levanta más temprano. Le sobran algunos minutos antes de enfilarse al centro NXIVM. Está ansioso por llegar. El día anterior, *proctor* Paola y *proctor* Domingo llevaron las sesiones. Hoy, como sorpresa, está Nancy Salzman o *prefect*, como deben nombrarla. Ella es la mujer que le ha dado el sustento al esquema de los cursos ideados por Raniere.

—¡Estamos comprometidos con nuestro éxito! —corean, como está estipulado para el inicio de cada sesión.

Después de leer los doce puntos, Nancy toma una silla y se sienta frente al grupo. Los recorre con la mirada, los mide, lee sus posturas corporales, distingue en la mayoría esa mirada que es casi una súplica por el reconocimiento. La necesidad de reconocimiento es como el resorte que impulsa a esos niños que, en la escuela, alzan el brazo más alto que todos, levantados sobre el pupitre para sobresalir, y Nancy lo sabe.

—En los últimos años, ustedes han tenido la maravillosa oportunidad de cambiar datos por datos, trabajando con el cuestionario que creó nuestro fundador, Vanguard. Se sintieron renovados, aligerados. Durante este tiempo, han tomado otros cursos, han traído nuevos miembros y su compromiso es notable, pero hoy trabajaremos en un nivel superior.

Max recuerda el primer curso que tomó y cómo estaba deseoso de continuar. Sentía que lo había ayudado a conocerse y, sobre todo, le había dado herramientas para ser mejor empresario. A diferencia de su padre, él tenía una inteligencia aguda y había desarrollado una gran habilidad para dirigir el negocio. Y, como siempre estaba haciendo planes de crecimiento, sentía que cada curso estaba pensado para él. Su sentido de pertenencia y el reconocimiento son fuertes motivadores.

—¿Alguno sabe lo que significa *Jness*? —ninguno de los nueve responde—. Qué bien, me alegra, eso significa que ningún otro miembro ha violado la confidencialidad. Bien saben ustedes que la falta a este punto de nuestra misión implica un castigo.

Por primera vez en esos dos años, Max escucha la palabra castigo. Hasta ahora todo había sido hablar de éxito, riqueza, salvación del planeta. Una misión y un compromiso que le había costado una fortuna, pero como había captado a un buen número de miembros nuevos, los descuentos vinieron con ellos. *Jness* costaba cinco mil dólares por cada taller de ocho días y eran once cursos en total.

—En esta sesión, cada uno deberá expresar experiencias de vida o sexuales en las que el sexo opuesto los haya hecho sentir reprimidos o apenados. Mediten un momento en esto. Revisen su interior y recuerden ese instante en el que quisieron huir, salir corriendo por algún comentario que los humilló.

Victoria, la dueña de un colegio muy afamado en Las Lomas, se anima a iniciar la sesión.

—Tenía trece años y una maestra del colegio nos invitó a un viaje por varias ciudades del país, era el primer viaje sin la compañía de mis padres. Me sentía mayor, aunque en verdad era la más chica del grupo. Las demás tenían quince años. Una tarde que recoríamos la avenida principal de Mérida, un muchacho me apretó el busto. Era la primera vez que un hombre me tocaba. Le dije que no, pero siguió acariciándome hasta que me separé y corrí. Me sentí avergonzada, una tonta por no haber dejado que el muchacho me siguiera acariciando, sentía que era mi deber dejar que me tocaran.

—Gracias por compartir, Victoria. ¿Alguien más?

Uno a uno, se levantaron para hablar de sus experiencias. Rechazos, abusos, burlas, manipulación, los temas fluyeron y el río de sentimientos también. Las cuatro mujeres del grupo pronto acusaron a los hombres de ser la causa de muchas de sus desgracias.

—¿Se dan cuenta de todo el rencor que cargan las mujeres? Para corregir eso está diseñado el curso de *Jness*. A partir de este momento, solamente las mujeres podrán continuar en ese curso.

Pero no se desanimen, señores, ustedes seguirán en SOP, *Sociedad de Protectores*, un grupo exclusivamente para hombres. Hemos comprobado, con evidencia científica, que la formación diferenciada es mejor porque está dirigida a la psicología masculina y a la femenina en un entorno personalizado.

—¿De qué tratan estos cursos?

—En la sesión de mañana lo verán.

## **LA CAÍDA**

## 2010

Si algo es posible observar a lo largo de la Historia, es a personajes que se elevan sobre el resto. Por lo general, enarbolan una causa, una bandera, una idea, una lucha y arrastran tras de sí a multitudes. Alejandro Magno, Moisés, Gandhi y otros más. De entre todos esos personajes, se podría decir que Marcial Maciel fue un genio como pocos. Depravado, amoral, psicópata, pero genio. A la sorpresa de los abusos siguieron las reacciones que, entre sus cercanos, fueron de lo más variadas. Estaban quienes lo justificaban:

—Todos los grandes santos han tenido debilidades, se debe ver todo el bien que ha hecho y colocarlo en una balanza —decían quienes intentaban justificarlo, aferrados a una institución por la que habían apostado la vida.

*Sobre todo, lo hacían las mujeres, pienso que debido a ese instinto maternal que nos impulsa a no ver los defectos de nuestros vástagos.*

Para ellos, era comprensible dejar pasar el que hubiera abusado de algunos niños cuando había impulsado la educación, la fe, la acción social. Muchos eran los beneficiados de todas sus obras de apostolado, y de esa idea se valieron para mantenerse en sus puestos dentro de la institución religiosa. Seglares, consagrados y sacerdotes. Se le perdonaban al fundador esos “deslices”, así como la adicción a los calmantes que había adquirido tras una cirugía en la que le colocaron una placa de metal en la cabeza. ¡Pobre hombre!, cargando todo eso a cuestas, además de la enorme misión para la que Dios lo había elegido y que tanto bien había hecho a la Iglesia, decían al interior de la Legión y el Regnum Christi. Había sido el favorito del Vaticano y de los últimos papas, hasta que llegó

Benedicto XVI y lanzó una investigación de la que él mismo ya había tenido conocimiento, cuando había sido prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cargo que le fue asignado por Juan Pablo II y en el que sirvió durante veinticuatro años.

*Todo eso se lo perdonaron; lo que no le pudieron perdonar fueron las vidas que llevaba con dos mujeres. A una de ellas, la mexicana, le decía que era agente de la CIA y que por ese motivo tenía que viajar por todo el mundo. Con ella tuvo dos hijos —de los que también abusó—. Con la otra, la española, afirmaba ser un magnate del petróleo y que por eso debía viajar constantemente. Con ella tuvo una hija. Estas tres vidas que llevaba como sacerdote, agente y petrolero fueron una genialidad, pero resultó imperdonable.*

Le pudieron perdonar los abusos a decenas de niños, las mentiras con las que inculcó a las víctimas, su adicción, todo era excusable, menos que tuviera mujeres y faltara al voto de castidad. El golpe fue tan duro que los miembros del Regnum Christi y los sacerdotes comenzaron a cuestionar y abandonar ese espacio, para ellos, antes privilegiado. Se sentían favoritos dentro de la Iglesia y ahora solo inspiraban compasión. Muchos otros, con el tiempo, se sobrepusieron a la caída del hombre que creían santo y que adoraban como una excelsa figura paterna tocada por Dios. Limpiaron los escombros y volvieron a construir ese edificio humano, rescatando los ladrillos que habían quedado intactos, como un ave fénix que resurge de las cenizas.

Cuando Renata recibe la noticia de las dos familias, se refugia en su habitación, ese espacio propio donde se encuentra cara a cara con Dios. Reclama, llora lágrimas de incredulidad, de dolor, de rabia, de impotencia, de fe. Después mira a la Renata que, en aquellos días remotos, le parecía una aberración operarse para no tener más hijos. Entonces se ríe de sí misma. Hace un recuento de lo bueno que recibió por parte de los padres, consagradas y de otros miembros del Movimiento.

Lo primero es un grupo de amigas entrañables que, durante años, se han mantenido unidas.

*Y no es de extrañar que piense así, las mujeres hemos necesitado mujeres desde toda la eternidad. Ahí están las moiras, las furias y las mismísimas gorgonas con Medea entre ellas. Luego las Amazonas, las valquirias y las vikingas. Las religiosas, las ciclistas, corredoras y hasta las que forman eso que llaman clubes.*

De todas ellas, a Marcela le tiene un cariño especial, es su gran amiga con la que fraguó complicidades y aventuras. Con otras asistía a misiones, organizaba misas y eventos o se reunía alrededor de un mazo de barajas para arreglarse la vida entre tequilas.

Las becas escolares sin las cuales no habría podido pagar las seis colegiaturas. La educación, desde preescolar hasta preparatoria, se la debía en gran parte al colegio legionario donde estudiaron.

Dar y darse es una oportunidad que reconoce como la más importante de todas. Entre las obras apostólicas en que participó, logró encontrarse con personas de distintos grupos sociales. Conoció políticos y mujeres a las que se les dificultaba entender el concepto de dignidad humana, y que existía la posibilidad de una vida sin que las golpearan. A una mujer la golpeaba el papá, el hermano, el esposo, y así también a su mamá, a sus hermanas, a sus tías y a sus abuelas. ¿Existía un modo distinto de ser mujer?

Ahí aprendió a conocerse, a entrar en su mundo interior y ver, como un espectador de una obra de teatro, los motivos por los que hacía determinadas cosas o reaccionaba ante otras.

## 2011

Hay días que Gaya desearía borrar, días que la marcaron profundamente. Fechas en el calendario que siempre vuelven a su memoria porque algún detalle se las asocia. El sabor agrio que queda tras una resaca persiste en el paladar, se guarda entre las papilas y la más pequeña sensación nauseabunda le recuerda esa noche de alcohol en exceso en el Baby'O de Acapulco.

Ese día, Allison hace una propuesta que a Gaya le parece desagradable. Sin embargo, no era la primera vez que obedecía, a pesar de lo que sentía. Había aprendido a mostrar su cuerpo desnudo ante Vanguard, como un ejercicio de autovulneración que la llevaba a aniquilar su voluntad y a dejar que solo la de Ranieri prevaleciera. Estaba convencida de que él había alcanzado una perfección a la que ella apenas podía aspirar. Había entendido, a base de repetir esa exposición, que su cuerpo era algo bello y que eso que llaman "pudor" era una construcción que debía derrumbar. No debía sentir vergüenza de su cuerpo porque así, tal cual, era una belleza que merecía mostrarse.

Cuando escucha la propuesta de participar en una orgía de sexo oral con Vanguard, como una experiencia para integrarse más y fortalecer el vínculo que tienen entre ellas y el fundador, la idea le provoca repulsión, pero a Keith le parece excelente. Gaya hace lo que otras veces: evitar pensar en las consecuencias. Como un periscopio que gira hacia otro punto del horizonte, así había ingeniado un mecanismo que le permitía no ver lo que le desagradaba y enfocarse en lo positivo del ideario de NXIVM. A fin de cuentas, la salvación del planeta era una misión muy grande, se convencía.

Cuando su hermana Beca rechaza la propuesta y dice que ella no participaría, quiso taparle la boca, impedir que el fundador la

escuchara porque lo que hacía era impensable. Nunca, pero nunca, se debía desobedecer una orden, por más absurda que fuera. Iba en contra de todas las reglas que libremente habían aceptado. Además, sabían que la obediencia era el mejor aprendizaje. Le apena que su hermana no siga a las demás y, al mismo tiempo, siente miedo por ella. Nunca había visto a nadie enfrentar una orden directa del fundador.

Al cabo de unos días, Keith invita a Gaya a caminar con él. Es una práctica común verlo pasear por los jardines de la casa en Albany con algún nexiano.

Primero, quiere indagar sobre cómo se siente respecto de la propuesta de Allison e insiste en que es una muy buena idea para generar una mayor integración de ese grupo especial de mujeres, sus más cercanas, las más importantes en la organización. Ella cree cada una de sus palabras como si vinieran de la perfección misma. Cuando esa expresión siempre serena le pide, con delicadeza, encerrar a Beca sin llave en una habitación como castigo, le parece una niñería. Aclara que él dirá cuándo considera que ella aprendió la lección para dejarla salir. Gaya confiaba que sería pronto, un par de días a lo sumo, pero los días se volvieron semanas y las semanas, meses.

## 2012

Tener cáncer es uno de los sucesos más difíciles de asumir. Tenerlo por segunda vez puede romper las certezas de cualquiera, porque renueva la incertidumbre, el miedo, el enojo, la depresión y todo lo que se ha querido dejar atrás, lo que ya ha quedado como un recuerdo más. Marcela lo asume con una fortaleza inaudita y, con esa misma fortaleza, lo desea comunicar a Renata para que no lo sepa por otra boca; que sea ella misma la que le diga, que la noticia la reciba con un preámbulo, como se hace cuando se notifica la muerte de alguien querido. Porque cáncer y muerte, por muchos años, han sido sinónimos.

*El cáncer es temido por todos desde que lo descubrieron hace cinco siglos en Egipto. Su sola mención los estremece. En ocasiones, llega con gran estruendo, hace ruido con sus maracas como si quisiera avisar que es su fiesta, muy suya la fiesta que pondrá a todos de cabeza, con la atención centrada en esa persona, infante inocente o adulto malhechor que tendrá el honor de ser su huésped. Provoca dolor, aparece un bulto, una temperatura que no cede y avisa que algo anda mal.*

*Pero otras veces lo hace con sigilo, como un atacante que acecha el momento. Se esconde entre los pliegues de una glándula, se mimetiza sobre la delgada membrana de algún órgano, se suma al torrente sanguíneo y pasa desapercibido hasta que, una revisión rutinaria o la inexplicable pérdida de peso, encienden la alerta de un intruso.*

Marcela se sintió una inflamación en un ganglio del cuello, una bolita apenas. Cuando una fiebre persistente y ese inusual agotamiento no

la dejaron ni jugar con los niños, fue que acudió al médico. Linfoma de Hodgkin, dijo él.

—¿Cómo, Marcela? —Renata llora sin poder ocultar el impacto que le provoca la noticia de este segundo cáncer. El de mama lo había superado diez años atrás—. ¿Cuál es la causa? ¿Qué van a hacer? ¿Cómo se cura? Sí se cura, ¿verdad? —se arrepiente de haber hecho esa última pregunta.

—No sé, querida. No sé. La verdad es que no sé nada todavía. Fuimos al hospital Ángeles con mi médico general y él me mandó con un oncólogo. Me hicieron unos estudios y, al parecer, son tres ganglios los que tienen células cancerosas. Me van a dar quimioterapia por lo pronto. Eso es todo hasta ahora, o no sé si Miguel me esté ocultando cosas, pero yo creo que no. Se ha portado demasiado bien conmigo. Todo el tiempo está pendiente de lo que quiero, de cómo me siento. Por las noches, se levanta a vigilar mi temperatura. Gracias a Dios que lo tengo a mi lado.

Renata la escucha en silencio. Intuye que en esos casos es lo mejor. Escuchar y dejar al otro que hable, que corra el torrente de pensamientos, sentires que pueden saturar el interior de una persona con un diagnóstico así. Toma una nota mental para investigar en casa eso del linfoma de Hodgkin. Le molesta no saber cuál es el pronóstico, si la debe animar a ser fuerte en el proceso o solo consolar para aceptar un mal desenlace. Ay, no, se dice. Eso nunca. No puede ni pronunciar la palabra muerte y asociarla con su amiga. No, no, no.

—Todo va a estar bien, vas a ver, amiga querida.

Al llegar a su casa, Renata hace una cita para sus exámenes de rutina. Tiene ya varios años que, por el trabajo, lo dejó de hacer. No tiene ningún malestar, ninguna bolita, nada de senos calientes o deformes y, además, no estaba en sus prioridades económicas, siempre había alguna necesidad más importante que atender, por lo que fue dejando un año y dos y tres años sin revisarse. No puede dejar de pensar en Marcela y su forma de sobrevivir al primer cáncer, el de mama, del que estaba remisa y que ahora sufriera este otro. No es justo, piensa con una enorme pesadumbre en el corazón.

## 2013

Según Raniere, los dos años transcurridos no son castigo suficiente para Rebeca. Ella jura que no volverá a desobedecerlo, que ya aprendió su lección. Lloro a diario. Le ruega a Gaya que lo convenza de dejarla salir de la habitación, le pide que llame por teléfono a sus papás para que la liberen.

—Si Vanguard así lo ha ordenado, por algo será —responden los padres—, es por el bien de tu hermana y ella tiene que aprender.

Saben que si no apoyan a Raniere, correrán con la misma suerte que han sufrido otros padres según la consigna: “No rechaces a tu familia a menos que tu familia rechace a NXIVM, en cuyo caso necesitarás tomar otras medidas”. Esas “medidas” significan la ruptura total con la familia.

Aunque a Gaya le duele mucho la situación de Beca, ese día está más que feliz. Por fin, tendrá la ceremonia para tomar el voto que la ligará de manera permanente a esa hermandad de mujeres obedientes. El nerviosismo se le cuele en forma de sudor en las manos. No se trata solamente de exponer su cuerpo, ahora marcarán su piel para siempre. No duele mucho, la conforta Allison, y aun así tiene miedo al cauterio.

Entra desnuda a una estancia donde hay una mesa al centro. Sus hermanas en la fraternidad, desnudas también en un acto de sororidad, la colocan con las piernas extendidas, atan sus pies a los lados de la mesa y colocan sus brazos sobre su cabeza, en una postura de sacrificio. Ya la habían instruido sobre las palabras exactas que debía decir para llevar a cabo el ritual.

—Por favor, márkeme, es un honor que quiero portar por el resto de mi vida.

Luego, Danielle toma el cauterio y abrasa su piel. Gaya deja escapar un grito mientras marcan dos iniciales en su ingle derecha,

muy cerca del pubis. Una K y una R invertidas.

El resto del día reposa. Duele algo la herida, pero el orgullo que siente lo aminora por mucho: ya es miembro de DOS.

Al día siguiente, Raniere le levanta el encierro a Beca.

## 2017

El ginecólogo los cita la tarde de un jueves soleado de agosto. Son los últimos días del mes y ya se sienten los vientos frescos de septiembre.

—Óscar —lo tutea con la confianza que le dan seis partos y las revisiones mensuales de sus seis embarazos—, estoy nerviosa. Dime que no hay nada.

—Tranquila, tranquila —en su tono cordial se esconde un hilo de algo que Renata no sabe definir, pero intuye. Es la pena de comunicar una mala noticia a una paciente a la que le ha tomado cariño.

El médico extiende delante de ellos una hoja en blanco y anota, mientras comienza a explicar.

—Renata, los resultados de la biopsia indican que tienes un carcinoma lobulillar infiltrante, es un tipo de cáncer que suele ser bilateral.

Renata ve cómo se mueven los labios del doctor. Entiende el pesar con que se expresa y el tono, por momentos esperanzador, pero no puede comprender nada de lo que dice. Es como si en un instante la realidad se hubiera desenfocado, y por más esfuerzos que hace por escuchar y entender, le es imposible. Óscar hace anotaciones en la hoja, dibuja una mama, la areola, el pezón. Señala el lugar donde una semana antes había hecho la cirugía para extraer el pedacito, que era como una ramita, apenas una cicatriz debajo de la areola derecha. Ahí están las palabras que definen su cáncer. Un cáncer con nombre y apellido que la obliga a fingir, desde ese momento, que nada sucede. Ella recuerda en ese momento las palabras que alguien le dijo alguna vez: “Si lo crees, lo creas”. Entonces decide creer que no tiene nada, que todo está bien, es solo un cáncer pasajero.

—Lo siguiente es hacer unos estudios, Renata, para determinar si eres triple reactivo positivo o negativo a receptores hormonales. Según los resultados, el pronóstico será más favorable, o bien, quedarás en las manos de Dios. Hay que confiar que será lo primero.

Fabián permanece lívido durante toda la consulta. Toma la mano de Renata, más para sentirse seguro que para apoyarla. La aprieta con suavidad y en momentos con fuerza; no se da cuenta de que en ese gesto refleja su propio miedo. El de perderla.

Apenas salen del consultorio y el sonido de uno de los celulares les rompe el aturdimiento. Renata contesta.

—¿Qué te dijo el doctor?

—Es cáncer, Marcela querida.

Escucharse en voz alta la enfrenta y ya no puede decir nada más.

—¡Ay, no! —Marcela se aturde con la noticia. Carraspeó varias veces como hace cuando está nerviosa o cuando la perturba una situación. También cuando no quiere hacer algo a lo que se siente obligada, como ir a una cena sin tener ganas o hacer el amor los domingos que termina cansada. Carraspeó otra vez—. Te busco luego.

La amistad de décadas les ha dado la delicadeza de entenderse y quererse así. Renata sabe que tardará en procesar el dolor que le causa, y solo cuando lo tenga asumido volverá a buscarla, porque ya tendrá los recursos internos, la fortaleza para acompañarla.

—Sí, amiga querida, no te preocupes, te espero.

## §

*La idea de que dos cometas puedan colisionar parece imposible; sin embargo, sucede en el sistema que habitamos. De esa colisión, en ocasiones, surge un cometa más grande, más fuerte, pero para Renata y para su hijo Max las cosas fueron en sentido opuesto.*

El tráfico de Reforma estaba desquiciado, como si fuera fin de mes y los sobres con el pago, las billeteras y cuentas bancarias fueran una

invitación a salir a gastar. Toda la ciudad aportaba a esa locura de cláxones, coches con choferes desesperados por avanzar en las rotondas y pasajeros de rostros tan conformes como esos que muestran en las películas a líneas de obreros aletargados. Alienados. Eso hace que el tráfico en la ciudad se perturbe de alguna forma, pero madre e hijo, a diferencia, están sumidos en una discusión.

—Te digo que te salgas de ese lugar, Max. Te tienen bien agarrado, eso sin contar con el dinero que te han estado cobrando.

—No los conoces. Además, tú estuviste metida durante años con los padres. No te queda hablar.

—Precisamente, por eso te lo digo: no debes creer todo lo que te digan. Los padres no nos engañaban a propósito. Ellos no sabían nada de lo que sucedía con esos niños.

Renata revive las mañanas en el Centro de Señoras, cuando les presentaban imágenes de los primeros años de vida del instituto religioso en las que el fundador aparecía rodeado de niños alegres, niños que en ese momento ignoraban lo que vendría después. No lo que se mostraba al mundo, sino lo que ocurría entre las habitaciones y baños a media luz. Los abusos a los niños, la adicción del fundador, el engaño de la triple vida de Marcial Maciel, que llevaba a sus mujeres a los centros de formación de los Legionarios presentándolas como bienhechoras, como familiares. Todo aquello que, durante años, creyó eran mentiras para demeritar la santa imagen del fundador. Ataques a la Iglesia, decían. La lucha contra el mal, replicaban. Los enemigos de la Iglesia y *Vince in bono malum*. ¿Era posible ver todo bajo el mismo criterio? Ella pensaba que había mucho de bueno en el Regnum Christi. Los colegios para alumnos sin recursos, los centros para promover los valores en la familia, las obras destinadas para la superación de la mujer, la bioética, la promoción de la fe. Todo eso era real y estaba ahí también, pero siempre estaba lo otro que empañaba. ¿Podría el árbol malo dar frutos buenos? El evangelio decía lo contrario. Entonces ¿a quién creer?, ¿qué creer? ¿Existe una verdad?

—Esto es diferente, madre.

Max admira a Renata, pero a veces le parece que es un poco ingenua. NXIVM es un centro de superación profesional a la que

acude el hijo de uno de los más importantes expresidentes de México, y Rafael, uno de sus mejores amigos, es una persona inteligente y fiable, uno de los más importantes empresarios en la Ciudad de México. Él afirma estar en una institución seria y probada, con un líder extraordinario; no es lo mismo que el movimiento religioso al que pertenece su madre, porque a pesar de las noticias sobre el padre Maciel y sobre la intervención del Vaticano, ella todavía acude al Centro y le dedica tiempo a conseguir becas para los niños sin recursos. La observa de reojo, a su lado, en el asiento trasero. El tiempo la ha vuelto una mujer obesa, vestida con gusto, pero siempre buscando ocultar esas partes de su anatomía que le desagradan, que la degradan frente a los cuerpos perfectos de sus amigas sesentonas, pero que no dejan de ir al gimnasio o a pilates un solo día. Sobre todo, le molesta el seno amputado y que, a pesar de las cirugías a las que se sometió, no le quedara con el volumen que tenía originalmente. La queja de tener un pecho más grande que el otro se suma a la de las cremas caras, porque no han podido eliminar las arrugas de esa piel flácida que tanto la irrita. Fueron días duros esos que pasaron para pelear contra el cáncer, porque no fue solo su madre, el cáncer afectó a Fabián y a cada uno de sus seis hijos de distintas formas. Las reacciones fueron variadas, desde la de su marido, que hizo como que no sucedía nada y actuaba como si ella estuviera bien, hasta la del más pequeño de sus hijos, al que le parecía que su madre habría de morir en cualquier momento. Y, de alguna manera, la posibilidad de morir cambió a Renata. Pasaba horas sentada en el sillón de la televisión dejando correr los días hasta que, de nuevo, llegaba el momento de expandir la piel del seno. En esas ocasiones, asistía a la clínica siempre sonriente, de un falso buen humor que estaba muy lejos de sentir. La pasaban, entre bromas, a uno de los privados, donde le aseaban el área plana que ella se rehusaba a ver y donde antes había estado ese pecho que tantas veces alimentó a sus hijos. Hábil con las manos, el médico utilizaba un imán para encontrar el dispositivo interno a través del cual inyectaba solución salina a la bolsa llana que le habían dejado adentro, y que en cada sesión crecía en volumen y estiraba su piel.

—Una vez que tengamos el volumen deseado, quitaremos ese expansor para colocar una prótesis y que recuperes tu aspecto anterior —había dicho el médico en tono afectuoso, el mismo que utilizaba con ella en cada sesión—. No podemos quitar la cicatriz, esa se queda ahí, pero es posible tatuar una areola y un pezón, incluso se puede hacer un pequeño zurcido que asemeje el pezón natural —remedios para aminorar el daño de la mutilación que me mantuvo viva, piensa ella con amargura.

Invariablemente, se detenía de regreso de la clínica en una panadería, compraba una caja de pan dulce y volvía a casa a sentarse al sillón, frente a la televisión, a llorar y comer pan dulce para consolar su coraje. Maldito cáncer que se le había colado sin invitación hasta trastocarle la vida y paralizarla con la fatalidad de una descarga de anguila a mitad del océano. Así lo sentía y lo sentiría siempre. Si otras mujeres pudieron sobrellevar una mastectomía radical y salir ilesas del evento, ella no. A Renata le carcomía el haber perdido parte de esa anatomía suya que, ella afirmaba, la volvía femenina.

—Es lo mismo —insiste Renata—, no seas necio. Pero tú sabes lo que haces.

Renata encomendó a su hijo a la Virgen y, ese mismo día, pidió cita con el legionario que le da la dirección espiritual. Ese tema de NXIVM la había tenido siempre preocupada, desde que su nuera habló con ella por primera vez, cuando Max entró hacía nueve años ya. Con seguridad, el padre la orientaría bien.

## §

El veneno que nada en su sangre la hace devolver el estómago con violencia. Apenas llega al borde del inodoro, sus manos se convierten en garras que la sostienen entre cada arcada. Vienen con la fuerza de un océano desbordado una y otra vez, hasta que le secan el tracto. Rendida sobre los azulejos, adosa la mejilla sobre el frescor de la cerámica y aprieta los ojos rogando que aquello se detenga.

La náusea vuelve otra vez y otra vez durante dos días seguidos. Solo el tercer día puede volver a su otra rutina, la que vive como una película alterna sin saber cuál es la vida real.



Se sabe que, en los temas del cáncer, hay días buenos y días malos. Renata lo acepta y sus hijos también, por eso aprovechan esa tarde y los seis se reúnen en casa. Le quieren mostrar algo que han hecho para ella.

Max sostiene un marco de madera cubierto con un trozo de tela. Trae una sudadera con la capucha puesta.

—Tienes que cerrar los ojos —dice en tono solemne. Con cuidado retira el lienzo—. Ya los puedes abrir, mamá.

El cuadro está pintado con muchos colores brillantes, alegres, optimistas, tan confiados como puede estar quien ve en piel ajena un suceso como el cáncer.

## **OFRECIMIENTO POR MAMÁ**

Obedeceré a la primera.  
Compartiré mis juguetes.  
Ordenaré mi cuarto todos los días.  
Buscaré una beca para la universidad.  
Iré a misa los domingos y dejaré de tomar.  
Ya no voy a fumar.

—Qué lindos tus hermanos en ofrecer todo esto, pero no es necesario. Con que aprendan a organizarse sin mí, será suficiente.

Sigilosos, entran los otros cinco con las cabezas cubiertas. Al unísono, muestran sus cráneos rapados, blancos, contrastantes con el resto de su piel. Ansiosos, esperan la reacción de Renata. A todos les ha costado sentarse en la peluquería o el salón de belleza, pedir un corte a rape, sentir la máquina labrar el cuero cabelludo al abrir los surcos, como si fueran un campo de sembradío y, finalmente,

pasar la mano para sentir la aspereza de unos cabellos que han sido podados. Renata había pasado por ese proceso apenas unos días atrás. Se le inundan los ojos con la ternura que provoca ese gesto que, como nunca, habían hecho todos juntos. Implicó, quizás, que alguno tuviera la idea y que los demás se lo pensarán; algo como: “Piensa rápido, porque iremos mañana”.

—¿Por qué hicieron eso, hijitos?

—Impondremos moda en Las Lomas.

Esas cabezas rapadas significan todo lo que ellos no pueden decirle y que lloran con sus amigos, con el terapeuta, con el maestro, con cualquiera que se siente a su lado y quiera escucharlos. Mamá tiene cáncer, mamá está enferma, mamá se siente mal, mi mamá quiere hacerse fuerte, pero llora y nos damos cuenta.

Siete cabezas rapadas, arremolinadas entre las sábanas de la cama. Ese ha sido un buen día, todos lo saben y, sin embargo, Renata siente que ya no puede más. Le duelen las coyunturas, ha perdido mucho peso, su piel parece papel de china, delgada y más agrietada de lo que debería tener una mujer con casi seis décadas a cuestas de privaciones, pero ahora sí, por fin, con un negocio que le permite tener tarjetas suficientes para comprar las mejores cremas. Está segura de que en ella el tiempo no pasó, se quedó en cada uno de los surcos de su cara. Un rostro al que se le ha evaporado la ilusión como la humedad de un río al alba.

## §

Max llega temprano por la mañana a casa de Fabián y Renata con ojeras muy marcadas. Es extraño que vaya a esa hora, por lo que pronto se sientan los tres en la sala de estar.

—Luisa quiere el divorcio. Tiene una idea extraña de que los cursos que tomo y mis viajes a Albany me han alejado de ella, pero no es cierto. Es ella la que no quiere entender todo el bien que se puede recibir en NXIVM.

—Sabes que no estoy de acuerdo con esos cursos que tomas — Fabián no oculta su disgusto y no está dispuesto a apoyar a su hijo.

Su nuera tiene razón.

—Es porque no los conoces. Si los conocieras, si me hubieras acompañado como te lo pedí, te darías cuenta. También Luisa. No puedo olvidar que me hizo pasar una de mis peores vergüenzas con Nancy, la prefecta. Todo un día estuvo en Albany y no quiso aceptar la invitación que le hicieron. Si ella hubiera aceptado, los dos estaríamos hablando el mismo lenguaje. Aunque estuviéramos mal, como tú dices, pero estaríamos juntos. No cada uno por su lado con sus propias ideas como estamos ahora, con ideas totalmente opuestas.

A Renata la noticia le provoca un incipiente dolor de estómago y se frota la parte baja del abdomen sin decir una palabra. Está de acuerdo con Fabián, de las pocas veces en que coincide con él y, con todo, prefiere callar. Es un silencio prudente el que la mantiene a la escucha mientras interioriza la catastrófica noticia. Es su hijo mayor, ¿cómo puede ser? Ella también le da la razón a Luisa. En la mente, toma nota de llamarla tan pronto salga Max. No sería la primera vez que tienen problemas, ya antes hubo una infidelidad menor, como la llamaba su hijo, un flirteo sin consecuencias concretas. Algo que se dio en mensajes y que Luisa vio por casualidad. A su nuera, la posibilidad de que Max pensara en alguien más le bastaba para considerarlo una traición. Renata había charlado con ella largo rato dándole la razón, pero haciéndole notar que no había pasado a mayores.

—¿Tú nunca has sentido atracción por alguien más? —le susurró Renata—, ¿un deseo que por las noches te agita el sueño? ¿No has dado un beso un poco más largo o un abrazo en el que quieres fundirte? Eso también es infidelidad. El deseo no tiene preferencias ni hace distinciones. Pero tú sabes.

*Me parece que Renata no tenía idea de quiénes fueron Afrodita, Dionisio o Coatlicue. Y que desconoce la relación homosexual entre el mismo Zeus y Ganímedes, la única permitida por los celos de su esposa Hera. Los modos de pensar y las conductas*

*humanas cambian entre las eras, pero en algunos temas siguen donde siempre.*

Luisa bajó la mirada y no dijo nada en aquella ocasión. Perdonó a Max y siguieron adelante, pero esto era distinto, como si su marido se hubiera convertido en otra persona. Ya no lo reconocía en las charlas sobre los hijos y los amigos, ahora todo era Raniere, NXIVM, el curso, los afiliados que iba haciendo para los distintos cursos, la salvación del planeta, el desarrollo de la potencialidad que él tenía y de la que ella debía ser parte. No lo entiende.

Hizo un esfuerzo cuando Max la llevó a tomar el Cuestionamiento Racional, episodio que se mantiene vivo en ella a pesar de los años. Llegaron al 455 de Kerner Woods, en Albany, Nueva York. Un gran letrero en el jardín anunciaba que ese lugar era sede de Executive Success Programs y la casa, de ladrillo café, tenía en la puerta grabado el mismo anuncio. No pasaba desapercibido un letrero en uno de los espacios del estacionamiento: Reserved parking for N. Salzman. Luisa inició el curso a las nueve de la mañana, junto con otras veinte personas. Asistió a conferencias, inducciones, testimonios y conversaciones individuales con las que a ella le parecieron personas de mayor rango; una especie de formadores o facilitadores. No sabía el título exacto. Durante horas intentaron que ella aceptara un trauma inicial, del cual se desprendían todos los obstáculos para su desarrollo personal. Siempre hay algo, un evento, una situación de infancia que tenemos guardada en el interior. Luisa no se encontraba ninguna. El colaborador que le tocó, desesperado por no lograr ningún avance con ella, se dio la media vuelta. Tuvo que intervenir Nancy Salzman. Luisa sintió sobre ella las miradas de todos los que estaban desperdigados en el salón, en grupos de dos.

—Qué privilegio que Nancy le haga la terapia EM —decían con envidia—. ¿Quién es esa mujer a la que la prefecta le brinda el regalo de su atención?

Hablaron hasta las siete de la tarde. Fueron tres horas durante las cuales la prefecta intentó convencerla de que su miedo, su freno, era el no saberse entregar a los demás. A Luisa aquello le pareció

absurdo. Cuando le dijo que no, la prefecta se levantó de su silla y alzó la voz para que todos la oyeran.

—¿Qué les parece? Luisa dice que estoy equivocada —la anterior mirada de envidia y admiración se volvió reprobatoria. A partir de ese momento, todos la vieron con un desdén reprimido.

*Ya lo decía yo al principio, ¿por qué habría alguien de persuadir a otro de pensar igual? ¿Dónde queda la libertad de pensamiento? Esto Luisa lo entendió muy bien, si no, habría sido otra historia.*

Al día siguiente, durante el desayuno, Nancy miró fijamente a Luisa y le volteó la cara. Estaba decidido, ese grupo y esas ideas no eran para ella.

## 2018

El 25 de marzo de 2018 los periódicos anuncian una nota que Max lee con incredulidad: Keith Raniere, líder de la secta NXIVM, cuya sede está en Albany, Nueva York, es detenido por elementos de la Policía Federal mientras estaba en una casa en Puerto Vallarta acompañado de varias mujeres, entre ellas Allison Mack, una actriz estadounidense, y Loretta Salzman, la hija de Nancy Salzman, cofundadora de NXIVM.

Sorprendido, lee que esclavizaba a las mujeres sexualmente y las marcaba como de su propiedad. El artículo menciona el programa llamado DOS, *Dominator Over Submitted*. ¿Qué era eso? Él nunca había visto ninguna conducta que lo llevara a pensar que NXIVM era una secta.

Luisa mira sobre su hombro el titular del periódico.

—¿Ves?, te lo dije, amor —le recordó—. Nunca me han dado buena espina los cursos que estás tomando. Te comenté desde el año pasado cuando salió el artículo en el *New York Times*.

—Yo creo que ha de ser una noticia falsa.

—Revisa en otros medios a ver qué dicen.

Max abre el navegador de su celular y teclea: Raniere. Una lista larga de sitios relacionados con noticias menciona su relación con NXIVM, pero de su aprehensión solamente uno.

—No, cariño, estoy casi seguro de que es falso. Pero iré al Centro a ver qué me dicen.

—Llama al compadre para que le avises, y a todos los que has llevado.

Max hace memoria. A cada curso llevaba, al menos, a una o dos personas. Siempre empresarios, ejecutivos con los que compartió la experiencia de ser parte de ese grupo selecto. De participar en la misión de salvar el planeta, de acabar con la pobreza, de

reestructurar las economías hasta lograr un mundo donde no existiera el robo ni la maldad.

—Primero voy a averiguar, cariño, no hay por qué alarmar a la gente.

En el Centro encontró las caras largas de los pocos que aún se mantenían firmes con la idea de que todo aquello era un error que pronto se aclararía.

A los dos meses, detuvieron a la actriz Allison Mack y a otras seis mujeres. A ellas las acusaron de reclutar a otras mujeres para convertirlas en esclavas sexuales de Raniere. Todo aquello parecía, más que otra cosa, el resultado de una imaginación desbordada que la realidad.

—¿Cómo pudieron esas mujeres acceder a ser marcadas como una res? ¿Con qué argumentos las convencieron?

—No tengo idea, cariño. Todavía me suena inverosímil.

Pocas veces, Max daba la razón a los celos de su esposa en temas personales, como las reuniones de los jueves con sus amigos o los viajes que hacían a esquiar, o las idas a Acapulco para ir de pesca. Sin esposas, obvio, decían ellos. Sin embargo, en esta ocasión duda. Le parece muy poco probable que un grupo de mujeres convenza a otras de someterse ante un hombre, por mucho que ese hombre tenga el carisma de Raniere. Aunque nunca se sabe, siempre existe la posibilidad. Recuerda el escándalo por abuso sexual que años antes había conmocionado a México, el juicio y la detención de Sergio Andrade, Gloria Trevi y Mary Boquitas. En aquella época tampoco lo había creído y resultó ser cierto.

—Yo también estoy impactada, amor.

—Son conjeturas. No te preocupes.

—Sí me preocupa, Max. En estos años has cambiado mucho. Todo el tiempo hablas de cosas que no entiendo, y siento como si me hicieras menos, como si yo ya no fuera importante para ti, y tampoco los niños.

—¿De qué hablas? ¿Cómo que no son importantes? Son lo más importante de mi vida. ¿Por qué no me habías dicho que te sentías así?

—Siempre estás ocupado, cansado. Y con mucho trabajo. Ya no hablamos como antes, como cuando nos tomábamos un vino y podíamos arreglar el mundo. El nuestro, no ese planetario que te has formado en la mente.

—No sabes lo que dices, Luisa.

—Bien que lo sé. Cambiaste nuestra familia por querer arreglar las vidas de otros. No se vale. Así no podemos seguir.

Max continúa en su obstinación y Luisa tampoco cede.

## §

Fabián hace algo inusual esa mañana: decide convocar una reunión familiar. En la sala están los seis hijos y un silencio cauteloso que pareciera preceder una mala noticia. Max, Antonio, Juan Pablo, Ángela, Mariano y Mateo miran expectantes a Renata y luego a su padre. Es extraño para ellos verse reunidos si no es para otra cosa que mirar un partido de fútbol en la televisión.

—Les pedí que vinieran porque Max tiene un problema —tras un breve silencio continúa—. Luisa le pidió el divorcio, y lo que se le vendrá va a requerir de todo nuestro apoyo.

—¿Qué te pasa, papá? —el grito de Max traspasa las paredes—, ¿por qué te metes en mis asuntos? No sabía que para eso nos habíamos juntado.

—¡Espérate! No le hables así a papá —interviene Antonio sin asombro por la noticia que, para entonces, ya no era un secreto para ninguno porque hasta Mariano estaba al tanto.

—Oigan, no peleen, por favor —la voz de Ángela no alcanza a escucharse entre los gritos de uno y otro.

—Todo el problema son esos cursos a los que te metiste. Si no tuvieras tan embebido el seso, Luisa no te habría pedido el divorcio. La has de tener harta —agrega Antonio con firmeza. Su carácter, paciente y conciliador, en esta ocasión se ve rebasado; quiere mucho a ambos y la situación le enoja.

Renata suspira, como lo hace cada vez que necesita intervenir para aplacar los ánimos, ya que esa es otra arbitraria función maternal: servir de réferi en las comunes y frecuentes batallas entre

hermanos. Desde que eran pequeños, no faltaba el motivo para pelear. Un cochecito de plomo, el guante de beisbol, la pelota de futbol o el último refresco en la alacena; además de los pleitos por el asiento delantero del coche o los traseros junto a las ventanas, el dulce de leche quemada o cualquier dulce en general. La mano derecha de su madre al caminar por la calle, la izquierda no, porque esa la tiene siempre Ángela, es su derecho por ser la única mujer entre los hijos, pero que también rivalizaba con sus hermanos o con su madre.

*Son Deméter y Perséfone. No importaba el motivo, lo fundamental era pelear, como lo hicieron Rómulo y Remo, dejar salir entre pellizcos y empujones la energía que los desbordaba todo el tiempo y que, por lo general, terminaba trasladándose a Renata. Los hijos quedaban en paz, pero ella, finalmente exhausta, se dejaba caer en cualquier sillón.*

Como cosa extraña, en esta ocasión es el mismo Fabián quien, después de darse cuenta del momento apocalíptico que ha creado, logra calmarlos. Él no siente la obligación de hacerlo, quizá porque a los papás no les inculcaron el instinto maternal, solo a las madres. Pero con todo y su esfuerzo conciliador, la sentencia parece inamovible: Max y Luisa se separarán.

## §

La mañana en que los padres de Gaya y Rebeca leyeron en el periódico la noticia sobre el arresto de Keith Raniere, no hicieron gran aspaviento. El padre, un hombre al que los temas de negocios le habían dado una coraza de practicidad como blindaje, simplemente dijo: “Nos equivocamos con Raniere”, y sacudió el periódico como si quisiera que esa noticia se desprendiera de ahí. Dio vuelta a la página y continuó leyendo las noticias internacionales.

—Gaya, Beca, no se les vaya a ocurrir acercarse a nadie de NXIVM. ¿Entendido?

—Sí, papá.

Las hermanas tendrían que ir a terapia durante todo un año para “comprender” qué les había sucedido en realidad. Como dijo su padre, había sido una equivocación. Primero, con el padre Maciel y después con Raniere, cada uno les dejó una marca perpetuamente dolorosa. Porque hay marcas que no solo quedan en la superficie de la piel, se incrustan y, cuando menos se piensa, reaparecen para recordar el error. Para recalcarlo una y otra vez, como un castigo eterno.

Para distanciarse de lo vivido deciden mudarse a París, con la convicción de no volver a confiar en ningún grupo por mucha salvación o superación que les ofrezcan. Entendieron que todos son iguales, solo cambian las banderas.

# LOS ASOMBROS

## 2020

Renata se sienta frente a su computadora, escudriña las noticias del día como hace cada mañana. Todo lo que ve en la pantalla le parece horrendo: los asesinatos, las mujeres desaparecidas, los gobernantes corruptos, la pandemia. Cada noticia se acumula en su mente. Desde las últimas semanas, una nube negra se ha posado sobre ella. Es una nube conocida. Cuando la diagnosticaron con cáncer, la invadió poco a poco hasta que la cubrió por completo. Por arriba y abajo, desde la cintura hasta los pies y la cabeza. Era una materia oscura que le impidió sentir otra cosa más que desgana y tristeza, le cercenó el deseo de levantarse. Las sábanas eran un lugar más seguro. Se obligó a vivir y nadie dijo nada. Por eso, ahora la pudo reconocer a tiempo. Durante días trató de evadirla, pero era persistente la nube. De pronto, una idea nació con la seducción de un acto riesgoso, pero que tal vez podría ayudarla a sortear esa depresión ya inminente.

—¿Te irías conmigo de viaje, hijita?

Ángela no sabe si su mamá habla en serio o si es solo una broma. Decide seguirle la corriente.

—Claro, mamá. Pero vámonos ya, mañana.

A Renata la idea le da un nuevo brío. Sonríe como tenía muchos meses de no hacerlo.

—Déjame buscar opciones.

Abre la vista de satélite del Google Maps y, poco a poco, recorre la Riviera Maya. Entra a un hotel, pero lo descarta por ser grande o por tener pocas restricciones de ocupación. Sigue una hora rozando con el puntero el lindero del Caribe hasta que encuentra un hotel pequeño y con poca ocupación. Es un hotel con restaurantes al aire libre y habitaciones enclavadas entre la vegetación, con dos pisos en los tres edificios que forman el conjunto. Como lo mejor del lugar,

tiene palafitos para lunamieleros, con habitaciones aisladas por completo. El costo se elevaba mucho, por lo que decide reservar una habitación en planta baja en uno de los conjuntos.

El trance entre el aeropuerto y el vuelo, hasta llegar al hotel, las tiene con los nervios de punta. Cubrebocas, careta, antibacterial, varios paquetes de toallitas higiénicas para limpiar los asientos y todo lo que tocan con las manos.

Ángela está feliz y Renata da pequeños saltos de gusto cuando llegan al hotel y se dan cuenta de que ningún huésped trae cubrebocas. Detesta ese perpetuo artilugio que pasó de los médicos y enfermeras a la población en general, porque le pica la nariz y le molesta en las orejas, y todo el tiempo siente ahogarse y un vértigo, como si estuviera al borde de un precipicio.

Pasan cuatro noches con días de sol y alberca, con juegos entre la complicidad que se ha hecho con el resto de los huéspedes. Todos sienten esa liberación. En especial el grupo de parejas de Estados Unidos. Son jóvenes, y desfogar la presión que los tenía confinados exacerba la alegría. Saben que es pasajera y tal vez por eso la disfrutan con mayor intensidad.

Una tarde, cuando los huéspedes se retiran a prepararse para la cena y el sol baña su oro sobre la línea del mar, Ángela lleva dos vasos de tequila. Renata admira a su hija resplandeciente bajo aquella luz dorada. Tiene muchos años deseando reunir el valor para pedirle a Fabián el divorcio, pero la fecha que fija en el calendario siempre se aplaza por razones que involucran a sus hijos. Pensar en causarles dolor la detiene. Pero ya no puede más, necesita atreverse. No halla ninguna razón que pueda convencerla de seguir junto a él.

—Hijita, hay algo que quiero decirte. Desde hace mucho.

Ángela da un sorbo a su tequila y sin decir palabra centra su atención en ella.

—Es sobre tu papá.

—¿Está enfermo?

Renata duda en decirle la verdad o cambiar la conversación, en confiarle su situación o esperar hasta que haya hablado con Fabián.

Bebe de un sorbo lo que resta del tequila, hace una pausa y decide confesar sus sentimientos.

—No, Ángela. Es otra cosa. Tú sabes que en el matrimonio las cosas no siempre resultan bien. Conoces parejas, papás de amigas tuyas, que se han divorciado y viven mejor que cuando estaban juntas.

Ángela no parpadea y el enojo le sube poco a poco.

—¿No irás a decirme que mi papá te pidió el divorcio?

—No, hija, soy yo quien se lo va a pedir, y antes de que digas algo, te pido que me escuches.

Algo de la noticia no le cuadra a Ángela. ¿Divorcio? ¿Por qué, si ellos se aman?

—¿Andas con otro? ¿Mi papá anda con otra? No entiendo, mamá.

Renata pide otros dos tequilas y se toma toda la tarde para explicarle lo que, durante décadas, ha callado para mantener la imagen de su padre delante de ellos y delante de sus grupos de amigos. Le habla de las carencias económicas, de su falta de compromiso para enfrentar la responsabilidad de sacarlos adelante, de los celos, de su forma de hacerla sentir menos, de su violencia, de la profunda soledad que siente a su lado. Ángela le hace ver que todo eso está en el pasado, que pueden superarlo.

—Siguen siendo pareja.

—En apariencia. Porque una pareja debe brindarte apoyo, como un complemento, te ayuda a crecer. Una pareja no debe sentir celos de tus logros. Y debe existir una mutua admiración, pero sobre todo el compromiso de luchar por el otro y por la familia, sin importar los sacrificios que tengan que enfrentar. Cuando eso no existe, no existe el matrimonio y, tarde o temprano, uno de los dos acaba por cansarse.

—¿No te da miedo quedarte sola?

—Aunque la casa esté llena de gente, hace mucho que estoy sola, hijita. Aprendí a disfrutar de mi propia compañía, ahora anhele cosas simples. Ver la película que se me antoje, salir o quedarme en casa cuando lo desee, elegir mis amistades sin tener que dar explicaciones, disfrutar del silencio. No me quedan muchos años y

deseo vivirlos a conciencia, pero con lo que me parezca correcto y no con lo impuesto por otros.

Ángela la abraza y con ese apoyo que recibe de su hija, Renata sabe que podrá enfrentar lo que venga después.

—Por cierto, Max me envió un mensaje hoy por la mañana para avisarme que Luisa y él también se irán de viaje con los niños. Rentaron una casa en Valle de Bravo y pasarán ahí una semana. Me alegró mucho que hace dos años Max haya aceptado tomar terapia, lo cual es un milagro, y que hayan conciliado sus problemas.

## 2023

Una tarde de sábado, Renata sale al cine y a cenar. Asiste a la función de *Lazos de vida*, una película que la ilusiona ver. Sabe que no habrá persecuciones, ni balazos, ni sangre que salpique desde la pantalla. Anthony Hopkins personifica a Nicholas Winton, un londinense que rescató a 669 niños de los nazis. La mayoría judíos. Compra sus palomitas —mitad caramelo y mitad mantequilla— y se hunde en el amplio sillón. Se asombra, se conmueve y, al final, las lágrimas corren sin resistencia.

Cuando la luz vuelve, camina por Emilio Castelar. Entra a uno de sus restaurantes favoritos, se deleita de antemano con el sabor del caldo de colita de res que sirven ahí. La *hostess* la saluda, los meseros también: es cliente habitual. Elige una mesa afuera en la acera. Le gusta mirar la vida pasar.

Ordena una copa de vino tinto de la casa y abre la nueva edición de *Suite francesa* de Irène Némirovsky, publicada por Salamandra, que lleva en el bolso. Le fascinan esos libros que, intuye, son historias con corazón.

—Gran novela —dice una voz grave. Un hombre alto de cabello cano le sonríe. Calcula que pasa de los sesenta años.

—Sí, me gusta mucho el giro: la posibilidad de un amor en un entorno de guerra. Muero por saber el final.

—Quizá algo predecible para mi gusto —replica él—. Pero será mejor que lo descubras tú. ¿Vienes sola?

—Sí.

Su nombre es Alfonso. Le pide permiso para sentarse; ella asiente.

Conversan como viejos amigos. Se sienten cómodos uno con el otro. Él habla de su viudez, ella de su divorcio. Alargan el postre y, cuando agotan el digestivo, Alfonso pide la cuenta: "Yo invito".

Renata sonríe. Hace veinte años que nadie paga sus comidas, cenas o viajes de familia. Le agrada el gesto, le agrada la seguridad de ese hombre que parece traer consigo la posibilidad de algo nuevo. Acuerdan verse otra vez.

## 2024

Cae una tarde fría de febrero. Renata ve una serie de época. Desde su divorcio, se ha hecho aficionada a ellas. Cuando no sale con Alfonso, se acomoda en su sillón favorito para ver mujeres que rompen con todo como Madame Bovary, Ana Karenina o la reina Isabel, aunque su final sea fatídico. El celular suena insistentemente. Pausa la serie y contesta.

—Hola, suegrita —dice Alicia, la esposa de su hijo Antonio—. Te quiero pedir un favor.

—Dime, hijita.

—¿Podrías cuidar a los niños el próximo mes? Sería solo un fin de semana.

—¡Claro! Con gusto, ya sabes que me encanta tener a los niños en casa. ¿Se irán de viaje?

—Me incorporé a un grupo nuevo donde hay muchos jóvenes, todos muy entusiastas y alegres. No es como otros, ahí se siente la caridad que hay entre todos y quiero invitar a Toño a un retiro para parejas que están organizando. Serán solo tres días. Es tan buena la gente que he encontrado ahí, me han ayudado mucho a acercarme a Dios. Estoy tan contenta que quisiera que Toño también formara parte del grupo.

Renata suspira.

*Y yo la acompaño: así es la vida. Con el tiempo, cambian los nombres de los dioses, son otros los elegidos, nuevos conquistadores brotan de la tierra, de una tierra que muda las fronteras. Las madres damos vida entre sangres, siempre entre sangres y cuidamos a nuestros hijos y a sus hijos. Así es la vida.*

—Sí, hija, por supuesto. Cuenten conmigo.

Esa noche, Renata sueña que está en una biblioteca inmensa, semejante a la Vasconcelos. Una voz se desliza entre los estantes: *Llenémosles la cabeza con ideas nuestras, ellos las creerán y nosotros podremos controlarlos.* Despierta en el sueño. Siente la boca seca. Desliza la lengua vacía por el arco del paladar. Tampoco encuentra humedad en esa cavidad. La garganta le raspa, como después de una noche de fiesta, aunque esta resequedad es distinta: una sensación de vacío.

Sale de su lecho improvisado con libros de poesía. Afuera, la niebla es tan espesa que es imposible respirar. Está sola entre aquellos libros que murmuran historias, recitan versos o simplemente enuncian su contenido. Ella es su guardiana.

Camina despacio, sube y baja entre los niveles de ese laberinto de conocimiento y sabiduría. Busca la *Matrix Móvil* sin hallarla. Admira los ventanales que abarcan seis pisos, como escaparates invertidos. El edificio parece estar encajado en la cima de una montaña, con gran parte de su estructura suspendida en el aire.

Renata se siente afortunada. Los miles de tomos le ofrecen saberes infinitos: mecánica, medicina, agricultura, tecnología, hasta recetas para la reintegración de alimentos a partir de los desechos. Conoce perfectamente cada sección porque ella lleva el registro. En un rincón, están todos los libros que por siglos han servido para adoctrinar a la gente: político, religioso y humano.

A media mañana, lee poesía; por la tarde, novela. Entre lecturas, sacude el polvo con un enorme plumero. El vacío y el silencio son absolutos y le pesan en el pecho. Por la noche, vuelve a su lecho de versos y renueva el juramento: "Guardaré con desvelo, cuidaré con esmero y sobre mi propia vida, el legado de la humanidad. Yo, Renata, me obligo a leer al menos durante cuarenta minutos diarios para cumplir con esta responsabilidad".



Renata despierta. El sueño se desvanece, pero en su pecho queda una tibieza inesperada, como si la noche le hubiera dejado una nota secreta entre los pliegues de la almohada. No es felicidad lo que

siente, ni siquiera alivio: es la certeza de haber cruzado un umbral invisible.

Se incorpora despacio, aún con la sensación de haber caminado entre estantes infinitos. La biblioteca de su sueño era un universo suspendido. Pasillos elevados, rampas que serpenteaban entre anaqueles, ventanales que dejaban entrar una luz difusa y fría. Los libros, alineados en filas interminables, susurraban fragmentos de historias, fórmulas, versos y secretos.

Había secciones dedicadas a saberes antiguos, otras a invenciones imposibles, y rincones donde los tomos polvorientos parecían custodiar el eco de todas las preguntas humanas.

Renata recuerda el tacto de los lomos encuadernados, el olor a papel y tinta, la sensación de estar rodeada por miles de voces esperando ser leídas. En ese laberinto de palabras, ella era la guardiana y la visitante, la que sacudía el polvo y la que encontraba, de pronto, un libro abierto en la página exacta.

Se sienta frente a la página en blanco. No escribe para otros ni para sí misma: escribe para esa biblioteca imaginaria que la espera cada noche, para los personajes que la visitan en sueños y para las palabras que, como brasas, insisten en no apagarse.

No sabe si la historia será suya o si será ella quien pertenezca a la historia. Pero escribe, y al hacerlo, su vida cobra el sentido que siempre buscó.

## Aclaraciones y agradecimientos

Esta es una novela de ficción que se ha nutrido con los testimonios de personas que compartieron conmigo sus experiencias en el Regnum Christi cuando estaba dirigido por el padre Marcial Maciel. El movimiento eclesial actual, tras la revisión de la Santa Sede, no tiene ninguna relación con los hechos aquí relatados.

De igual forma, las experiencias de quienes participaron en los distintos programas del grupo NXIVM fueron una fuente valiosa para comprender su mecanismo interno y plasmar su forma de adoctrinamiento.

Estoy en deuda con cada uno de los que me compartieron su valiente testimonio. Por motivos de discreción, no menciono sus nombres; sin embargo, aclaro que sin su generosidad no podría haber realizado esta novela.

Cuando menciono el trabajo de fin de grado, doble grado en Criminología y Trabajo Social de María García-Calvo Conde, publicado para la Universidad Pontificia de Comillas, me doy una licencia literaria, ya que el texto tal cual lo menciono fue publicado en el 2020.

Roberto Banchik, Andrés Ramírez y Enrique Calderón: gracias por recibir esta obra en Penguin Random House. A mis queridas Pilar Gordo, por su sugerencia para el título y a mi editora, Nayeli García, por sus atinados consejos para mejorar la idea del manuscrito original.

Gracias a Frida Solano por su impecable edición técnica y a Amalia Ángeles por la hermosa portada de *El jardín de las obedientes*. Gracias a Verónica Flores, mi agente literaria y amiga querida por su lectura cuidadosa y sus gestiones para llevar esta historia a más personas.

Agradezco a mis queridos Élmer Mendoza, Eduardo Antonio Parra y Laura Baeza por sus valiosas palabras sobre esta novela. Las atesoro.

A Valentín Muñoz y al equipo de Conarte, para realizar el trámite de la obtención del EFCA 2023 con el apoyo generoso de Fernando Garza Barba, Silvia Garza Buentello y de su familia.

Finalmente, gracias a mis hijos por su amor y por ser la balanza que me mantiene en el lugar correcto.

# ÍNDICE

## EL VACÍO

1984

1986

1987

1988

1989

1993

## LAS PROMESAS

1995

1996

1997

## EL COMPROMISO

1998

1999

2000

2001

2002

2004

2005

## LA DUDA

2006

2007

2008

2009

LA CAÍDA

2010

2011

2012

2013

2017

2018

LOS ASOMBROSOS

2020

2023

2024

*Aclaraciones y agradecimientos*



Mónica Castellanos es egresada del Instituto Superior de Cultura y Arte de Monterrey. Cofundadora de la Editorial 42 Líneas, del Centro de Estudios Familiares y Sociales, y conferencista. Ha colaborado en el periódico El Norte y en la revista L'autre Amérique.

Entre sus obras se encuentran Canasta de comadres (Azul Editores, 2015) y Aquellas horas que nos robaron. El desafío de Gilberto Bosques (Grijalbo, 2018), ganadora del premio Antonio García Cubas 2019 en la categoría de Novela Histórica. En el 2021 publicó El aroma de los anhelos bajo el sello Grijalbo. Carbón rojo, publicada en el 2023, inauguró el sello Hachette Literatura en México y Colombia. En las antologías Nosotras también contamos. Mujeres célebres del México Antiguo (publicada en Grijalbo, 2026) y ¡Madres! (Trillas, 2026) están sus más recientes colaboraciones.



Renata Freeman ha vivido bajo el cuidadoso refugio de dogmas y silencios, habitando un jardín diseñado para la sumisión. Poseedora de una inteligencia que cuestiona y una sensibilidad que vibra ante la belleza y el dolor, ha pasado décadas construyendo máscaras para sobrevivir a las exigencias de instituciones y lazos que demandaban una entrega absoluta. En ese laberinto de verdades ajenas, su propia voz parecía un eco lejano, sepultado bajo el peso de la culpa y el

deber.

Sin embargo, a la mitad de su vida, Renata descubre que la verdadera resiliencia no consiste en resistir el vendaval, sino en despojarse de la piel marchita para florecer de nuevo. Esta es la crónica de un despertar: el viaje de una mujer que reclama su autonomía y transforma su soledad en libertad. Con la determinación de quien recupera su propio destino, Renata se atreve, como lo hicieron otras mujeres, a cruzar el umbral del jardín para descubrir que, fuera de los muros de la obediencia, aguarda el asombro de ser, finalmente, ella misma.



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

El jardín de las obedientes

Primera edición digital: octubre, 2026

D. R. © 2026, Mónica Castellanos

Publicada mediante acuerdo con VF Agencia Literaria

D. R. © 2026, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,

colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,

Ciudad de México

[penguinlibros.com](http://penguinlibros.com)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y copyright. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE.

Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitado a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor,

<https://cempro.org.mx>).

ISBN: PENDIENTE

Composición digital: Simon and Sons ITES Services Pvt. Ltd., Chennai

Facebook: [@penguinebooks](#)

X: [@penguinlibrosmx](#)

Instagram: [@penguinlibrosmx](#)

YouTube: [@penguinlibrosmx](#)

TikTok: [@penguinlibrosmx](#)

# Table of Contents

El jardín de las obedientes

Dedicatoria

El vacío

1984

1986

1987

1988

1989

1993

Las promesas

1995

1996

1997

El compromiso

1998

1999

2000

2001

2002

2004

2005

La duda

2006

2007

2008

2009

La caída

2010

2011

2012

2013

2017

2018

Los asombrosos

2020

2023

2024

Aclaraciones y agradecimientos

Índice

Sobre el autor

Sobre este libro

Créditos